

Óscar Cardozo

LOS FISTOS



OTRAS COLOMBIAS POSIBLES

OTRAS
COLOMBIAS
POSIBLES

OTRAS
COLOMBIAS
POSIBLES

Los Fistos

Retratos de la vida campesina
en medio de La Violencia
en Colombia (1930-1970)

ÓSCAR
CARDOZO





Ministra de las Culturas, las Artes y los Saberes
Yannai Kadamani Fonrodona

Viceministra de los Patrimonios, las Memorias y la Gobernanza Cultural
Saia Vergara Jaime

Viceministro de las Artes y la Economía Cultural y Creativa (e)
Fabián Sánchez Molina

Secretaria general
Luisa Fernanda Trujillo Bernal

Director del Archivo General de la Nación
Francisco Javier Flórez Bolívar

Jefe de la Oficina Asesora de Comunicaciones MinCulturas
Óscar Javier Cuenca Medina

Grupo MiCaSa
Sergio Zapata León
María Lucía Ovalle Pérez
Dilian Querubín González
Simón Uprimny Añez
María José Castillo Ortega
Paola Caballero Daza

Archivo General de la Nación
Jorge Alberto Cote Rodríguez (líder de comunicaciones)
María Paula Díaz Castro (editora)

Diseño y diagramación de la colección
Alejandro Medina Florián

Gestión administrativa
Vannessa Holguín Mogollón

Asesoría legal
Yivy Katherine Gómez Pardo

Primera edición: octubre de 2025
ISBN (impreso): 978-958-753-758-1
ISBN (digital): 978-958-753-759-8

Título de la publicación
Los Fistos

Retratos de la vida campesina en medio de La Violencia en Colombia (1930-1970)

Autor
© Óscar Cardozo

Ilustración de portada
© Alejandro Medina Florián

© Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes
© Archivo General de la Nación

Esta publicación cuenta con el apoyo de Corpoélite.

Está prohibida, sin la autorización escrita del editor, la reproducción total o parcial del diseño y del texto de esta obra por cualquier medio o procedimiento.
Está prohibida la venta de esta obra.

En busca de otras Colombias posibles

Francisco Javier Flórez Bolívar
Director del Archivo General de la Nación

En 1974, la editorial Antares publicó *El hombre colombiano*, resultado de quinientos programas radiales que Manuel Zapata Olivella había dedicado a reflexionar sobre la identidad nacional. No era un proyecto más en el panorama intelectual de su tiempo: se trataba de uno de los esfuerzos más ambiciosos por comprender el origen, la composición y el sentido de lo que significaba ser colombiano. Partiendo de un estudio profundo de la historia y de su relación con la cultura, Zapata Olivella propuso una explicación distinta a la versión oficial: una mirada compleja sobre el mestizaje y su impacto en la idiosincrasia del país. Frente a quienes veían la mezcla de pueblos como un simple proceso de asimilación hacia un modelo dominante, él afirmaba que en Colombia la diversidad no se borraba: se transformaba y persistía como una fuente creadora.

En su diagnóstico, esa diversidad había sido mistificada y muchas veces negada. “Al introyectarse la mirada discriminadora del conquistador —escribió—, el mestizo aceptó inconscientemente la subvaloración a la que fue sometido, considerando su hibridez como un lastre cultural”. Esa mirada ajena y jerárquica condujo, durante siglos, al ocultamiento de la identidad propia y a la imitación de patrones culturales extraños.

Para él, la respuesta a esa historia borrada, silenciada, estaba en reconocer y potenciar la participación creadora de los distintos grupos poblacionales que le daban forma a la nación, en particular los indígenas, los afrodescendientes y los sectores populares en general. Al hacerlo, decía, era posible reconstruir una historia más equilibrada. Esta visión dialoga directamente con el espíritu de la colección *Otras Colombias posibles* del Archivo General de la Nación y del Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes, porque ambas parten de una misma inquietud: la certeza de que la historia oficial ha dejado en la sombra las luchas y creaciones de gran parte de la población colombiana.

Durante mucho tiempo, la narrativa histórica sobre Colombia enseñada en la escuela y difundida en la opinión pública se construyó en torno a una galería de héroes y hechos políticos que exaltaba, casi siempre, a figuras de las élites. En ese relato, los aportes de mujeres, comunidades indígenas, afrodescendientes, campesinos, obreros, migrantes y movimientos sociales quedaban relegados y reducidos a meros datos formales, a simples elementos del paisaje o a anécdotas pintorescas. Esta forma de contar el país, heredera del siglo XIX y de su *historia patria* centrada en próceres y batallas, produjo una memoria incompleta, incapaz de dar cuenta de la verdadera complejidad y diversidad de la nación.

Por fortuna, en las últimas décadas numerosas investigaciones históricas han enriquecido y transformado ese relato, dotándolo de una diversidad antes ignorada. Hoy sabemos que pueblos indígenas y comunidades afrodescendientes participaron activamente en la independencia y en la construcción de la República. También hemos descubierto que la cultura letrada no estuvo reservada exclusivamente a intelectuales varones blancos, sino que, desde finales del siglo XIX, se consolidó una vigorosa tradición intelectual afrodescendiente y popular. Gracias a estas recientes investigaciones, la historia ambiental, los movimientos obreros y las luchas campesinas, entre muchos otros temas, han entrado en escena para ofrecer un panorama más complejo y plural. Sin embargo, estos avances no han permeado con la amplitud necesaria la enseñanza escolar ni el debate público.

Para contribuir a cerrar esa brecha entre los hallazgos de la investigación histórica y su presencia en la conversación ciudadana, nació la colección *Otras Colombias posibles*. Sus libros invitan a abrir archivos, rescatar memorias y poner en circulación relatos que, hasta ahora, han permanecido confinados en bibliotecas universitarias o en bases de datos digitales. No se trata de reconstruir el pasado desde el vacío, sino de partir de las huellas que persisten: documentos, testimonios orales, canciones, objetos y tradiciones que revelan un mapa distinto del país, donde confluyen voces y miradas que no caben en los márgenes estrechos de la historia oficial.

La colección, compuesta por dieciséis títulos, reúne investigaciones históricas que muestran diferentes maneras de contar a Colombia y que insisten en que todas son necesarias para entenderla.

Un primer grupo de obras recupera el pensamiento de intelectuales afro e indígenas, cuyas narrativas de nación han ampliado los horizontes democráticos. Otro conjunto se adentra en la historia de las mujeres y sus luchas por la igualdad. Este tipo de investigaciones revela que la historia política colombiana no puede comprenderse sin atender a las experiencias de género.

Las culturas campesinas tienen un lugar destacado en la colección, con miradas que retratan la vida rural en medio de la violencia de mediados del siglo xx. Estas aproximaciones van más allá de lo productivo: exploran la identidad, los lazos comunitarios y la relación con el entorno. Algo similar ocurre con las historias de migrantes, que reconstruyen las experiencias de inmigrantes *indeseados* entre finales del siglo xix y las primeras décadas del xx, un tema de renovada relevancia en el contexto actual. Otras ofrecen un relato que apela a la mayoría de nuestras historias familiares, tejidas por las migraciones al interior del país en busca de un mejor prospecto de vida.

El agua, en todas sus formas, también ocupa un lugar central en la colección. Es el caso del estudio del río Magdalena en la época colonial, donde se entrelazan comercio, poblamiento y vida cotidiana. Estos trabajos recuerdan que los ríos fueron, durante siglos, verdaderas columnas vertebrales del territorio. De igual manera, las investigaciones sobre poblaciones costeras y ribereñas como Santa

Bárbara de Iscuandé demuestran que la historia urbana no es exclusiva de las grandes capitales: también se forja en comunidades donde las dinámicas sociales y ambientales son inseparables.

La colección incluye campos de estudio esenciales para la historiografía colombiana contemporánea, como la historia laboral, y uno de sus títulos se centra en el análisis de las luchas por la vivienda en Bogotá a finales de los años veinte y su relación con los procesos de organización obrera. También explora la intersección entre industria, energía y medio ambiente en regiones como el valle de Sogamoso, evidenciando cómo las decisiones productivas modifican el paisaje e inciden en la salud de las comunidades.

Otras líneas temáticas cuestionan los cánones culturales e iconográficos al analizar cartografías contemporáneas de la memoria cultural afrocolombiana, o, al revisar la historia de instituciones culturales como el Museo Nacional. Estos estudios evidencian que dichos espacios funcionan como escenarios de disputa por la memoria.

La relación entre archivos y enseñanza de la historia aparece en investigaciones que rescatan experiencias como el Bachillerato por Radio en los años setenta y ochenta del siglo xx, una iniciativa que acercó el conocimiento de la historia a públicos amplios y diversos, y en otras que centran su atención en los manuales con los que se ha enseñado esta disciplina a lo largo del tiempo. En la misma línea, se documentan trayectorias de líderes sociales y políticos que constituyen testimonios de resistencia frente a la violencia.

Lo que une a todos estos trabajos no es solo su rigor investigativo, sino la voluntad de cuestionar la narrativa única y abrir el espacio a múltiples voces. En este sentido, la colección prolonga la lección de Zapata Olivella: la identidad colombiana no es un bloque uniforme, sino un entramado dinámico de memorias, saberes y territorios. “Una cultura no puede entenderse sin una geografía”, advertía el autor. Las obras aquí reunidas muestran que, en Colombia, esa geografía es tan diversa como sus pueblos y que la interdependencia entre regiones y comunidades ha sido una constante histórica.

Además, estos libros no se limitan a mirar hacia atrás. Al recuperar memorias olvidadas, plantean preguntas urgentes para el presente: ¿cómo garantizar la igualdad de género?, ¿qué significa

la reparación histórica para comunidades indígenas y afrodescendientes?, ¿cómo integrar la justicia ambiental en las agendas políticas?, ¿de qué manera los archivos pueden contribuir a formar ciudadanos críticos?

En un país donde, durante décadas, la historia ha sido reducida a un espacio mínimo dentro del área de ciencias sociales y dejó de enseñarse de manera autónoma, la circulación de estas investigaciones tiene un valor pedagógico incalculable. No se trata de sustituir un relato por otro, sino de construir un mosaico que reúna narraciones diversas, incluso aquellas que se contradicen entre sí, siempre que no promuevan el racismo, la discriminación o el odio. Esa pluralidad de miradas, basada en el respeto y la inclusión, es en sí misma una forma de construir un pensamiento democrático desde la historia.

Al invitar al público lector a recorrer estas páginas abrimos una ventana a esas otras Colombias, a sus paisajes y a sus rostros silenciados. Proponemos un viaje en el que las palabras, las imágenes y los documentos se convierten en ríos que confluyen, en caminos que se bifurcan y se encuentran. Y también queremos que se sorprenda ante la vitalidad de quienes, a pesar de las borraduras y el silencio, han seguido cantando, escribiendo, cultivando, resistiendo. Porque en cada trazo, en cada voz rescatada, yace la posibilidad de un país más amplio y diverso.

Esta colección, más que un inventario de hechos, puede ser definida como una travesía. Un viaje que empieza abriendo gavetas de archivo y termina en plazas, riberas, veredas y barrios; que camina con cronistas anónimos, canta con bullerengueras, conversa con líderes comunitarios y escucha a quienes nunca tuvieron tribuna. Porque la historia, cuando se cuenta entera, nos permite encontrar esas otras Colombias posibles que, aunque ignoradas, laten con fuerza.

Los Fistos

**Retratos de la vida campesina
en medio de La Violencia
en Colombia (1930-1970)**

Contenido

Sobrevivir a cotidianidades de violencia	15
Agradecimientos	21
Introducción	23
Caminos de herradura llenos de historias	23
Memorias de un campesino rebelde	31
El hambre en La Violencia	40
Mariachi y la guerra de las yucas	44
Pájaros, chulos y aves de mala carroña	49
La mujer, la música y la fiesta en La Violencia	52
Fidelina	61
Odisea de un liberal en La Violencia	73
Sotanas y fusiles	83
Alias “Tony”	88
De la guerrilla al Ejército	97
Tierra arrasada	109
Armas por azadones	113

El último sucre	117
El padre Munar	120
Siendo sucre en la guerrilla	131
Buscando a alias “El Diablo”	139
El M-19 y la guerrilla	143
Escapando de Florencia, regresando a Algeciras	148
Epílogo, en memoria de los nuestros	153
Glosario	161
Índice de imágenes	169
Referencias	171

Sobrevivir a cotidianidades de violencia

Gonzalo Sánchez

Este texto narra las memorias de una guerra premoderna. No es una guerra de fusiles, ametralladoras ni de bombas, es de armas rudimentarias, fistos, las armas del pueblo. Es también una búsqueda de raíces familiares ligadas a las resistencias campesinas de los tiempos de La Violencia, en el sur del Tolima (Chaparral, Rioblanco, Natagaima), cuna de luchas agrarias y de la insurgencia contemporánea. Memorias rubricadas con lugares icónicos de La Violencia y con nombres como los de Isauro Yosa, “Mayor Lister”; Jacobo Prías Alape, “Charronegro”; Jesús María Oviedo, “Mariachi”; Teófilo Rojas, “Chispas” y otros muchos, más atrás del legendario líder indígena Manuel Quintín Lame.

Es un texto testimonial construido con personas de esas regiones, que a menudo no se encuentran en sus zonas de origen, sino en barrios de refugiados en Bogotá u otras latitudes de la geografía nacional. Una historia que parece tan inagotable como la de nuestras guerras sin fin. Son trayectorias de vida entrelazadas con la historia contemporánea del país.

Después de tanta tinta que ha merecido el período de La Violencia en Colombia, y de tanta violencia posterior, es legítimo preguntarse: ¿qué puede decirse hoy que no haya sido dicho? Mucho. Falta mucho por contar e investigar, no solo sobre la dimensión bélica de

La Violencia, sino especialmente sobre las cotidianidades. Como se insinúa aquí, basta una simple enunciación de temas: la adultez temprana de los niños para el trabajo, las labores logísticas o de inteligencia e incluso las propiamente militares; las invisibles tareas de las mujeres que cosían los uniformes, como extensión de sus habituales ocupaciones y el enrolamiento en las armas como forma de asegurar el sustento de sus familias; las rivalidades pasionales o jerárquicas en la guerrilla; los juegos de niños mientras cuidaban el arma; las incasantes jornadas a pie, a lomo de mula o en destartalados jeeps o camionetas; las riñas pueblerinas a machete; y los años interrumpidos de escuela. Todas esas experiencias de las cuales nos hemos ocupado tan limitadamente en los estudios sobre La Violencia.

Este libro nos dice que la guerra era un factor más en el paisaje de la vida cotidiana. ¡Qué trayectoria de vida la que esos tiempos le ofrecían a un niño!: “A los catorce era miliciano, pasaron dos años y a los dieciséis pasé a ser propiamente guerrillero. Es decir, yo fui: primero autodefensa, luego sucre, después miliciano y, a mis dieciséis, guerrillero”. Un recorrido vital que quedó apenas a un paso del nacimiento de las FARC-EP, con otra historia y otra guerra que va más allá de los fistos y que aún no se cierra definitivamente.

Un octogenario que ha vivido todas estas guerras reflexiona en voz alta aquí mismo:

Ya tengo más de ochenta años. Después de todo, eso que acabo de contar me terminó de agotar. Lo único adicional que le puedo decir es que los estudiantes, indígenas, campesinos, medios de comunicación, todo el pueblo colombiano, incluyendo militares, Policía, Ejército, todo el mundo, debemos reflexionar y mirar, luchar, no dejar caer la búsqueda de la paz. Siempre será bueno buscarla, porque después de tantos años de guerra y violencia, de nada nos han servido. Para que eso funcione de verdad, el Gobierno tiene que cumplir y nosotros los ciudadanos también.

Pero volvamos al principio. En este texto se escuchan las más variadas leyendas y realidades de barbarie: aquellas de despojos, asesinatos, incendios; pero también de sobrevivencia y, a veces, de generosidad entrelazada: el vecino conservador que salva al liberal

y viceversa —“la solidaridad, la amistad y el compadrazgo fueron también lo que realmente hizo que mucha gente sobreviviera” —.

En paralelo estaban las irracionalidades del sectarismo —cualquier atuendo rojo podía causar la muerte—; las angustias de los padres sin tener nada que llevarles de comer a los hijos, remediadas a menudo con la cacería o, peor aún, sometiendo a los menores a la mendicidad; los rumores de forasteros que llegaban amenazantes a los poblados; las noches de zozobra esperando la muerte; las infaltables escisiones del campo popular entre limpios y comunes; y la invención de la violencia con formas de crueldad no siempre comprobadas (al menos no en ciertos lugares), pero que se volvían parte del imaginario popular, teniendo así una enorme eficacia real como recurso de propagación del miedo y, con el tiempo, como expresiones de representación social de La Violencia. Así, en el fondo de estos relatos subyace toda una condena moral a esta época.

En este universo de desconfianzas recíprocas se fueron imponiendo los controles poblacionales, mediante rudimentarios salvoconductos expedidos por comandantes casi iletrados. Esta cotidianidad les permitió a campesinos curtidos llegar con el tiempo a conclusiones de este tenor: “Si el Gobierno cuidara de que no se metieran los pícaros, la gente no se armaría. Si el Gobierno ayudara a los pobres a comer, la gente no se armaría. Si el Gobierno apoyara el trabajo en el campo, la gente no se armaría y sembraría más. Es todo junto y al mismo tiempo”.

En el cierre de ese ciclo de terror, el mundo rural le atribuyó un papel decisivo a Rojas Pinilla, cosa que difícilmente se acepta en las clases medias e intelectuales urbanas, donde prosperó la imagen del dictador, construida por las élites bipartidistas que convocaron el plebiscito. Al respecto, uno de los narradores devela cómo, una vez más, esas decisiones dejaron de lado al campesinado: “La verdad, uno como campesino nunca supo qué fue eso, solo se entendía que entre las familias ricas del país se habían repartido la política nacional”. Sin embargo, también es cierto que los campesinos de Chaparral, Cunday, Icononzo y Villarica, que estaban bajo la influencia comunista, la pasaron muy mal, sangrientamente mal bajo el gobierno militar, y el cierre de ese ciclo fue ilusorio, ya que con la

pacificación inició el tiempo de personajes como Venganza, Desquite y Sangrenegra.

El otro rostro de la realidad en la guerra, descrito aquí, es el de las ininterrumpidas dinámicas de la vida rural: los cultivos, el trabajo, los salarios, las cosechas, los precios de los productos, la ración diaria, el estudio de los hijos, los momentos de la política y el bienestar o desasosiego familiar y comunitario; el papel del licor en las rencillas locales; la intromisión de los curas en la política o su involucramiento directo, en muchos casos dentro de acciones armadas, o en la custodia de arsenales a disposición de asesinos. Sin embargo, este tema exige una acotación, porque es preciso reconocerlo: también hubo curas que se hicieron notables como salvadores de vidas.

Esos años febriles también estuvieron marcados en la memoria de los campesinos por las noches de desvelo, guarecidos entre cafeales y platanales; las convicciones partidistas heredadas y la abjuración de la identidad política como seguro de vida; la experiencia del desarraigo en busca de refugio y de nuevas oportunidades; los duros entrenamientos en la autodefensa; las inquietantes visitas de armados, así fueran de su propia causa; el culto obligado al arma porque defiende, porque da comida, porque da seguridad, porque seduce, porque imprime autoridad y admiración en un mundo de personas armadas de todos los tonos; el papel de los niños, agrupados bajo el nombre heroico de los sucres, pero en realidad fungiendo como simples mandaderitos y estafetas de sus jefes; las decepciones de esa otra cara de la guerra, la del campesino convertido en cuadrillero o en soldado por necesidad; los abusos de las autoridades armadas con la población y de su connivencia con los grandes hacendados, que desencadenaron más tarde retaliaciones igualmente sangrientas contra la Policía; las casi inverosímiles formas de sevicia con las víctimas, de todas las edades; las masacres, el incendio de caseríos, el abandono de propiedades, el fusilamiento de presos. En esa cotidianidad activa pero también fracturada ya no había paseos de río, porque los ríos se convirtieron en botaderos de cadáveres.

Cuando los tiempos parecían o eran mejores, muchos labriegos aprovechaban para pagar deudas, otros para ponerse al día en

necesidades aplazadas y otros más consumían sus ahorros en cantinas y burdeles. La reactivación comercial en tiempos de paz y las obras de infraestructura alternaban con las cosechas en la provisión de empleos a jóvenes campesinos y a una masa urbana flotante. Las escuelas, ocupadas a menudo como puestos de Policía o del Ejército en tiempos de confrontación, volvían a llenarse de niños deseosos de aprender y proyectar un futuro mejor que el de sus padres. En los parques que habían sido utilizados como teatros del horror volvía a escucharse el jolgorio infantil.

En suma, este texto es una invitación a mirar en La Violencia aquello que aún no hemos registrado ni analizado. También a comprender que, en la guerra, suceden muchas más cosas que la guerra misma. Las sociedades siguen en movimiento: a veces con ritmo de campanario aldeano, otras con las urgencias del comercio, las cosechas y la política. Son tantas las dinámicas que solo logramos percibir a través del testimonio de quienes se vieron abocados a combinar sufrimiento, trabajo y guerra. Pese al título del libro, aquí no hay olor a pólvora, sino entramados de cotidianidades simples en un contexto de violencia extrema.

Agradecimientos

Este libro no hubiese sido posible sin el enorme abrazo y acogida de todos aquellos campesinos y campesinas anónimas de los municipios de Chaparral, Rioblanco, Planadas y Natagaima, en el Tolima, cuyas voces, expresiones de vida, afectividades y experiencias me forjaron en el relato, en la palabra escrita y en los caminos de la escritura aquí presentes. Igualmente, extendiendo mis agradecimientos a todos sus hijos, nietos, familiares, memorias y, especialmente, a todas las tardes, noches y madrugadas bajo la escucha de sus historias, las cuales, espero, con esta punta de lanza escrita, puedan perdurar en el tiempo.

A nivel intelectual y académico, agradezco a Gonzalo Sánchez, gran estudioso de La Violencia en el país y uno de los mayores responsables de esta publicación, pues sus consejos, apuntes valiosos y palabras llenas de cariño y buena agudeza me colman en cada nueva lectura del texto. A Mauricio Archila, excelso historiador y estudioso de los movimientos sociales, por sus valiosas recomendaciones y comentarios, por su acogida al texto en sus primeros borradores y posteriormente, en su madurez gradual. A Ximena Pachón, antropóloga e investigadora de la infancia en Colombia, por su sabiduría y guía en este trasegar, y por gestar mis andanzas por todo el Tolima.

Finalmente agradezco a mis padres, Aleida y Arnulfo, por su compañía en la distancia; a Kelly y Candelaria, por su compañía en la cercanía; a toda mi familia extensa, que también he venido conociendo a la par de estos mismos relatos y, fundamentalmente, a mis abuelos Nelly y David, quienes construyeron en mí la necesidad de

ir más allá de la historia oficial, indagando, rastreando siempre por los bordes, encontrando belleza en los lugares más inesperados de la historia y de la vida misma. A todos ellos y ellas, mi amor, cariño y entero agradecimiento.

Introducción

Caminos de herradura llenos de historias

Empecé a escribir *Los Fistos* durante una serie de viajes de carácter investigativo, para contactarme con excombatientes en los municipios de Ataco y Coyaima (Tolima) y desarrollar entrevistas de campo. Debido a múltiples impedimentos de salud por parte de algunos de ellos, no pudieron llevarse a cabo. Como el proyecto ya estaba en marcha (en medio de hostales de carretera y posadas de amigos tolimeses que había conocido durante mi paso por la universidad), decidí trazar otra ruta y aventurarme a explorar aquel pasado que me ligaba a la vida de mi familia en Natagaima (Tolima) y a la vida de mis abuelos, viejos campesinos tolimeses de los años cincuenta y sesenta.

Quise buscar algunos nombres que ellos y otros familiares me habían recomendado, y reconstruir aquella historia campesina armada. La primera visita fue a Chaparral (Tolima), donde nació mi abuela Nelly, en la vereda La Profunda —uno de los municipios que vio surgir a las columnas organizadas de campesinos armados, entre las décadas de los cuarenta y sesenta—. La segunda visita fue al municipio de Rioblanco —cuna de los denominados *limpios* o guerrilleros liberales liderados en su momento por Jesús María Oviedo alias “Mariachi”— donde mi abuelo David trabajó en la recolección de café en plena guerra de los años cincuenta. Finalmente llegué hasta Planadas —epicentro clave de la organización primaria de las guerrillas comunistas, posteriormente organizadas

bajo el nombre de FARC-EP— en la vereda La Aldea, donde vivía mi amigo Juan Ramírez.

Antes de llegar a Chaparral tuve la fortuna de encontrarme con un viejo chaparraluno, que por más de treinta años fue conductor de Cointrasur, la única ruta que salía de Bogotá para el municipio. Durante las ocho horas de viaje relató las muchas veces que tuvo que presenciar los incesantes combates entre guerrilleros y el Ejército en las carreteras por las que transitaba. Aunque nunca se identificó con ninguno de los bandos, su historia fue parte del insumo para empezar a construir esta serie de relatos. Una importante fuente para mis entrevistas fue la plaza pública de Chaparral y le estoy agradecido porque me recomendó ir allí.

Como era la época de las fiestas populares pensé que no podría contactar a nadie, pero en la plaza encontré la primera historia de vida: la de Alfonso Mora (Chaparral, Tolima, 1939). Después de preguntarme quién era y cuáles eran mis intenciones —“yo no he llegado a viejo solo por la edad”, me dijo—, animado por el ambiente alegre y el aguardiente, me compartió nombres, lugares y alias, todos verídicos y concordantes con la historia oficial. A medida que lo escuchaba, me surgían más interrogantes sobre la época de La Violencia y la formación de niños dentro de las filas guerrilleras.

A Alfonso se uniría Atalívar García (Vereda Las Hermosas, Chaparral, 1942) un campesino de familia liberal de esa zona del Tolima, abiertamente marcada por la violencia. Él narró su infancia marcada por la pobreza, la vida sufrida de su madre y sus desplazamientos. Aunque nunca se involucró con ningún actor armado, se les paraba de frente con el único fisto que tenía en casa. Ser *coquito* —buscar un lugar dentro de la guerra—, no fue una opción para Atalívar, que desde muy niño vio cómo la policía chulavita arrasó con muchas personas de su vereda. Gracias a la entereza de su madre, doña Inés, nunca llegó a empuñar una carabina, pero como él mismo narró, por aquel tiempo todos defendían el Cañón de Las Hermosas. El relato de Atalívar abrió una puerta en esta investigación, para reflexionar sobre el rol estratégico de los niños en medio de la guerrilla, y cómo estas experiencias sembraron en los menores de edad la semilla del inconformismo.

Los fistos, corazón y título de este libro, eran escopetas artesanales o hechizas de baja precisión, cuyo proyectil se introducía por la boca del cañón, mediante una caña. Fueron muy comunes en las zonas rurales de Colombia, usadas por campesinos para cazar animales y defenderse de incursiones de cualquier actor armado en sus territorios y hogares.

Tiempo después, viajé al municipio de Rioblanco (Tolima), epicentro del período de La Violencia, durante las décadas de los cincuenta y sesenta. Allí, después de una travesía y con temor por mi seguridad, acordamos una cita con el campesino Luis Poveda Buitrago (Rioblanco, Tolima, 1939). Él habló de su infancia, de su vida y su visión sobre la guerra y la paz. Vivió en carne propia la guerra de Laureano Gómez (1950-1951), vio curas armados por la policía chulavita, así como a hombres organizarse para tomar el poder. A sus catorce años, sin otra opción que la de vincularse a la guerrilla —liderada por el guerrillero liberal José de Jesús Rojas Rivas alias “Cartagena”—, tomó su primer fisto. Militó dos años, haciendo parte de la cuadrilla de veinte hombres que seguía a Cartagena por Rioblanco, Roncesvalles y Planadas. El paso armado por la guerrilla de alias “Cartagena” entre 1957 y 1958, lo marcó definitivamente. En nuestra conversación recordó las caminatas con el grupo guerrillero, los juegos de naipes, siempre con el fisto cargado para evitar sorpresas, sus comilonas y los reiterados llamados de su mamá, doña María Tránsito, para que volviera al seno de su hogar. Después de retirarse de las FARC-EP, se hizo líder social en la zona y lo es hasta el día de hoy. Lleva una vida humilde pero tranquila y su mirada refleja una historia de vida que también es la nuestra; que representa la de muchas personas en este país.

En varias ocasiones, Marcos Poveda (Rioblanco, Tolima, 1934) se sumaba a nuestros encuentros. Era el hermano mayor de Luis y estuvo en la guerrilla desde los doce hasta los quince años. Cargaba aún en su cuerpo las cicatrices de dos tiros de escopeta de fisto. Aunque tímido a la hora de narrar sus vivencias, se animaba en algún punto de la conversación. Relató que hizo parte de la guerrilla conservadora de Mariachi, en la vereda La Lindosa, muy cerquita a El Davis, epicentro fundacional de las FARC-EP y propiedad del

señor Gerardo Loaiza. Contaba que los conservadores siempre andaban muy inquietos por los liberales y comunistas que se concentraban allí, pero que igual resistieron. Sus tres años de vida armada fueron también años de instrucción y formación: conoció a todos los comandantes de la época y en las laderas de la quebrada La Lindosa cogió su primera arma, un fusil de fisto. Vivió armado durante la Guerra de las Yucas, en pleno período laureanista, donde se mataban por estopadas de este tubérculo, pues la pobreza apremiaba. También vivió la Guerra Brava de Rojas Pinilla, durante la cual, según decía, los liberales se multiplicaron. El deseo de vivir mejor lo llevó de regreso a su casa, impulsado por el cansancio de servir a otros, por la obligación de hacer de comer para otros. Allí se ganó dos tiros, siendo ya un civil; un niño de quince años que regresaba de trabajar en cultivos de pancoger. “Eso es algo que no le deseo a nadie”, me decía mientras su esposa le sobaba la espalda en el lugar donde anidaban los tiros.

Finalmente, cargué maletas para terminar la ruta de investigación en Planadas. Fue un viaje hostil, en un campero junto a otras cuatro personas que se colgaban de un par de varillas oxidadas. Transitamos la vía llamada Las Señoritas, un camino sin pavimentar, con desfiladeros y a las orillas del río Ata. El viaje duró cerca de cuatro horas en subida y en algunos tramos tuvimos que empujar el carro. Al llegar, el contacto en la zona se había ido. Recurrí a la parroquia, a la pastoral social, para indagar sobre otros actores para la investigación. Allí me mencionaron a don Fernelly, dueño de una piñatería. Pero por esos azares de la vida, mientras lo buscaba, me encontré a Luz, una profesora de primaria que enseñó por más de veinte años. Ella me dijo que tenía contactos con excombatientes viejos, antiguos fisteros planadunos.

En el ancianato de Planadas pasamos muchas tardes escuchando, comiendo peto y charlando sobre la infancia en medio de la guerra de varios adultos mayores. Basilio Yara (Vereda Balsillas, Ataco, Tolima, 1940) contó que su padre era ebanista y que se dedicaba a hacer instrumentos musicales como liras, tiples y bandolas. Decía que presencié la violencia en su pueblo durante mucho tiempo. Cuando tenía diez años su familia migró, caminando tres días entre trochas y

senderos de herradura. Al llegar a la Sierra del Gramal, una vereda de Tello (Huila), de vocación panelera, se dedicaron a amontonar bagazos y arrear vacas. Llegaron como desplazados de Gaitania —tierra de vocación liberal y organizada, que sufrió los embates de las cuadrillas conservadoras entre los años cincuenta y sesenta. Los *cachiporros* (liberales) y los *patiamarillos* (conservadores) se tomaban las calles del pueblo a punta de machete y garrote—.

Al llegar a Tello tuvo acceso a la escuela. Recuerda con emoción que para su primera comunión recibió el tradicional regalo: un par de alpargatas. Todo un acontecimiento pues solía andar con *quimbadas de llanta*. Ese mismo día de comunión vio al cura conservador encintarse una pistola, pues después de la eucaristía tenía que hacer proselitismo e ir a la cantina a vender cerveza. Mientras los adultos se involucraban en la guerra, los niños jugaban a dispararse con ramas secas de un árbol, conocidas como cachas, y apostaban con monedas de baja denominación tiradas sobre una pared, en el popular juego conocido como *cuarta*.

Tras la muerte de Gaitán, Basilio viajó con su familia a El Carmen, donde vio, a sus ocho años, a muchos campesinos organizarse de manera armada y a él le empezó a gustar la idea. Allí también conoció a la policía chulavita, en lo que antiguamente se conocía como La Colonia —donde llevaban a los presos a trabajar, hoy conocida como la Gaitania— y a esos sí los llegó a odiar.

Nana, una de las enfermeras del ancianato, me presentó a Sebastián Guilombo (Neiva, 1928), un hombre bastante mayor, jocosos y divertido, que empezó a narrar su vida a partir de la muerte de Gaitán, el 9 de abril de 1948, cuando tenía veintiún años. Ese día estaba en Bogotá, de andariego, aunque dos años atrás había escuchado el memorable discurso de Gaitán en la Plaza de Toros de la Santamaría, cuando prestó su servicio militar obligatorio. Sebastián, al igual que sus progenitores, era un hombre con profundas convicciones liberales. Su infancia la vivió en medio del trabajo campesino. Cuando le contó a su padre que se iba a prestar el servicio militar, el viejo Pedro le advirtió que lo podían matar, a lo que respondió que los hombres estaban hechos para morir.

Sebastián vio, en dos ocasiones, desfilar al histórico Batallón Sucre, en el Líbano —histórico porque según información de antiguos líderes armados como Jaime Guaracas o Sargento Pascuas, aglutinaba exclusivamente entre sus filas a niños menores de catorce años—. Eran cerca de treinta niños uniformados con vestimenta verde —propia de los militares en esa época— que cargaban carabinas de treinta tiros y pistolas como las Mauser C-96, de fabricación alemana. “Eran más grandes las armas que ellos”, dijo.

Al final de la tarde, mientras Sebastián tomaba sus habituales siestas, aparecía Rogelio Tique (Coyaima, Tolima. 1917). Entrevistarlo a sus 101 años fue todo un reto; quizá por su limitada capacidad en el habla o porque, simplemente, había cosas que al recordar lo afectaban notablemente. Empezó advirtiéndolo: “tomar caldo de iguana es lo que me tiene tan viejo”. La guerra la vio a sus quince años, en 1932, cruzada por la venganza entre liberales y conservadores, pero para entonces, el conflicto no involucraba niños, pues, según él, ellos no tenían política. Vivió hasta los veinte años en Coyaima, en una casita de paja. Pescó, desyerbó, arrió bestias, trabajó como panadero, recogió café a lomo de mula. También recibió alpargatas para su primera comunión, que para ese entonces valían cuarenta centavos. En la escuela solo duró tres años, porque no alcanzaba a llegar a tiempo para comer en la casa. Su infancia la definió como un período muy pobre, donde recibían ropa donada de Ibagué y jugaban a los congelados, a la lleva y a la pelota. En medio de una familia poco creyente y con una clara tendencia anticlerical —debido a su adscripción liberal—, creer en apariciones era inusual, pero un día vio a un santo que le vaticinó una vida longeva. “Este es un niño que va a ser muy obediente conmigo. Este niño sí se va a salvar”. Y él le decía: “¿Por qué no me lleva? Lléveme ahora mismo porque yo también quiero ir como va usted, volando”.

Después del 9 de abril vio niños conservadores siendo masacrados vilmente por hordas liberales. Recordó su imposibilidad moral para empuñar un arma, salvo un fisto, las historias del reclutamiento de la Policía para llevar niños a la guerra y cuando Carolina —Carola— la esposa del general Rojas Pinilla le regaló un pan.

Una vez concluida esta travesía por el suroriente del Tolima, de conversar durante semanas —y posteriormente meses— con muchos de estos viejos campesinos, en mi cabeza y en los apuntes del cuaderno, todo este largo relato llamado Los Fistos encontró su forma y sentido. Rescatar los relatos de personas cuyas infancias transcurrieron en medio de escenarios de La Violencia, constituyó un gran ejercicio de memoria. Estas piezas orales dan cuenta de una historia aún no contada: la de actores individuales, del común y corriente, que son parte fundamental de la historia de La Violencia, que ha marcado nuestra sociedad y país.

Con estas palabras introductorias, espero haber señalado la ruta para leer las tres historias de vida campesina contenidas en este libro, basadas en los relatos orales de Alfonso, Atalívar, Luis, Marcos, Basilio, Sebastián, Rogelio y otros más, escritas en clave narrativa, privilegiando el uso de un lenguaje sencillo y fluido, que mantiene algunos aspectos propios de las oralidades rurales y da cuenta del universo campesino entretejido por la memoria y las experiencias de vida individual y colectiva. Cada capítulo narra la vida de las personas mencionadas en esta introducción y mantiene el anonimato solicitado por algunos de los entrevistados, pues la sombra funesta de la violencia no respeta edades ni temporalidades.

**Memorias de
un campesino
rebelde**



Nací en la vereda Zancudo del municipio de Natagaima, en el Tolima, el 18 de febrero de 1931. Mamita dice que un día antes de que yo naciera, muchos trabajadores pu allá en Antioquia fueron despedidos y se les veía caminando pu aquí en las carreteras y caminos riales del Tolima, buscando miniar o trabajar cogiendo café. Año malo ese en el que me tocó nacer. Sin embargo, siempre hubo mucho amor en mi casa y a pesar de todo lo que se vivía entonces, me criaron bien.

Muchos de mis tíos y familiares, a mis tres años, salieron de la vereda porque no había qué hacer, ni ninguna ocupación posible. En esa época, además, había mucho paludismo, decía mamá, y la gente, si caía enferma, inmediatamente se moría. Varios de mis familiares no alcanzaron ni a llegar a ser atendidos cuando ya se les veía partir pa'l otro lado. El Gobierno de Enrique Olaya, para entonces, necesitó de muchos trabajadores que hicieran zanjas y chuquías en Neiva, pa canalizar el agua, y allá fue a parar gran parte de mi familia a trabajarle a un gringo de apellido Richardson, que era el inspector jefe.

Cuando tenía cinco años apenas, en la vereda se organizaban peleas con fierros, pistolas viejas que se usaban para zanjar riñas entre personas de pensamiento distinto, religiones o creencias. En una de esas tantas peleas, dos señores, uno godo y uno liberal, se dieron bala y se mataron. Fue la primera vez que vi alegatos, armas y sangre a chorradas en la tierra. En esos años, Gaitán era como un dios. Los liberales del pueblo lo veneraban porque recién



Labores de drenaje para el control del paludismo
en Neiva

Fuente: AGN. (1993). *Fondo del Ministerio de Gobierno*, p. 34.

había llegado a la alcaldía de pu allá de Bogotá. Los conservadores lo odiaban por lo mismo. Yo, la verdad, nunca entendí nada de eso, hasta pasados unos años vine a saberlo.

A mis diez años, ya tenía claridad en dos cosas: había que ser liberal porque en mi casa todos eran liberales, desde el más pequeño hasta el más viejo y todos decían que el mundo se iba a acabar porque pu allá en Europa lo que sonaban eran bombas, muertos, catástrofes y pestes que pronto iban a caer a este otro lado del mundo. Pa mí esas cosas eran como una película de gente que volaba, se disfrazaba y tenía armas escondidas en todos esos carros que sonaban feo. Uno de niño en esos años se imaginaba muchas cosas, muchas pendejadas que le ayudaban a sobrellevar toda esa vaina, toda esa realidad tan pesada en la que vivíamos.

Cuando apenas cumplía mis quince años, me metieron unos tiros al cuerpo. Balas de puro fisto. Si hubieran sido balas de verdad me matan y no estaría echándoles el cuento. Las tengo aún zampadas en la espalda, porque nunca hubo plata para sacármelas. Fue un *fistazo*, como se decía antes para referirse a alguien o a algo cazado con un fisto, que básicamente era el arma nuestra, del pueblo, con la que nosotros, la gente campesina, cazamos en el monte¹.

Recuerdo muy bien ese momento: estábamos con papá y la chusma estaba a un lado del río y nosotros al otro. Cuando los vi, salí corriendo del miedo, papá también, él iba detrás de mí. En ese tiempo todo era muy delicado: si usted estaba en el pueblo o pu ahí puestiando, le decían a uno que era un volteado. Yo creo que eso fue lo que ellos pensaron. A mí, incluso tiempo después, me llegaron a decir que había sido un tal Eliseo Manjarrez —al que llamaban “Melca”—, venido desde El Astillero, pu allá en Chaparral, con una tracalada de campesinos armados de fistos, escopetas de cápsula, machetes y palos, con la intención de cazar chulos por todo el sur

.....
¹ “Las escopetas de fisto califican como armas de fuego, con la diferencia que su tecnología, capacidad, cadencia de disparo, confiabilidad y precisión son mucho menores, toda vez que no utilizan municiones convencionales modernas, sino que utilizan de manera separada pólvora, fulminante o chispa de ignición, y un proyectil que se introduce por la boca del cañón utilizando una caña” (Saldarriaga, 2021, p. 56).



Veinticinco pistolas y treinta
puñaletas decomisadas durante el
período de La Violencia

Museo Nacional de Colombia. Fotografía de Óscar
Cardozo.

del Tolima, ellos eran famosos por su malicia y sus famosas bayonetas, que usaban para ensartar guámbitos recién paridos.

Yo como nunca he tenido fundamento en la vida, jamás me saqué esas balas. Solo me dan picaditas de vez en cuando, cada vez que voltea la luna. La gente me pregunta si no me he intoxicado con el plomo de las balas y pues véanme, sigo intacto. Para ese momento, un señor que medio ayudaba a curar a la gente en el pueblo le dijo a papá, al verme con esos tiros, que me arrojara con hojas de balso para que me calentara el cuerpo y así dizque pudiera expulsar las balas. Todo eso sin cobijas ni nada. Entonces lo hice por semanas, dormí como un animalito envuelto en hojas. Sin embargo, ese tratamiento jamás funcionó.

A mis diecisiete años mataron a Gaitán, justo cuando íbamos con mi mamita para la Palmita, otra vereda de pu aquí de Natagaima. Ese día la gente se alborotó con palos, machetes y azadones. A mí, que ya tenía pelos en las güevas, me tocaba estar pendiente de mis familiares. Sobre todo de mamita y mis tías, pues ellas eran liberales acérrimas y se pusieron a llorar, mientras al otro lado del pueblo los conservadores reían y jartaban felices, rodeados de esos tales chulavitas, una policía goda creada en Boyacá en los tiempos de la junta militar². Después de ese día, por aquí hubo una pausa, pero dicen que pu allá en Bogotá sí murió mucha gente, sobre todo liberales que fueron perseguidos por tierra y agua, por toda esa trcalada de godos armados. ¡Ay, Dios mío bendito!

Me acuerdo de que, en ese entonces, el presidente conservador Mariano Ospina Pérez no molestó tanto. De hecho, los gaitanistas y liberales mandaban pu acá y hasta la Policía les hacía caso. Pero después vino Laureano Gómez, el hombre que incendió el mundo. Él impuso la pena de muerte durante un año: el que no se volteara al lado azul lo mataba. La gente no sabía nada. Los mejores amigos de Laureano siempre fueron esos grandes dueños de tierra,

² Al respecto, las investigadoras Luisa Cantor, Laura Felacio y Rosario Arias señalan que, para Rocío Londoño: “José María Villareal era creador de los chulavitas, este personaje había nacido en Soatá, Boyacá, la vereda de los Chulavitas, y para el 9 de abril era gobernador de Boyacá, día en que se trasladó con el Ejército hacia Bogotá” (2018, p. 101).

ricachones, gente con hartas cabezas de ganado, tipos que le pagaban a gente pa ir y echarles candela a las casas de paja y bahareque de los campesinos que decían ser liberales o que otros sapeaban³.

Ese señor llegó al poder dos años después de la muerte de Gaitán, es decir en 1950. Para ese entonces yo tenía diecinueve años y tres balas de fisto en el cuerpo. De ahí en adelante me tocó vivir plenamente esa guerra, estando aquí en la vereda. Me acuerdo de que dejamos la casa botada por un tiempo y después salimos corriendo, porque no sabíamos, la verdad, qué podía pasar.

En eso llegó la Policía de Natagaima, que decían que era nueva, policía chulavita al servicio de Laureano Gómez, y qué más íbamos a hacer nosotros sino escondernos, porque lo que hacía esa gente no tiene nombre, pero se resume en matar liberales en cantidad. Yo no sé quién les había dicho a ellos que pu aquí en la vereda había mucho liberal, pero nosotros no nos íbamos a arriesgar a ser torturados y mutilados.

Papá se alcanzó a tapar con un poco de cueros pa que no lo fueran a matar. Pero a mí sí me alcanzaron a ver y los chulavitas me dijeron: “Usted me tiene que decir si su papá está aquí en esta casa, porque si no, lo matamos”. Ellos cargaban unos fusiles con bayonetas que usaban para hundírselas a la gente, como ensartando pájaros⁴. Menos mal, en esas pasó un vecino que trabajaba con uno de esos hacendados godos y me ayudó, favoreciéndome, al identificarme como un supuesto familiar.

Ese día de lejitos vi a uno de esos niños ensartado, lo vi rapidito, porque mis ojos vieron el horror cuando volteé desprevenidamente

.....
³ Al respecto, el historiador Marco Palacios señala: “Un 80 % de los cadáveres correspondía a varones, incluidos niños y adolescentes; civiles inermes y no gente armada; campesinos y no citadinos; pobres y no ricos; quizás en su mayoría analfabetos. Aparecían baleados a quemarropa o, lo que fue más usual, acuchillados o macheteados; a veces descuartizados, degollados o incinerados, dentro o cerca de sus viviendas, cuando no flotando en los ríos” (1995, p. 152).

⁴ Ampliando el uso de estas armas por parte de la policía chulavita, la Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas señala: “Los hacendados presionaban a los gamonales, los gamonales a los gobernadores y alcaldes, y estos a la Policía o a la guardia departamental. El resultado: diligencias de Policía, abusos de autoridad y uso de la fuerza, como en el caso de La Georgina, donde terminaron pasados por las armas tres campesinos, y heridos a culata y bayoneta” (2015, p. 563).

la cabeza; apenas lo atisbé salí corriendo. Sin embargo, siempre me alcanzaron a tener ahí un buen rato. Yo les decía que no sabía dónde estaba papá, cuando sabía que estaba justo ahí, protegiéndose debajo de esos cueros. Ellos llegaban expresamente a matar gente y gritaban que venían desde Pandi, Cundinamarca a salvar la patria. Se notaba que eran conservadores hasta la sangre. Esa policía vino varias veces más y uno los veía pu ahí escondidos en el monte, arrastrando gente pa botarla al río. Días después se veían cuerpos flotando de los liberales que ellos identificaban. Si la persona decía que era liberal, lo mandaban al río de inmediato, como también dicen que lo habían hecho antes pu allá en el río Sumapaz. Yo no sé cuántas veces estuve puestiando escondido, mientras mataban vecinos, amigos o gente conocida. Ese río Zancudo se plagó de cuerpos y a veces solo de algunas partes de personas con familias, amigos y toda una vida construida.

Me acuerdo mucho una vez que un vecino me dijo, estando yo de diecinueve años: “Vaya y me lleva estas bestias y me les da de beber en el río”. Cuando fui allí, los animales se desparpajaron, como ellos conocen el venteo, me fui yo a mirar y había cuatro muertos jovencitos, todos con pañoletas rojas liberales. En ese tiempo era muy normal que a la gente por cualquier cosa roja, una silla, una camisa, un mantel, la mataran diciendo que era liberal⁵.

En medio de todo eso, papá medio jornaleaba para darnos algo de comer. Mis hermanas lavaban ropa. Con mis hermanos hombres buscamos la manera de cosechar café, pero no podíamos porque los chulavitas y hacendados de Natagaima no dejaban. Al que salía del pueblo le decían que era del Gobierno, y por pensar que estaban amangualados con el poder, la guerrilla de una le daba plomo. Esa violencia tiene mucha historia y muchos lados, pero lo cierto es que el campesino de a pie fue el que verdaderamente sufrió.

Mientras los godos decían que no tenía que haber liberales en Colombia, algunos liberales, después de la muerte de Gaitán, tomaron justicia propia contra campesinos conservadores que rozaban

⁵ Sobre esto, la investigadora Clara Helena Gaitán señala: “Este uso «partidizo» y casi retador del color, señal de sectarismo, anunciaba el repliegue de una comunidad de múltiples divisiones, a dos grupos extremos y cerrados” (2016, p. 109).

pu ahí en los montes. En el día amanecían los cuerpos de dos o tres conservadores pati'arriba, flotando en el río. Esos eran los cuerpos, porque las cabezas, en muchas ocasiones, jamás se encontraron. Por su parte, la tal Resistencia civil⁶ del liberalismo, fue usada por algunos para atacar indiscriminadamente a gente que nada tenía que ver con la política.

El hambre en La Violencia

Si a uno no lo mataba esa gente a punta de humillación, lo mataba el hambre. Nosotros teníamos el fístico pu ahí pa cazar animalitos, pero eso a palo seco es muy bravo. Las mujeres de la casa se encargaban del bastimento de yuca, plátano, maíz y café, mientras los hombres mirábamos qué cazar o traer del pueblo. Sin embargo, hubo un momento cuando, por las sequías, esto se puso muy bravo. A veces pasamos días enteros sin comer. En un momento, uno de mis hermanos no aguantó tanta hambre aquí en el campo y se puso a aparar sangre de los marranos y las vacas, para intentar hacer rellenas. A veces él se iba hasta la plaza de Natagaima a aparar sangre, junto a la inmensa cantidad de gente que, como nosotros, también aguantaba hambre. Madres con tres, a veces hasta con cuatro hijos, se iban allá desde temprano a rebuscar algo que comer. En esa situación sufrían sobre todo los niños y las mujeres.

La otra cosa era que algunos policías y soldados eran malos con las personas hambrientas. Una vez un capitán de la Policía allá en Natagaima sacó la idea de amarrar de la garganta a toda esa gente en la plaza con un cablecito, para darles suero como si fueran bestias en un establo. Recuerdo que otro día iban a dar aguapanela en la plaza, entonces yo fui para tomar y llevar para la casa, pero en esas un teniente que había por ahí, viendo a veinte viejitas en la plaza, levantó la olla y se las echó encima, así como jondeando agua pa apagar carbón. Menos mal que la aguapanela estaba fría o si no esas

⁶ Protestas y manifestaciones por parte de civiles adscritos al Partido liberal, en oposición a la represión conservadora durante el período de La Violencia en Colombia.

señoras hasta desfiguradas hubiesen quedado. Una viejita que yo conocía, llamada Paula, ese día quedó lavada de aguapanela.

Esa gente era mala. Otro día también regalaron un caldo, al que le echaron un pocotón de sal pa que se enfermara la gente. Una trcalada de policías riéndose, al ver a la gente escupir y tragarse eso porque no había más qué comer. En ese entonces, aquí llegó mucha gente mala de todo el país: *chulavitas* de Boyacá, cargando armas cortas y con las jetas rosaditas; *pájaros* del Valle del Cauca, negros zambos acuerpados con sombreros entorchados; *aplanchadores* de Antioquia, con machetes afilados, hablando hasta por los dientes, y *pencas anchas* de pu allá de la costa, que eran los más malos de todos, pues mataban ahorcando. Uno ya de grandecito como se colaba y pasaba pu ahí desapercibido, veía todo eso y les empezaba a coger mucha rabia.

A mi hermano no le daba pena pedir; con apenas siete años iba a restaurantes y hoteles con un porta donde le echaban frijoles, pites de carne, arroz y ñervos⁷, sobrados de días anteriores. En una ocasión, para no aguantar hambre, se fue a la carnicería y recogió agua sangre de los recipientes donde ponían la carne. Cuando llegó, la hervimos y esperamos a que se asentara la sal y arriba quedara la sangre que se veía negra. Así sacábamos la sal, que fue lo único por lo que no sufrimos en la guerra de ese godo de Laureano⁸.

Desde muy pequeño, la pobreza en mi casa siempre estuvo presente. A pesar de eso, nunca me faltaba la escopeta de fisto para cazar animales, pues en ese entonces había muchos. Toda la vida me la pasé metido entre el monte. En ese tiempo las casas eran de palo, tapias de tierra y adobe, no había casas de material⁹. Los techos

.....
⁷ Tendones fibrosos de un animal, duros para el consumo humano.

⁸ Aunque parezca insólito, tener acceso a la sal y al agua, para algunos intelectuales de antaño, era un punto positivo por el cual podía destacarse la figura de Laureano Gómez: “Los escritores liberales que desde hace quince años vienen ocupándose diariamente del doctor Laureano Gómez, no han podido desprenderse para juzgarlo del prejuicio sectario. No le reconocen ni siquiera el derecho a la sal y al agua, como es de elemental humanidad entre cristianos” (Caballero Calderón, 2014, p. 42).

⁹ Para entonces, las construcciones de las viviendas tenían como principal insumo el adobe y las tapias de tierra, como lo demuestra un relato que, para 1912, decía: “Carvajal se compromete a construir 15 metros de pared de 3 metros de altura [...] será de tapia de tierra pisada con brancas de adobe a distancia de un metro y medio cada una; el espesor de 50

eran en palmicha, sus paredes se hacían en barro y, cuando hacía frío, de cola de pato¹⁰.

La vida en ese entonces era posible vivirla porque había animales que cazar: había cafuches¹¹, venados y borugos, con los que uno podía comer. Mucha ardilla que matábamos y directamente comíamos. Una vez un tío llevó un mono grandote, rucio y ordenó: “Eso hay que pelarlo y comérselo”. Ese aprendizaje venía de los indios pijaos que llevaban miles de años cazando en la región. La otra gran ventaja de aprender a cazar desde guambi, era que uno le cogía el tiro a moverse despacito, a tener buen ojo, a saber perderse; una gran ventaja durante la guerra.

Papá a veces me llevaba a rozar y siempre cargaba canastones de yuca. Llevaba siempre uno encima y otro en la mano, por si el patrón le dejaba coger fruta. Le tocaba andar por trochas, pa poder salir de la finca donde rozaba, hasta la casa. En ese entonces, uno no usaba calzado, tenía que andar uno así, a pata pelada o con llantones cortados en forma de alpargata, por eso a veces se le zampaban a uno las espinas o se le llenaban de llagas las patas.

No digo que todo fuera bueno en esas épocas, pero digamos que la vida en ese entonces tenía ratos buenos y ratos amargos. Los terrenos de las casas eran amplios, no estaban cerca unas de otras. Yo me divertía cuando iba a traer leche al potrero y salía un perro por el que me tocaba gritar “¡Que amarren el perro!”. La felicidad estaba cuando no se veía la guerra esa.

Pero en ese tiempo tampoco había nada, ni escuelas, ni hospitales. Para distraerme, aporreaba mucho a los pollos, me jartaba los huevos y los bizcochos de mi casa. Recuerdo que para una Semana Santa habían preparado muchos pandequesos que habían escondido en lo alto, para que no nos los comiéramos. Sin embargo, yo los

centímetros; cimienta de piedra [...] cornisa de dos adobes volados y barda de teja de barro común, [...] toda la pared dejará enlucida en tosco y fino por ambos lados” (*Fondo del Ministerio de Obras Públicas, Sección República, Contrato de la construcción de una pared y otras obras en la inspección 8a, Chapinero*. (31 enero de 1912). AGN.

¹⁰ Madera cortada en los extremos en forma de trapecio, que se usaba para ensamblar o ensanchar tablas para una casa. Su uso estaba dado principalmente en entornos rurales.

¹¹ Variedad de cerdo de monte, de alto consumo entre comunidades indígenas y campesinas de Colombia.

alcancé y me los acabé en un momento. Cuando papá llegó y vio lo que había hecho, cogió un palo para pegarme, yo salí corriendo y me tocó esconderme durante varios días, todo por haberme comido ese pan. A uno le pegaban con palos, astillos, con lo que fuera. Papá tenía la costumbre de anticiparlo, “le voy a pegar”, me decía, y uno al instante pensaba en el perrero de abrazada que tenía y que envolvía las patas. La gente puede que en ese entonces no fuera estudiada, pero se hacía respetar.

En toda esa guerra había una ignorancia muy tremenda. Me acuerdo que unos liberales mataron a unos viejitos que estaban rozando, porque eran conservadores. ¡Semejante violencia porque mataron a Gaitán! Y él, aunque era liberal, no nos había dado nada, ni un tinto siquiera. Como la gente empezó a ver eso, que los liberales y los godos mataban a la gente porque sí, de inmediato empezaron a acomodar los fistos. Pero fue el Gobierno el que se levantó primero y creó semejante guerra. Nunca un Gobierno en Colombia ha podido con los rascaculas, es decir, con esa gente que se organiza, que se para y exige cosas.

Yo mismo recuerdo que me conseguí una escopeta hechiza y una cacha de pólvora, que valía como diez centavos pu allá en Natagaima. El asunto fue que prendí la mecha muy pronto, muy cerquita del cuerpo de mis hermanos, que estaban como a doce centímetros viendo, y se estalló la pólvora, quemando a mi hermana menor, sin mayores secuelas.

El día que me compraron mis primeras alpargatas fui muy feliz. Nunca me había puesto un par de alpargatas en mi vida. Cada nada me miraba las patas para vérmelas. Las alpargatas eran bonitas y de fique, iban con el clima. Los de la cordillera usaban cotizas con suela en cuero pa'l frío tan berraco de pu allá. Hasta los ricachones compraban unas que llamaban chinelas, hechas en paño para tierra fría o en dril para climas calientes, casi siempre negras por los calores. Sin embargo, no era lo mismo un rico con chinelas, que un pobre con alpargatas¹². Al pobre con alpargatas siempre se le asociaba

.....
¹² Sobre esto, la investigadora Carol Andrea Ruiz menciona: “El calzado se convirtió en un elemento distinción de clase desde la Nueva Granada” (2014, p. 9).

como revoltoso, ruanero, revolucionario, gaitanista. Era complicado andar alpagatado pu allá en Natagaima, pues se corría el riesgo de que la policía empezara a puestiarlo o a perseguirlo.

Había un pueblo cerquita de donde vivíamos llamado Celiano Dussán¹³, donde se vivía tremenda humillación porque allá mandaban los conservadores y se jodían a los que fueran liberales. Todos tenían que ser azules, engrandecidos, y el que no lo era lo miraban mal y, ¡ay, donde se demorara mucho en voltearse, lo iban era pero matando!

Mariachi y la guerra de las yucas

Por el contrario, la vereda nuestra, sí era puramente liberal. Si bien es cierto que Mariachi nunca vino aquí, su gente sí que llegó y armó un desorden feo, buscando supuestamente acabar con cuanto bandolero¹⁴, un mandato del propio general Mariachi, desde pu allá en Ataco, Tolima. Y es que muchos hablaban en nombre de él y como la gente le tenía miedo a Jesús María Oviedo (como se llamaba realmente), pues se asustaban. Los pájaros se retiraron y le tenían miedo. Los poquitos campesinos liberales y los señores que pu aquí tenían fistos, también se asustaron. Mejor dicho, todo el mundo le tenía miedo a ese tipo y a sus hombres, porque siempre barrían con todo.

Ahí siempre perdía el que tuviera ganado, porque se robaban las reses y las descuartizaban pa comer y pa vender. Imagínense, no dejaban pasar ni siquiera una libra de sal para los campos y mucho menos para las cordilleras, donde subían las vacas por los calores tan berriundos que hacían pu aquí. Era verdaderamente la época

¹³ Vereda rural adscrita al municipio de Natagaima (Tolima).

¹⁴ En palabras del propio Jesús María Oviedo, alias “Mariachi”: “Debemos distinguir perfectamente el significado de las palabras Guerrillero y Bandolero, siendo que el guerrillero es aquel que lucha por sacar adelante el ideal a que corresponde, y el bandolero es aquel que atropella todo derecho adquirido legalmente sin distinciones políticas, sin dios y sin ley, aparte de que afirman de que todo es para todos, y que las cosas no son del dueño sino de quien las necesita, y nuestras doctrinas condenan por entero esas cosas, para poder llegar por fin en día no lejano, a vivir dentro del progreso y la paz” (“Apartes de discursos de Mariachi, Ataco”. (1958). Archivo histórico de la biblioteca de la Universidad del Valle, Serie Tolima).

del terror. Lo más tremendo es que a veces uno tenía que agachar la cabeza y hacer caso. Eso era muy humillante. Hacerles caso a guámbitos de doce años armados o a viejitos hacendados que llegaban orondos en sus caballos a joderle la vida a uno, sin ningún derecho más que el de venir en nombre del tal Mariachi. Incluso hubo uno que llevaba como premios colgados en su pecho, orejas y manos de personas que pu ahí se había topado en el camino y había matado a punta de machete.

Después de eso vino el golpe militar y llegó Rojas Pinilla, dándole tres días de plazo a Laureano Gómez, su antecesor, para perderse o lo mataba. Ahí empezó otra guerra, una conocida como “la guerra de las yucas”¹⁵, que fue la guerra de Rojas Pinilla contra Laureano Gómez. Así le decían popularmente a esta guerra, porque el general en sus discursos políticos siempre mostraba una yuca para decirle a la gente que, con ese alimento en el poder, la comida estaría al alcance de todos, dada el hambre que veníamos pasando tras el Gobierno de Laureano Gómez. La gente empezó entonces de nuevo a sembrar sin tanto temor, especialmente café y yuca. Con el tiempo las sementeras se habían llenado también de repollo, zanahoria y remolacha. Después de tanto tiempo sin labrar la tierra y con tanto muerto regado, a uno como campesino lo que más le alegraba la vida era que lo dejaran trabajar su tierra.

Esa guerra fue muy brava y se dio principalmente entre limpios y comunes, desde comienzos de 1953. Pa un lado estaba la guerrilla liberal, comandada nuevamente por Mariachi, que tenía además ayuda del Gobierno de Rojas Pinilla y perdió como cincuenta de sus hombres en esa guerra, y pa'l otro estaba la guerrilla comunista, a cargo del Mayor Lister y el Mayor Ciro, a la cual le bajaron treinta

.....
¹⁵ Inspirado en la denominada “dialéctica de la yuca” que usaba Rojas Pinilla en sus discursos de campaña. “No obstante, persistió en su desafío al establecimiento recorriendo ciudades y pueblos con una aureola de sacralidad y proponiendo a los colombianos pobres volver a la vida barata de los tiempos de su mandato, lo que se conoció en la farándula política de los sesenta como la «dialéctica de la yuca». En lo mejor de sus peroratas el expresidente sacaba de sus bolsillos una yuca y preguntaba a las masas convocadas por el precio que ese producto había tenido en sus tiempos de gobernante y el que tenía en el momento presente. Lo mismo hacía con productos como la papa, la carne y también con el dólar” (Ayala, 2000, p. 123).

campesinos comunistas en la famosa toma de El Davis, lo cual hizo que Marulanda y Charro Negro subieran pu allá pa Marquetalia.

Los comunistas, en ese sentido, estaban mucho mejor organizados que los limpios, pues sembraban, se instruían y compartían con la comunidad, mientras los limpios robaban y mataban, no tenían idea de nada y andaban a la pata de lo que les decían los liberales de Ibagué y Cali, gente que no tenía idea de lo que pasaba en los campos colombianos. En un momento el Ejército incluso les ayudó a los limpios a cometer fechorías, incluyendo el robo de la comida a campesinos, situación que molestó a los comunistas, especialmente a aquel que llamaban Capitán Llanero, y empezaron a matarse entre sí, todo provocado por el Gobierno.

Cuando terminó esa guerra de las yucas, que fue la guerra brava, la gente se puso a sembrar comidita otra vez. Sin embargo, una que otra vez, las maticas las cortaban los chulos¹⁶, y no dejaban nada. Solo había matas en ese entonces, porque marranitos no había ni el cuento. Los chulavitas pelaban todas las casas, arrasando con lo que hubiese y, ¡ay, de quien les dijera que no! Ellos decían: “Cojan una o dos gallinas, pélenlas y comamos”. En muy pocas ocasiones les decían a las familias que se las vendieran.

Pero volviendo a Laureano Gómez, en 1953 voló a España, exiliado, con el rabo entre las patas y listo para apoyar a los fascistas españoles que defendían a Franco¹⁷. Menos mal se fue ese señor. Nunca en toda mi vida había visto a una persona tan mala. Él se paraba en su despacho pu allá en Bogotá, airadamente, a decirle a los soldados, a los chulos, a cuanto godo fuera, que mataran a esos liberales sucios, esos liberales revoltosos, cuando esos tales liberales no éramos más que campesinos que pobremente reclamábamos en los caminos riales para poder comer.

.....
¹⁶ Ejército chulavita.

¹⁷ Al respecto, el expresidente colombiano Darío Echandía, en una columna publicada en el periódico *El Tiempo*, el 8 de noviembre de 1949, titulada “El liberalismo no irá a elecciones”, señaló: “Laureano Gómez, el dirigente conservador más conocido de la época y el candidato conservador a la presidencia en las elecciones presidenciales de 1949 es la «cabeza de una quinta columna nazi»”.

Por eso siempre estaré agradecido con Rojas Pinilla. Ese señor en tan solo dos años fue un hombre muy bueno, dio trabajo a todos; hubo trabajo pa campesinos, pa gente de los pueblos, pa los viejos, y hasta regaló pan en las plazas públicas. Abrió carreteras en zonas remotas¹⁸, inició la vía Neiva-Bogotá, puso puentes allá en Purificación¹⁹ y Girardot, donde se ahogaba tanta gente en lancha intentando pasar de un lado a otro.

Pero todo tiene su final y luego de dos años, los comandantes godos de los campos, se amangularon con los pájaros en la ciudad para bajarse a Rojas Pinilla del poder, haciéndole una encerrona. Los mismos militares que le habían ayudado a montarse, le dieron el golpe de gracia cuando lo vieron muy progresista²⁰. Y si a alguien hay que tenerle miedo en este país, es a esa gente, a los militares.

Los pájaros, los chulavitas y los militares sí mataban niños. Lo hacían con sevicia, con odio. Pu aquí no dejaron ni a uno solo. A mí me toco ir a recogerlos a La Paz y a Santa Bárbara, otras veredas de aquí de Natagaima. Ellos nunca usaban armas, solo machete enchusado. Se les solía escuchar que lo hacían para engordar el músculo del brazo y ahorrar balas, porque estaban caras. No les gustaba mucho oír chillar a los guambis, por eso iban siempre con el machete de frente. Me acuerdo, con especial tristeza, que cogieron a uno de las paticas y lo destrozaron en tres pedazos. Jugaban fraccionarios con los cuerpos de esas criaturas. Como partiendo carne de res; si se cansaban, se turnaban. También a una niña la partieron en cuatro pedazos. Siempre contaban y se guardaban de que no fueran tantos pedazos para no dejar rastro pu ahí en el monte, ni pa que los perros se los jartaran. A veces usaban un perrero con el

¹⁸ Como las carreteras de Chinú, Lorica, Cispatá, San Marcos y El Viajano en Córdoba (AGN. (1954). “Contrato estudios carreteras Chinú-Lorica-Cispatá-San Marcos-El Viajano entre el gobierno del General Gustavo Rojas Pinilla y el contratista Gabriel E. Gómez”).

¹⁹ Por este puente en particular, Gustavo Rojas Pinilla fue vitoreado en Ibagué por la gente que le reconocía su excelente gestión en la consecución del puente (Archivo del programa radial Tolima Grande, 22 de abril 1956).

²⁰ “El gobierno del general Gustavo Rojas Pinilla terminó el 10 de mayo de 1957, cuando se vio obligado a entregar el poder a una Junta Militar compuesta por los mayores generales Gabriel París y Deogracias Fonseca, el contraalmirante Rubén Piedrahita y los brigadieres generales Rafael Navas Pardo y Luis E. Ordóñez” (Aguilera Peña, 1999, p. 1).

que arrastraban los pites al monte, a zanjones inmensos donde los tiraban. Era muy de buenas al que le respetaban el entierro o por lo menos el cuerpo entero.

Esas personas no eran humanos, eran puras bestias que cazaban a diestra y siniestra. Acuérdense nomás de esa matanza que hicieron en 1949, por allá en Ceilán, en el Valle del Cauca: 150 muertos a puro machetazo, casas quemadas y los pedazos de cuerpos tirados como bestias en las quebradas²¹. No contentos con eso, violaron a las muchachas, empalaron a un poco de niños, se tomaron la sangre de los difuntos y se emparrandaron esa noche encima de los cuerpos que quedaron en el piso.

Para ellos todo el que fuera liberal y tuviera por ahí algún peso, así tuviera un año o sesenta, merecía morir de la manera más cruel posible²². Si usted usaba algo rojo, una camisa, si tenía una puerta o un mantel de color rojo, de una se ganaba la muerte, porque para ellos usted era liberal. *Aplanchar liberales* era como le decían a darle a alguien con la parte plana del machete, sin misericordia, hasta el desgaste.

Por ejemplo, en Cali ellos entraron a una casa liberal y le dieron bala a todo el mundo, se bajaron a veintidós trabajadores de las vías ferroviarias y dejaron a setenta más heridos. Le tenían especial odio a los trabajadores del tren que estaban sindicalizados y recibiendo apoyo de otros sectores obreros en el departamento²³, replicando lo que habían hecho los trabajadores en Girardot, que se estaban organizando con el fin de irse a huelga. Esa matanza tan brava pasó en 1949 y nadie habló del tema, ni siquiera los medios,

²¹ “El 27 de octubre de 1949 los Pájaros de El Cóndor, en venganza por la muerte de algunos conservadores durante El Bogotazo en la zona de Ceilán, incursionaron en ese corregimiento y mataron a 150 personas” (Comisión de la verdad, 2022, p. 63).

²² Las referencias de odio liberal se entrevén, por ejemplo, en este documento: “El grupo humano libanense se ha singularizado por dos cosas: su amor casi exclusivo al dinero (pueblo de ancestros antioqueños) y por su politiquería (odio a los godos), a diferencia de la política (arte de gobernar bien los pueblos)” Archivo histórico de la Universidad del Valle. (1962). Aspectos de la violencia en el Líbano.

²³ “Informan obreros hacienda Samán, se han declarado en huelga solidaria con movimiento huelguístico de la ciudad (Cali). Infórmeles que el movimiento obrero de Cali fue dominado. Como Huelga Solidaria son ilegales, hágalo saber así a obreros y preste toda protección necesaria a los propietarios de la hacienda procediendo con prudencia y tino” (AGV, 1946).

porque estaban amangualados; pasó sin pena ni gloria y eso que hubo veintidós muertos.

La gente llegó a decir que cuando los pájaros hacían grandes matanzas de campesinos liberales, entre ellos lo llamaban hacer *sangría fina*, disfrazando con palabras educadas la barbarie de despedazar cuerpos a punta de bala y machete²⁴. De hecho, también se rumoreaba que quien cazara a Jorge Eliécer Gaitán, María Cano o Raúl Mahecha, sería glorificado por la plena conservadora.

Pájaros, chulos y aves de mala carroña

Los pájaros y chulos eran aves de mala carroña, que devoraban cuerpos y le trabajaban al vil Gobierno de la época. A la vereda donde yo vivía fue un muchacho y avisó que ya venía la bandada de pájaros, muchos nos fuimos escondidos al monte o por ahí cerca. Yo me fui pa La Palmita, una vereda cercana. A la mañana siguiente regresé para ver qué había quedado, pensando todo el tiempo en que me iban a matar también por volver. Pero no, ya se habían ido con el ganado, cual plaga que llegaba a chupar lo mejor de los campos.

Lo curioso de todo esto era el papel de la Policía en ese entonces. Siempre me buscaban para ayudarles a recoger los pedazos, según ellos, porque jediondaban y no querían calarse de sangre picha. A mí me daba mucho pesar con las familias de esas personas convertidas en pedazos de carne en la carretera. En ese entonces, yo me dedicaba a levantar pites de personas.

La última imagen que tengo de eso, es ver a la volqueta salir llena con pedazos de cuerpos desmembrados, directo para el Guamo (Tolima). Las familias no fueron a despedirlos por temor a que los

²⁴ Una famosa *sangría fina* en Tuluá (Valle del Cauca), realizada por los pájaros liderados por alias “El Cóndor”, es descrita por Gustavo Álvarez Gardeazábal en su célebre libro *Cóndores no entierran todos los días*: “en las casas de Tuluá debe estarse leyendo párrafo por párrafo lo que en ella había escrito y que en menos de treinta días originó la única sangría fina de que Tuluá y Colombia recuerdan algo porque, por lo general, los muertos de la violencia han sido todos los de ruana, pobres campesinos que no encontraron otro ideal en la vida que vivir a su partido” (1972, pp. 61-62).



Recorte de prensa del primer periódico liberal de Cali, *El Relator*, sobre la masacre de la Casa Liberal en Cali

Fuente: *Periódico El Relator*. Foto de Jorge Manrique Grisales, p. 53.

cogieran y les hicieran correr la misma suerte. La imagen era otra en el casco urbano de Natagaima: gente celebrando en las calles, porque los muertos eran liberales de las veredas. Toda esa gente era azul, estaban muy contentos, casi podridos de la felicidad.

Yo me acuerdo mucho de que pu allá a mis diecisiete años, en vísperas del 9 de abril de 1948, la policía chulavita mató a un poco de gente campesina e indígenas de las veredas Tinajas, Guasimal y Yaví, en Natagaima, y del resguardo San José, pu allá tierradentro en el Cauca²⁵. Ahí cayeron don Vicente Parra, don Vicente Yangutá, don Leopoldo Useche y treinta y nueve indígenas, gente campesina, indios que pu ahí trabajaban sembrando maíz, pescando, sembrando patillales. Una tristeza. Por eso la gente, realmente, se empezó a organizar. Previniendo que los fueran a matar, crearon los primeros grupos de autodefensa campesina.

Desde que tengo uso de razón, me la he pasado con un asadoncito bajo el brazo y desyerbando. Uno en esas épocas ocupaba el tiempo trabajando y estando en la casa. Con los cachos de los popoches²⁶ yo jugaba de vez en cuando a arriar vacas. No había más qué hacer. En ese momento se sufría la hambruna, no había tráfico para sacar las cosas, no había carreteras, no había nada. La yuca se la comía uno dura o chumba, como le decíamos, cocida y sola, sin sobremesa o zurumba, y bajando raíz dura, de esas que solo los tolimenses berriondos de cepa campesina sabemos comer y sancochar.

.....
²⁵ Según el relato del líder indígena Benjamín Dindicue: “La violencia en el 48, cuando el 9 de abril, fue muy dura porque anteriormente casi no había adjudicaciones así propias, adjudicadas por cabildo, sino que todo era mancomún, comunitariamente, criaban animales todo junto, animal de uno y de otro se juntaban y se iban por allá. Toda esta parte de aquí había bestias y ganado, ovejas y todo era comunitariamente. Pero llegó la violencia y la mayor parte del ganado y las bestias de los indígenas se la robaron, los que en ese tiempo les decíamos chulavitas o policía. Mataron compañeros y quemaron las casas. Para comprar una libra de sal había que sacar un papel en el puesto militar y si traía más se lo quitaban todo, lo requisaban así como están haciendo por allá en el medio Magdalena. A tipos que decían sospechosos los cogían e investigaban y les hacían de todo. Para comprar ropa, compraban un pantalón y una camisa y tenían que ir a presentarse, donde el comandante. Murieron muchas gentes indígenas. Hubo un cabo Henao, en el resguardo de Belalcázar, un Corredor y un teniente Bustamante, esos fueron los asesinos de la matanza del resguardo de San José. Ahí mataron treinta y nueve personas” (Jimeno, 2006, p. 135).

²⁶ Plátano ancho y pequeño, usualmente de baja calidad.

Antes era mucho peor, porque la gente se iba a pata pelada a traer una arrobita de maíz, si les alcanzaba. Y eso que el Gobierno montó un programa llamado “Operación Maíz” pa que la gente sembrara más, pero qué va, ese programa solo ofreció créditos pa endeudar al campesino de por vida. La gente salía a las tres de la mañana y regresaba a las tres de la tarde. Las mujeres esperaban con la piedra en la mano, para poder hacer el guarrucito²⁷ y comer a la hora que pudieran.

La mujer, la música y la fiesta en La Violencia

En La Palmita pusieron una escuela, pero la pobreza no dejó hacer nada. El pobre no podía estudiar. Las casitas eran de bahareque y de palma, todo el mundo las tenía así. Mis papás trabajaban en las huer-ticas, rozaban y con eso, junto con la siembra, era que medio comíamos. La solidaridad, la amistad y el compadrazgo fue también lo que realmente hizo que mucha gente sobreviviera. Pa que, pero los campesinos siempre han trabajado muy unidos, y, Dios mediante, entre nosotros siempre nos hemos ayudado. En últimas uno respetaba la política del otro, porque al fin de cuentas no batallábamos por eso.

En ese entonces, las mujeres no tenían derecho de nada, hasta que salió la cédula²⁸. Rojas Pinilla fue el que autorizó eso y la mujer encontró la igualdad política, teniendo derecho a votar y a aspirar a cargos públicos. La cédula era un cartoncito. Aquí llegó a aplicarse eso tarde, porque pu allá en Popayán, en Ocaña, en Neiva, en Bogotá y en la Costa empezó a funcionar desde los primeros días de julio. A Ibagué llegó apenas a finales de julio. Tampoco fue tan tarde como pu allá en Antioquia y el Valle, a donde llegó hasta agosto, porque pu allá la gente era sumamente goda. Me acuerdo de que el Gobierno ni se esperaba que tanta mujer se fuera a cedular. En

.....
²⁷ Arroz cocido sin sal, ni condimentos. Comida típica del Huila y Tolima.

²⁸ En 1954, el general Rojas Pinilla, a través del Acto Legislativo No. 3, concedió a todas las mujeres del territorio nacional, el derecho a elegir y ser elegidas. A su vez, Rojas Pinilla designó a la primera mujer en un ministerio: Josefina Valencia ocupó, aunque por breve tiempo, la dirección del Ministerio de Educación.

algún momento dijeron que el papel de agua se les había acabado por tanta solicitud. Al final se acordaron de que tenían guardados varios rollos.

En ese tiempo no había orgullo en vestir, porque no había cómo comprar nada. Además, no había nada hecho, todo era mandado a hacer. Se compraban telitas ordinarias. Los pantalones se remendaban al otro día. Lo único que venía hecho eran los armazones, lo que hoy día son los calzones, y eso porque tenían metidas argollas de acero o si no también vendían pa hacer. Cuando ya empezamos a coger café en la cordillera, le dábamos a mamá pa que comprara telitas en el pueblo pa hacer trajecitos, vestiditos pa andar pu ahí en la casa. A veces incluso mamá compraba telitas pa rifar entre los campesinos de Santa Bárbara y ganar algo de más. También les hacía remiendos, hacía ropa a otras gentes y les ayudaba a coser cuando las botas o las alpargatas se rompían.

Yo empecé a coger café desde los ocho años pa adelante. Era normal ver esos cafetales llenos de mujeres y niños dándole a la recolección. Familias enteras andaban de finca en finca dándole al joco, llenando sacos de café. Muchos venían de Antioquia o del Quindío y la mayoría eran mujeres. Ahí en mi casa los que jodían más con ese tema eran mis hermanos mayores. Yo realmente lo hacía pa tener platica y llevar pa mi casa, especialmente pa la comidita y pa tener una que otra mudita durante las fiestas. Recuerdo que la ropita que mamá nos hacía era principalmente pa San Juan, porque en ese entonces era muy bueno pasar esas fiestas en que traían buenas marranadas, buenas chichadas y todo el mundo cantaba rajaleñas que decían: “Saludos al gavián que no crece en quebrada seca, ya se comió los pollos, le falta gallina culeca”.

Esas rajaleñas contaban la vida del campesino tolimense en todas sus anchas, bien fueran liberales o conservadores, por eso la gente se sentía muy identificada con esos discos²⁹. Estaba muy de moda Cantalicio Rojas y Garzón y Collazos. Recuerdo que también por esa época pegaba mucho El Contrabandista, una rajaleña

²⁹ Otra copla rajaleña famosa para la época rezaba: “Mi mamá era liberal, mi taita era conservero, cuando mi mama peliaba, jondiaba mi taita al suelo”.

sabrosa que decía “hay que remendar el sayo, la camisa, el pantalón, darle de beber al bayo y afilar el azadón”. Todo eso se hizo mientras los laureanistas dejaron de ser mayoría, porque además no gustaban de esas fiestas populares.

Casi toda la música era de cuerda. Había una cosa que le decían vitrola, de un disco grandote, la llamaban *música molida* porque con un manubrio le daban vueltas. En ese tiempo no había radios, ni ciclas, ni motos, ni carros, ni nada de eso. Yo bailaba solo cuando estaba iniciado, ya con guarapos fuertes encima, o cuando los vecinos invitaban para compartir comida o celebrar bautismos o comuniones.

Recuerdo una vez que Tirofijo se movió del Tolima al Caquetá con una tracalada de mulas por toda la carretera, mientras Mariachi andaba en Planadas, pues esa era *su* zona. Lister, o Isauro Yosa, andaba en Chaparral. Yo a él lo distinguía porque era un Yosa de Balsillas, una vereda aquí nomas al lado, hermano de Diógenes, Jesús y Heliodoro Yosa, quien vivía en una ranchita de tablas pu allá en Golondrinas. Lister se fue desde pequeño y aprendió de letras, se metió a Chaparral y organizó a la gente, se chusmaron y se juntó Tirofijo también y hasta Mariachi a pelear.

La violencia se reactivó nuevamente cuando se dio el plebiscito³⁰ en 1957. Cuatro años mandaban los conservadores y cuatro los liberales. Dicen que la gente en Bogotá celebró en la calle, bailaron y hasta repartieron peto entre ellos. La verdad, uno como campesino nunca supo qué fue eso, solo se entendía que entre las familias ricas del país se habían repartido la política nacional. Eso hizo que la guerrilla limpia de Mariachi se entregara y ahí aprovecharon para hacer la contraguerrilla, pagada desde el Gobierno.

En aquel entonces, Mariachi era un tipo liberal que recién se había entregado al Gobierno, pero había quedado libre, por ahí dicen que por haberles trabajado. Sin embargo, él ya andaba de civil,

.....
³⁰ Sobre este evento, señaló *El Tiempo* en el artículo “Así fue el primer plebiscito votado del país”: “El domingo primero de diciembre de 1957 los colombianos salieron a votar en un plebiscito que muchos dicen que era más bien un referendo: una reforma constitucional cuyo contenido se sometía a la aprobación o no del pueblo —que dijo que sí—, para validar lo que se llamó el Frente Nacional: el acuerdo de paz entre los partidos Liberal y Conservador, que llevaban casi treinta años, o más, de una guerra civil no declarada” (2 de octubre de 2016).

sin uniformes y se emputaba mucho cuando le decían “Mariachi”, pues, como él decía, ya no era un tipo en armas, sino un hombre de paz³¹. Desde ese entonces todo el mundo lo conoció más por su nombre original: Jesús María Oviedo.

Pu aquí a la vereda venía mucho Turpial³², que ya tenía sus cincuenta años. Él le trabajó a la guerrilla de Mariachi. En ese tiempo ya no se veían jovencitos en la guerrilla. Se decía que venía del llano, y era evidente por su acento no era de pu aquí. Siempre cargaba una escopeta o una soplatacos, que decían que se había robado de una matanza chulavita que había hecho. Ese Turpial decía que era liberal, pero jamás guerrillero, una cosa muy rara.

Cuando se acabó el plebiscito, la guerrilla limpia dejó de existir y quedaron los que se llamaban *organizados*. Lister pasó una vez por la vereda, era un buen hombre, sabía de muchas leyes. Él andaba muy prevenido con el Ejército, con los limpios, con los pájaros, mejor dicho, con todo el mundo. Tenía esa malicia indígena y campesina en su sangre. Siempre venía con mucha gente, cincuenta, cien campesinos, arrieros andando de aquí pa allá, cargando azadones, machetes y fistos.

En ese entonces, si no nos mataba la guerra o el hambre, también lo hacían las enfermedades. Nos moríamos de catarro, de tifo o de sarampión, porque no había higiene en casi nada, ni siquiera había vacunas. Solo había un médico aquí en Natagaima y nos trataba a punta de remedios de agua. La cosa era que, si uno se curaba, se moría de hambre después, porque todo lo que tenía se le iba en remedios. La mayoría de los enfermos se morían porque, ipa qué servía alentarse, si no había luego nada pa echar al buche! A veces

³¹ El mismo Jesús María Oviedo o “Mariachi” en una entrevista para *El Tiempo*, el 3 de enero de 1960, señalaba al respecto: “Cuando cesó la «guerra» o la violencia como la llaman en Bogotá, yo y mis compañeros depusimos las armas y nos entregamos al trabajo. Por convenio, el sur del Tolima quedó repartido para el mantenimiento de la paz, en zonas en cada una de las cuales actuaría como comandante un antiguo Jefe de Guerrillas. Así, el «General Peligro» se hizo cargo de la zona de Herrera, «Vencedor» de la zona de La Profunda, «Arboleda» en Chaparral y yo en la región de Ataco que comprende parte del territorio huilense. Mi sede es, desde entonces, Planadas. Los jefes de las antiguas guerrillas impusimos un orden nuevo”.

³² Bandlerero de la época de La Violencia, secuaz de Mariachi.

la gente incluso deseaba morirse rápido. La vida era muy sufrida pa quien se enfermaba y más si era pobre y campesino. Si pasaba incluso allá en Bogotá, que tenían hospitales como el San Juan de Dios, qué podía uno esperar aquí en Natagaima o en los pueblos del Tolima que no tenían ni médicos, ni nada.

Cuando la guerrilla venía aquí, vestían con ropa normal y uno que otro con uniforme. Ellos, como no tenían armas, se las quitaban a los del Ejército y a los de la Policía, directamente desde los cuarteles. También usaban mucha escopeta de fisto y otras poquitas escopetas de cápsulas, y así se fueron armando. Siempre daban mucho miedo, a pesar de que eran personas que uno pu aquí conoció. Desde 1948 ellos ya andaban cambambeando de un lado pa otro, rejuntando gente, principalmente que odiara al Ejército y a la Policía. Pu ahí en eso cayó gente que tenía experiencia militar, como Desquite, Lister y hasta Tirofijo. Entonces, cuando Mariachi entregó a su gente, por todos estos pueblos del sur tolimense ya había circulado mucho fusil y mucha escopeta con la que la chusma había trabajado.

Turpial a mí me convidó a la guerra, porque él llevaba una carabina en ese entonces y yo estaba ya grande, mozo, dizque pa que se la cargara. Él llegaba a mi casa y ahí estaba papá, porque mi mamá ya había muerto, para prepararle una ollada de café; pero como no había mujeres, él se iba pa abajo donde había conseguido una muchacha, allá se la pasaba el vergajo. Él era pícaro, a un conservador no se la bajaba fuera campesino o cura. Era un bandolero de armas tomar, nadie a ciencia cierta sabía de dónde venía, aunque tenía un hablado cantado, como de llanero, le gustaba mucho cantar una canción que tenía su alias³³ y tenía a Mariachi de respaldo. Cuando hacían las barridas, uno veía que iban pa'l cerro, arriba en la cordillera y ahí iba el vergajo. Por allá arriba ya era tierra azul. Don Rufino Joanías, que había llegado desde Ortega, era dueño de una tierra grande.

³³ La referencia de la canción es un numeroo llanero, conocido como el *Corrio de Turpial*, interpretado por Gildardo Aguirre y en cuyos fragmentos se menciona: "Los curas fueron culpables de aquella miseria humana, porque cargaban las armas debajo de las sotanas, decían que los liberales dizque éramos una plaga; dizque éramos una plaga y así se formó la guerra con los que no deben nada". (Raíces y frutos de la música llanera en Casanare. Carlos "El Beco" Díaz).

Una vez, por llevarse a dos muchachas que venían de Bogotá, tiraron y desnucaron a las dos mamás de ellas. Eso lo hizo Turpial y un tal Álvaro. También mataron a un muchacho llamado Lorenzo Joanías, que era liberal, así como su papá, nada que ver con el godo de don Rufino, aunque sí tenía mamá conservadora. “¿Por qué mataron a Lorenzo si era liberal?”, le dijeron a Turpial, a lo que respondió: “Güevones, porque no vinieron cuando los necesitábamos”. Básicamente él lo mató ese día porque nadie le dijo que era liberal. Lorenzo cargaba buenos anillos porque era un arriero de tiempo completo y entonces Turpial pensó que eso era de esos ricos Joanías de pu allá del cerro, que habían llegado desde Ortega como don Rufino, godos de cepa.

A mí me buscaron en ese entonces para abrir un hueco en el cementerio, para enterrar las dos señoras desnucadas y al muchacho Lorenzo. Las dos muchachas tiempo después fueron perseguidas durante un año por Turpial y Álvaro, hasta que se cansaron y dejaron de buscarlas.

Esa gente no respetaba nada. Me acuerdo que un día, en un pueblo mucho más allá de Aipe, llamado Praga, la guerrilla de Mariachi se robó un pocotón de mulas. Luego esa gente, a los que robaron, vinieron a reclamarlas: “¿Por qué nos hacen eso, si nosotros somos confiados de ustedes? Los pájaros nos robaron todo y ahora vienen ustedes a robarnos también”. Entonces Turpial, muy airadamente, les dijo: “Vayan y conversen con el comandante a ver si les para bolas”.

Otro día, una tía mía tenía dos yeguas y una estaba recién parida. Ellos llegaron y les pareció fácil robárselas. Como yo era conocido con Turpial, fui hasta donde estaba y le dije: “Cómo le van a robar la yegüita a mi tía”, y me respondió: “Güevón, tiene que hablar con el comandante”. Entonces nos fuimos a hablar con él y ahí vi al tal comandante, un viejo fanático, mala clase, mal hablado; Turpial le dijo: “Este señor viene a reclamar una yegua de un familiar”, a lo que el viejo respondió: “Pues si las conoce vaya y sáquelas de allá o, sino que deje de joder”. De ahí me fui yo y saqué a la parida primero, que era más arisca, y la otra se vino detrás de nosotros.

Mariachi no solía venir pu aquí, pues siempre andaba en otras cordilleras puestiando gente. Entre todos sus hombres, también

conocí a Saltarín³⁴, otro pícaro. Era como su mano derecha pu aquí en Natagaima y andaba detrás de las muchachas. Un tipo bajito, negrito y con oro en los dientes. A ese no lo mataron, ese se entregó porque se cansó de tanto joder.

Cuando conocí a Turpial yo ya estaba mocito, tenía más de dieciocho años. Recuerdo su muerte, ocurrió un día en que, intentando pasar un ganado y unas mulas por Praga, hubo un retén del Ejército y se agarraron feo, ahí cayó Turpial, al pelear con un sargento del Ejército. También murieron casi todos los soldados del retén.

Después de todo eso de la guerrilla y de Turpial, pasaron los años y en 1961 yo me fui a coger café pa los lados de Baraya, Huila, donde mandaba la guerrilla de Tirofijo. No conocía, pero veía mucha gente bajando pa recoger café. Había un punto de no retorno: de un lado de la cordillera mandaba la guerrilla, del otro la Policía. Al que no conocían de lado y lado, lo mataban. Pa pasar tuve que ir a hablar con el comandante: “Yo vengo de la Palmita”. Me preguntaron entonces que a quién iba a ver, “a mis dos hermanos”, les respondí. Entonces volvió a decirme ese señor: “Tome este papelito y vaya para allá”. Se lo pasé a un muchacho y él me dijo: “Yo le doy subida, pero no respondo por nada. Aquí me piden libro los sábados y si no lo conocen, grave”. Yo le respondí: “Tengo un conocido pu allá adentro”. En realidad, eran excusas para ir a coger café en esas tierras, porque decían que estaban pagando bien la carga y la plata en ese entonces sí que hacía falta para sobrevivir.

El sábado cogía café hasta el mediodía, porque en el campo nadie trabaja los sábados. Y entonces llegó el día y el comandante de la zona miró el libro y dijo: “¿Quién es el señor López?” Y el que revisaba el ingreso dijo: “Un muchacho que vino a coger café”. Entonces el comandante lo miró y le dijo: “¿Usted lo conoce?” Y asustado respondió: “No señor”. Ahí el comandante pegó el grito y me mandó llamar: “¿Usted es el señor López?”, yo asentí y luego me preguntó que de dónde venía y si alguien me conocía allí. Entonces me acordé de un paisano que conocí en las ranchas del almuerzo y dije: “Un

³⁴ El sargento Saltarín fue un bandolero, secuaz de Mariachi durante el período de La Violencia en Colombia.

señor de apellido Serrano”. El comandante me dio un papelito, lo traje de vuelta y el muchacho me dijo: “¿Lo aprobó el comandante?”, le dije que sí y le pase el papelito y me dijo: “Está hecho, venga cada ocho días o cuando pueda pa coger café”.

Desde entonces me tenían confianza y me decían natagaimuno. Mientras en Baraya todo era tranquilo, en mi vereda aún había pájaros en las quebradas y en el monte, hasta que finalmente pasó. Yo estuve dos meses en Baraya cogiendo café y me devolví porque tenía a papá vivo en la vereda y estaba solito sin nadie que lo cuidara. En un punto de la vida, con mis dos hermanos nos vimos pu allá en la cordillera, trabajando y cogiendo café. En ese tiempo todo se desyerbaba a mano, hasta que ya mi hermano pudo manejar la Wincher³⁵ en los potreros y yo la usaba de vez en cuando. Pa ese momento, Tirofijo se había replegado a Gaitania, porque los policías no le perdían pisada en Baraya; Lister, derrotado, se había ido pa los llanos y Mariachi se había ido pa Planadas, ya trabajando formalmente con el Gobierno.

Otro de los que le había trabajado a Mariachi era un tal alias “El Mico”³⁶, que operaba desde el Huila hasta Montefrío (Tolima). Decían que el tipo siempre andaba con su hermano al que le decían alias “El Rayo”, haciendo fechorías en cuanto pueblo conocieran. Ambos eran campesinos de Íquira (Huila) y odiaban a los liberales, porque ellos eran campesinos conservadores de cepa. Esos dos tenían una bandita liderada por un tal Tres Espadas y un tal Renco y andaban a pata pelada bajando a la gente de las chivas, mache-teándolas y matándolas. Ellos inauguraron el corte de corbata en muchas regiones del Huila y el Tolima, en gran parte porque tenían experiencia previa abriendo animales en el campo³⁷. Eran unos

.....
³⁵ Máquina para poder desyerbar pastos y malezas.

³⁶ Manuel Cedeño fue un bandolero conservador, secuaz de Mariachi. Llegó a ser jefe de cuadrilla.

³⁷ La relación entre los pájaros y los cortes sádicos en los cuerpos de los contrarios durante el periodo de la Violencia en Colombia, está mediado, en gran parte, por su experiencia en el mundo rural, tal como lo señala la investigadora Isabel Cristina Díaz: “Tales «cortes» y formas de reconfigurar el cuerpo del otro, durante la Violencia, se explican por la «extracción campesina» de los bandoleros o de los «Pájaros», quienes según Guzmán Campos habrían inventado el «corte de corbata». La idea asocia campesino con barbarie, por cuanto,

pájaros maldadosos al nivel de otros malos como Sangre Negra o Chispas. Lo más hijueputa era su devoción por Dios, decían que siempre andaban rezando quién sabe si por sus culpas. A ese muchacho, alias “El Mico”, lo mataron mocitico, en Neiva, en el barrio José Eustasio Rivera, después de una operación del Batallón Tenerife. Me acuerdo de que cuando lo fuimos a ver después de tanta telenovela del Ejército, vimos a un hombrecito, pequeñito, pícaro, pu ahí botado con su revólver calibre 38. Él era un pájaro, era un azul. No estaba ni muy viejo ni muy mozo, sino en la edad precisa, como dicen.

Los últimos siete pájaros organizados quedaron replegados en Planadas. Eran pícaros y le tumbaban las orejas a la gente en la calle con navaja. Mataban a la gente en una quebrada y echaban sus restos al agua. Hasta que la gente le dijo al Ejército que hiciera algo. El Ejército los cogió y los mató y se acabaron los pájaros en Planadas. Solo quedaba Tirofijo, pero él no hacía eso, era organizado y ya tenía un grupo de autodefensas campesinas bastante bien trabajado entre Marquetalia, Natagaima y Planadas. El Ejército siempre hablaba mal de ellos para desacreditarlos entre la población, diciendo que eran poco serios y miedosos, pero la gente sabía que Marulanda tenía trincheras, trochas y caletas regadas en todo el Tolima y el Huila.

En ese entonces, de tanta matanza solo me acuerdo haber recogido dos niños y una muchacha mocita y los eché en una maleta. Las volquetas salían llenitas de cuerpos que mataron tanto pájaros como chulos. Me acuerdo mucho de que, en una vereda de Rovira en el Tolima, llamada La Paz, mientras cogía café, mataron una señora a puro machetazo hasta el punto de hacer irreconocible su cuerpo. Llovía mucho en ese tiempo y la sangre de ella se confundió entre los ríos encharcados de sangre que bajaban de otras cordilleras.

«existía una gran cercanía entre los animales domésticos y sus dueños, pues estos últimos dejaban que los cerdos y las gallinas circulan (*sic*) libremente por toda la casa y comieran los sobrantes que quedaban sobre el piso de tierra de la vivienda». De allí se supondría natural que, al momento de matar, tal como sucedía con la animalidad de muchos de los alias que usaron algunos criminales, el campesino —naturalmente— trataría el cuerpo de otro ser humano como si de un cerdo o un pollo se tratara” (2018, p. 109).

Ya en 1966 yo alcancé a ver mujeres armadas, con fusiles al hombro, eran mocitas, de quince años pa adelante. Solo las vi con la guerrilla de Tirofijo, ahí sí, cuando robaron la caja agraria en Natagaima. Se zamparon aquí en la vereda después del asalto y esto se llenó del Ejército, pero la plata la tasaron allá abajo en la quebrada Nataroco³⁸. Un pendejo y una mocita se quedaron aquí en Santa Bárbara echando bala contra el Ejército. Iban corriendo y el hijueperra alcanzó a pasar entre el cruce de fuego, pero a la muchacha, en el paso de la quebrada pa Montefrío, la incendiaron a bala y la mataron. Era mocita, de dieciséis años por ahí. Lo que me aterra de esa historia es saber cómo hizo pa volarse ese vergajo, si esto estaba plagado de soldados que además tenían muy buena puntería.

Fidelina

Aquí en la vereda de Santa Bárbara había, en ese entonces, una señora llamada Fidelina. Ella era profundamente liberal y seguidora de Gaitán. Como los laureanistas venían seguido a perseguirnos a todos nosotros los liberales, ella y su papá la pasaban escondidos pu ahí en el monte. Hicieron rancho y durmieron noches enteras allá.

Los laureanistas no venían nunca con buenas intenciones, perseguían a Fidelina por su política, para matarla. Al vecino de ella, que también era liberal, una vez se le entraron y mataron a diecisiete de sus familiares a punta de machete. Entre esos diecisiete, había un viejito que se llamaba Anacleto Guzmán, enamorado de Fidelina, todos los días la iba a visitar. Cuando llegaron los godos fue al primero que picaron porque también era liberal. Ese día Fidelina se salvó de milagro, gracias a un señor llamado Manuel Bustos que sacó una escopeteca de fisto que tenía y trancó a los godos. Fidelina estaba mocita y ese día quiso tener de ejemplo, de inspiración, a ese viejito de Manuel por lo berraco que había sido deteniendo la chulada. Por eso, ella misma empezó todos los días a practicar con físticos que tenía por ahí escondidos.

.....

³⁸ Quebrada ubicada en la vía a Natagaima.

En ese tiempo, la vida pu aquí era puerca. Mejor dicho, la vida era una porquería. A nosotros los liberales aquí en Santa Bárbara nos humillaban solo por serlo. Papá, como era cercano al de Fidelina, iba a visitarlos pa que les vendiera panela, pues tenían trapiche y como nosotros teníamos más modo de cazar, les vendíamos a ellos carne de venados y borugos, porque pu allá arriba en el cerro era escaza.

De guambis nos la pasábamos con Fidelina cargando caña, arriando mochos viejos, desyerbando yucales. También corríamos mucho cuando veíamos peligro por la violencia. No importaba lo que estuviéramos haciendo, si nos avisaban de voz en voz, corríamos. Toda la vida ha habido violencia en esta región, aquí, antes, uno vive! También hay mucha pobreza, nunca ha habido un auxilio del Gobierno, ni nada, porque todo llega y se lo jartan. A uno de pobre no le dan ni mierda. Ni siquiera un burro pa cargar al menos leña.

Viendo todo eso, Fidelina sí se puso en serio a pelear con armas. Obviamente, en algún momento alguien también tenía que alzarse y esa fue ella. Le importaba una mierda si era mujer, porque lo que más quería era defender su casa. De noche entrenaba con los fistos y de día le vendía a la mamá bizcochos en una bandeja, que valían uno y dos centavos. Cuando llegaron a valer cinco, nadie los compró.

Fidelina daba la vida por su mamá y ya en el pasado había visto que hasta los propios soldados no respetaban a las mujeres³⁹. En parte por eso mismo decidió armarse con fistos, machetes y escopetas de cápsulas, porque su mayor temor era que los hijueperras godos, chulos o soldados le hicieran algo a su mamá.

A veces pasaba la chusma armada, llevando niños que entrenaban y Fidelina se les pegaba pa aprender. Como la guerrilla en ese tiempo no llevaba mujeres, no había riesgo alguno de que la reclutaran o algo así. Ellos decían que eran los tales limpios, buscando

³⁹ Protegerse con lo que se contara a la mano siempre fue una tarea fundamental de los campesinos en el país, en aras de rechazar los ataques indiscriminados de pájaros, chulavitas y soldados, como cuenta Jacques Aprile-Gniset: “Me acuerdo que un domingo, día de mercado, a principios de 1952, el Ejército asesinó a mujeres, ancianos y niños; también quemaban casas con todo lo que había adentro [...] Pero comenzaron las acciones de resistencia y en una forma increíble; se lanzaban a la pelea con peñillas, con escopetas de fisto y con escopetas de cápsulas. Así nació el movimiento campesino armado” (1991, p. 47).



Niño campesino tolimense trabajando en el transporte de agua por burros

Fuente: Biblioteca Nacional de Colombia, fondo Nereo López, p. 66.

atacar puros conservadores. A veces la gente se exponía y le ayudaba a los conservadores, por ejemplo, a Alonso Joanías, al que se le avisó para que se fuera, o a otro que había entrado a vender tabaco y al que también se le alertó para que se fuera ligerito. Siempre era un riesgo porque los guerrilleros le decían a uno que no estuviera tapando y ocultando a nadie, porque lo fusilaban si se llegaban a dar cuenta.

Uno veía a Fidelina entrenar con esos niños que tenían entre doce y catorce años. Ellos andaban uniformados como el Ejército y solían decir que entraron a ser chusmeros, porque les gustaba disparar, con la cuadrilla podían comer mejor que en sus propias casas o porque querían matar, como fuera, a conservadores que les habían hecho daño en el pasado⁴⁰. Pa ese tiempo Fidelina ya estaba sardinita, tenía quince años y siempre llevaba su fisto terciado. También practicaba yendo al monte a cazar torcazas, babillas y todo tipo de animales, menos los borugos porque no le gustaban.

Ellos eran buenos vecinos. Nos ayudaban a defendernos y les importaba un rábano el partido político, porque había conservadores buenos y liberales buenos. Con el tiempo ella fue andando más con guerrilleros que pasaban pu acá y uno de ellos le regaló un fisto nuevo. Siempre que pasaba se le veía la intención de dispararle a quien fuera por defender su pedazo de tierra. Yo creo que Fidelina fue de las pocas mujeres armadas que conocí en los tiempos viejos. Era una niña guerrillera que aborrecía a los godos y que no se escondía bajo las naguas de su mamá.

Mientras otras mujeres andaban con el Gobierno o detrás de los pájaros, Fidelina era liberal. Nunca se fue con los limpios, pero hasta ellos le cogieron respeto por pararse en la vereda. Aquí venía mucho un guerrillerito de dieciocho años con el que tenía amoríos. A ese le

⁴⁰ La antropóloga Ximena Pachón ha estudiado este aspecto con mayor profundidad, resaltando principalmente los siguientes elementos, a nivel histórico, por los cuales estos menores de edad se adscriben a grupos rebeldes por épocas: “A unos, los atraieron las armas y los uniformes; a otros, fueron las condiciones de pobreza las que los llevaron a tomar esta decisión; otros, porque crecieron conviviendo con ella, o se vincularon por sentimiento de venganza porque sus familias y bienes habían sido destruidos y el entrar a una de estas organizaciones era el único medio que consideraban les permitiría algún día vengarse” (2016, p. 2).

sonsacó otro fisto, estaba marcado y lo usaba cuando había peligro o cuando avisaban, de resto lo tenía envuelto en estopas entre el monte.

Fidelina sufrió mucho a Saltarín y a Turpial. Ellos querían llevársela para entrenarla. Pero su mamá la cuidaba todo el tiempo, no la dejaba salir cuando esa gente estaba pu aquí. Sangre Negra sí era muy amigo de ellos, porque cuando pasaba por la vereda les dejaba las estopadas de carne de vaca. Sangre Negra tenía una señora que también era chusmera, llamada Tola Galvis, pero le decían Marina, y un guambicito de sombrero y poncho que siempre tenía un revolver pequeñito encintado. Otras veces se le veía con otra señora que le decían la Aguililla, también cargando con otro guambicito. Siempre andaba con distintas mujeres, aunque decía que era soltero⁴¹.

Sin embargo, en ese tiempo el problema no solo fueron los godos, sino también el Ejército que a veces abusaba pu aquí. Fidelina, ya mayorcita, como unas diez veces se dio bala con godos y militares. Eran temporadas en las que salía escondida pa la montaña. La cosa era tan dura, que cuando iban a buscarla decenas de godos su mamá la escondía en canastos llenos de cisco.

A Fidelina realmente le tocó armarse para vivir. No solo por la guerra, sino por el hambre. La guerra ha estado desde antes y seguirá estando, pero aquí donde no llega nada, tener un fisto le daba a ella la posibilidad de alcanzar un bocado. Yo la verdad sí creo que uno no debería preocuparse, en sí, porque personas como Fidelina se armaran, sino más bien uno debería concentrarse en identificar sus preocupaciones, lo que en un momento lleva a la gente a armarse. Si el Gobierno cuidara de que no se metieran los pícaros, la gente no se armaría. Si el Gobierno ayudara a los pobres a comer, la gente no se armaría. Si el Gobierno apoyara el trabajo en el campo, la gente no se armaría y sembraría más. Es todo junto y al mismo tiempo.

Ya con treinta y cinco años encima y después de tanto andar por muchos cafetales, de no encontrar trabajo por temporadas y de ver

⁴¹ Según cuenta Orlando Villanueva en su libro *Sangre Negra: El Atila Colombiano*: “Sangre-negra era soltero y se dice que tuvo tres hijos, uno con Edilma López, Aguililla o Aguilita, otro con Tola Galvis, alias Marina; la identidad de la madre de su tercer hijo es todavía un misterio” (2012, p. 22).

mucha gente conocida muerta, me picó el culo y cogí las armas por un tiempo, dejando como única excepción el no salir jamás de comisión a pueblos con todos los demás grupos, entre los que estaban el de Gerardo Loaiza, el del General Peligro, el de Sensible y el de otra infinidad de comandantes de los que ya no me acuerdo.

A todos esos comandantes los llegué a conocer en algún momento de mi vida, mientras estuve en la guerrilla. Ahí duré apenas tres años, de 1966 a 1969, hasta que cumplí mis treinta y ocho. Me acuerdo, por ejemplo, de Loaiza, un señor bajito, gordo y mono. En la familia de él eran todos monos. Había un natagaimuno que distinguía, al que le decían alias “Veneno” y que se llamaba Plinio Murillo, un comunista que al principio le servía a Juan de la Cruz Varela en el Ariari⁴², pero luego pasó a ser lugarteniente de Dumar Aljure, al que le decían “Valiente”, y que venía de pu allá de Coyaima, perseguido por la Policía. También decía que había pasado por Chaparral, Líbano y el Sumapaz. Ese Plinio Murillo era tan cercano a Aljure, que cuando se fue pa’l Ariari llegó a defenderlo, a pesar de que Aljure estaba señalado de robar armas a los mismos comandantes guerrilleros. Mientras ellos querían ver lejos a Aljure y posicionar a Guadalupe Salcedo en su zona, este Veneno le guardaba casi veneración y respeto.

A Mariachi una vez lo distinguí en una reunión pu allá en Rio blanco (Tolima). Se reunió con un tipo malísimo llamado Santander Pescuezo, que decían que degollaba a sus víctimas, con otro que decían que era bueno haciendo comisiones y venía del Cambrín,

.....
⁴² Sobre la presencia de Plinio Murillo alias “Veneno” en el Ariari, un derecho de petición enviado al ministro de Gobierno de la época, Guillermo Amaya, por parte de conservadores del municipio de Guamal (Meta) menciona que: “El Ariari donde los conservadores tenían sus fincas y cosechas fue el lugar de la mayor tragedia para los conservadores, porque allí fue donde mayor sufrieron estos porque fueron desplazados por la violencia liberal-bandolera de todas sus cosechas y fincas que hoy están todas en poder de los bandoleros, especialmente en la zona donde de forma criminal fue fundado ese pueblo que han llamado Medellín del Ariari y que comprende las veredas de San Martín llamadas Aguasclaras, la Cal y los Uruímes donde los conservadores fueron desalojados de grandes cultivos de arroz, maíz, café, cacao, plátano, caña, potreros, casas de habitación y de sus fincas en general donde quedó un gran cementerio de sepulturas conservadoras. Hoy para colmo en las citadas veredas se encuentra un espantoso centro comunista a órdenes de Juan de la Cruz Varela dirigido por el bandolero Plinio Murillo alias Veneno y otros” (AGN, 1958).

llamado Sensible, y uno de los de la familia Leyton que llamaban “Marcos Leyton”, todos comandantes.

En La Profunda⁴³ también había un comandante llamado Hermógenes Vargas, alias “Vencedor”, jefe político del sur del Tolima, junto con su hermano al que le decían Fermín, Piño o Lulo. Esos comandantes se reunían para cuadrar un conflicto: tal guerrilla manda en este sector, otra manda en otro, etcétera. Pero todos tenían que ir por un mismo ideal. Lo que realmente pasó con todo esto, tiempo después, es que hubo mucha desunión.

Por el lado de La Uribe⁴⁴ se empezó a hacer un grupo de izquierda y otro de derecha. El de derecha quedaba en Rioblanco y el de izquierda quedó en un punto llamado El Davis. Pero no El Davis que la gente dice y habla a boca llena todo el tiempo. Yo me refiero a otro Davis, pu allá en el cañón de las Hermosas, donde también mandaba un grupo de izquierda. Hasta allá llegó un comando a protegerse a nombre de Tirofijo. Sin embargo, hubo un malentendido ya que Gerardo Loaiza mandó traer unas reses, pero al grupo de Tirofijo no le tocó nada, no le compartieron nada y eso no les gustó mucho.

Ahí empezó el otro momento de la matanza entre unos y otros, liberales y comunistas, limpios y comunes. La guerra que empezó en 1952 y hasta 1970 continuó, inició realmente por hambre y discordias entre ellos mismos. Carlos Lleras Restrepo, siendo presidente de la república por los liberales, no le mandaba una remesa a la gente, le mandaba al Ejército con municiones para levantarlos por las mañanas y eso que las guerrillas ya venían disminuidas tras la violenta arremetida de los dos gobiernos anteriores⁴⁵. La experiencia de Lleras Restrepo era en papeleo, en manejo de plata, pero no tenía ni idea de cómo pactar con las guerrillas, por eso en vez de negociar, se crearon, bajo su Gobierno, nuevas guerrillas. Los militares a su cargo eran malos, torturaban y mataban campesinos en busca de información.

⁴³ Vereda lejana ubicada en Chaparral, municipio del sur del Tolima.

⁴⁴ Vereda lejana ubicada en Rioblanco, municipio del sur del Tolima.

⁴⁵ Al respecto, el investigador James Henderson señala que: “Cuando llegó Carlos Lleras Restrepo a la presidencia, varios de los primeros grupos guerrilleros habían sido derrotados por la fuerza pública. En la mayoría de los casos sus líderes fueron tomados presos, juzgados, y encarcelados por unos pocos años, para luego ser liberados” (2021, p. 36).

En un momento específico, después de formarse como FARC-EP, los altos nombres guerrilleros decidieron salir a comisión a muchas partes. Yo estuve en un grupo, pero solo acompañándolos ocho días por allá en La Lindosa. Estuvimos en un retén donde había unos cincuenta guerrilleros, todos jovencitos. Ahí no importaba la edad, si se sabía caminar y cargar el arma, se entraba. Yo estuve tres años, todo ese tiempo, andando, haciendo de comer, porque principalmente era un rancharo⁴⁶. Yo hacía de comer pa veinte, treinta guerrilleros a diario. Hacía de jartar pa mucha gente descogida, que tenía las armas buenas. Yo, cómo era medio pendejo, le seguía teniendo mucho amor a los fistos y escopetas de cápsulas, en parte porque me recordaban mi infancia y mi casa. Esos otros guerrilleros sí cogían buenas armas que les robaban al Gobierno, que eran los que sí las tenían.

En esos tiempos, jamás hubo un día normal, uno vivía armado dentro de la guerrilla, siempre se veía el peligro. La guerra es una cosa muy dura. Un día habíamos hecho un sancocho con gallina, quedó sabroso, pero venía un grupo enemigo de pa abajo. No nos dio tiempo de comer y tuvimos que voltear la olla; toda la comida se perdió, pero a esas alturas yo creo que la vida se me había ido primero. Era un caminar andariego, sin sosiego, sin descanso. Andábamos mucho por todos los caminos riales del Tolima, porque el Gobierno perseguía a la gente, tanto ellos como nosotros teníamos hambre todos los días.

Me acuerdo que la guerrilla nos daba unas bombas por si fracasaba cualquier operación para que nosotros pudiéramos jondearlas. Las tirábamos envueltas en una funda de media. Nosotros mismos las hacíamos pu allá metidos en el monte, seguíamos las instrucciones y llenábamos un coso de esos de pólvora y munición, y le poníamos una mecha para que estallara al caer. De esas bombas, por fortuna, nunca llegué a jondear ninguna. Además de que siempre me daba miedo volarme un brazo si llegaba a ser lento, también ese dolor moral que le dejaba a uno lanzar esos artefactos pu allá, sin ver a qué civil, sin querer, uno podía llegar a joder.

⁴⁶ Persona cuya labor al interior de la guerrilla consiste en cocinar y preparar los alimentos para todo el campamento.

El comandante siempre nos decía: “Si ustedes no sirven para matar, ustedes sirven para que los maten”. Y así fue. En muchas peleas, todos dando plomo, no se sabe qué muerto había resultado, porque si a uno lo mandan a un tiroteo, tenía que dar candela o echar a rodar y eso sí, cargar el fusil pa'l monte. Era muy importante eso último, pues para nosotros regalar un arma era verdaderamente ganarse una expulsión segura o quién sabe qué tipo de castigo después. El arma para el guerrillero, en ese entonces, era lo único que le daba garantía y confianza ante el partido. Conservarla a toda costa era sinónimo de disciplina y entrenamiento, y al final de cuentas era lo único que le daba a uno seguridad para poder seguir viviendo⁴⁷.

Cuando uno se mete a la guerrilla, lo único que tiene que mirar es al compañero que más empuje. Uno va a la fija defendiendo la cabeza. Yo tenía un compañero que le metieron treinta tiros. Le decían alias “Guayabo” y se llamaba Pablo Hernández. Lo cogieron en un punto que se llama La Sonda, porque pu allá tenía una novia. Guayabo apenas tenía cuarenta años. A él lo mataron porque era muy confiado. Estaba allá teteando con la novia, no puso guardia ni nada y le llegó el Ejército y lo pararon. Cuando él pensó defenderse ya no había nada que hacer, lo mataron en medio de una emboscada muy grande.

Debo decir que la guerrilla fue como otra escuela. Había un general que se llamaba Leopoldo García⁴⁸ y también estaba Hermógenes Vargas⁴⁹, de los que aprendí mucho. En Chaparral había un grupo bravo pa'l lado de Ambeima, sin embargo, a la mayoría de esa gente la mataron.

Yo creo que, en últimas, el Gobierno siempre buscaba la paz para matar a los comandantes. Después de que ya estaban desarmados, daban la orden y los mataban. El Gobierno siempre había

⁴⁷ Al respecto del valor que tenía el arma para el guerrillero de la época, la investigadora Olga Yanet Acuña menciona: “Después de diversos atentados y confrontaciones con la Policía, los guerrilleros se organizaron militarmente, sus actividades se regían por una constante disciplina y entrenamiento militar y sus armas para la época, eran modernas. Muchas de éstas eran suministradas por los líderes del liberalismo, por tomas a las estaciones de Policía o por tráfico con el Ejército” (2014, pp. 229-253).

⁴⁸ Nombre del general alias “Peligro”.

⁴⁹ Nombre del general alias “Vencedor”.

hecho esas trampas. Llamaban a la paz para que les quedara fácil matarlos. Y como se hacían pasar por fulanos a los asesinos, a nadie le importaba. Eso pasaba desde finales de los años sesenta. Pasó con las primeras autodefensas campesinas, pasó con la guerrilla del EPL, con el M-19 y con la guerrilla del CRS. Ellos tenían una estrategia bien montada para hacerle frente a los que buscaban negociar la paz.

Yo decidí abandonar la guerrilla en 1969 porque el Ejército sacó un papel que dio origen a la creación de las primeras autodefensas financiadas por el Estado, llamadas “Juntas de autodefensa civil” y crearon a la vez escuadras antiguerrillas, y eso puso todo muy caliente⁵⁰. La verdad tampoco me quería morir pu allá. Fue el Gobierno el que finalmente me había impulsado a irme pa'l monte en un momento específico de mi vida y era el Gobierno el único que no había querido buscar la paz, pues siempre sometía a la gente del campo al hambre o a la guerra, a través de estrategias como el encarecimiento de la comida o el señalamiento de campesinos como guerrilleros o revolucionarios, cuando realmente a lo único a lo que nos dedicábamos toda la vida era a sembrar la tierra.

⁵⁰ “La participación de los civiles en el mantenimiento del «orden público» se legitimó en el reglamento de combate de contraguerrillas, elaborado por el Comando del Ejército en abril de 1969. Se aprobaron dos modalidades: como Junta de Autodefensa y como Defensa Civil. Las juntas de autodefensa fueron autorizadas para «prevenir la formación de grupos armados», para adelantar «operaciones de control, registro y destrucción», y para que fueran dotadas con «armas y municiones por el tiempo que dure la acción» (2022, p. 120).



Hernando López, un campesino rebelde (Q.E.P.D.)

Fuente: Archivo personal.

**Odisea de
un liberal en
La Violencia**



Yo nací en 1936 en Neiva, en el Huila, pero fui criado aquí en el Tolima, aunque me bautizaron en Palermo, en el Huila. Mejor dicho, sin siquiera haber nacido, ya me habían trasteado por medio país, en parte porque había mucho movimiento debido a los ferrocarriles que se construían en una vereda llamada Polonia, en Villavieja, donde mi familia trabajaba. Mi mamá decía que cuando tenía un añito volvieron a reactivar la construcción del ferrocarril que venía desde el Espinal, en el Tolima, e iba hasta Neiva, y eso contrataron a mucha gente, pues necesitaban hacer esos cuarenta y cuatro kilómetros de vía férrea que faltaban⁵¹.

Apenas por ese entonces llegaba la Policía al Huila, en el país llevaba cuarenta y cinco años nomás, porque antes lo que había eran agentes de civil, armados con cachos de pistolas. El otro negocio bravo de esa época era el arroz, pues del Valle del Cauca llegó mucha gente⁵² a comprar tie-

.....
⁵¹ Sobre la construcción de este tramo de vía ferroviaria entre Villavieja y Neiva, se menciona: “En 1923 se inició el ramal Espinal-Neiva. En este tramo fue necesario superar el río Magdalena a la altura del sitio denominado Golondrinas, donde se construyó un importante puente que adoptó ese nombre. La crisis económica de los años treinta produjo la suspensión de los trabajos, que estaban a la altura de la población de Villavieja, y solo hasta 1937 llegaron hasta Neiva” (Ferrocarril del Tolima - Huila (1893-1937). *Imagen del Ferrocarril en la Numismática Colombiana*. [Imagen]. Archivo del Banco de la República. Biblioteca Luis Ángel Arango. Bogotá, Colombia).

⁵² Sobre la migración vallecaucana en el Huila, el investigador Alberto Ducuara Manrique menciona que: “La fundación de ingenios azucareros en el Valle del Cauca desplazó allí, el cultivo del arroz, e impulsó a algunos de estos agricultores y empresarios hacia el Huila. Estos vallunos hicieron alianzas con algunos agricultores de Campoalegre y crearon el primer molino para la descascarada y pulida del grano, denominado Florhuila” (2011, pp. 168-185).

rras y sembrar en cantidades muy bestias. Como en esa época ni siquiera había secretario de agricultura en la región, cualquiera venía, medía y compraba sin temor. La gente también iba a recoger café por temporadas, y eso se mantuvo hasta los años setenta. Las personas nunca podían descansar, porque también tocaba trabajar muy duro para tener comida sobre la mesa.

Mi familia era muy pobre en ese entonces. Me acuerdo que cuando pequeñito dormíamos en camitas de vara que se hacían en la casa y la cobija era un costalito que se recogía por ahí. Si éramos diez en la familia, diez nos acostábamos en esa cama: padre, madre e hijos, ni el Espíritu Santo cabía. No tenía tablas, ni colchón, era de puro costalito, ahí alumbrado con lámparas de petróleo, porque en ese entonces no había luz eléctrica ni nada, ni televisor, ni radio, nada de eso. A mis ocho años llevaron un radio al pueblo, sonaba entonces una emisora llamada Ondas del Sur⁵³ y eso fue un acontecimiento, grupos de gente en una esquina se quedaban mirando, ni siquiera oyendo, el nuevo descubrimiento; todos tocaban ese aparato, mientras un tipo arriba movía esa antena para coger algo de señal. Lo mismo pasaba con los carros. Era una maravilla ver esos aparatos moverse. Nosotros pagábamos diez centavos para andar ida y vuelta en el carro, que nos llevaba del cementerio del pueblo hasta el parque. Era mucha la cantidad de niños y viejos subidos en ese carro, mientras hacíamos ruido para alegrar más la cosa.

Mi mamá era una señora muy buena, muy humanitaria. “Venga y se toma un vaso de tinto”, y si había almuerzo, “venga y toma un plato de sopa”, era lo que siempre decía. Ella se llamaba Elvira y mi taita, Alejandro, borracho a morir, de esos que se caen de las sillas y ni cuenta se dan. Digo esto último porque de pequeñito anduve un tiempo con mi taita metido en las cantinas y andando a caballo, dormido. Aparte de eso, era un viejo perrísimo, le gustaban las mujeres que llaman de la vida alegre. Yo siempre me quedaba esperándolo en su caballo u orillado sobre una piedra, dígame usted, unas tres horas. Cuando salía de esos sitios de mala muerte, me decía: “Mijo,

.....
⁵³ Al respecto en la *Revista Credencial* se dijo: “Para 1944 la emisora «Ondas del Sur» ya sonaba en Neiva” (2005, p. 1).

no le vaya a decir a su mamá”. A lo que yo le respondía apenas balbuceando: “Si me compra un trompo o un poco de bolas, no le digo”. Cuando llegaba a la finca me decía mi mamá: “Bueno mijo, cuénteme qué hizo su papá y le frito huevos”. Yo los aventaba a ambos, porque representaba doble beneficio para mí, además, yo sabía que eso entre ellos no iba a funcionar. Tenían unas peleas las berracas, mientras yo feliz jartaba y jugaba con el trompo.

Tiempo después me aburrí de estar en la casa y, siendo más grandecito, empecé a andar de arriba abajo con mi taita. Por ese tiempo, aquellas viejas con las que se veía empezaron a tratar de retenerlo quitándole los frenos, las sillas, cualquier cosa que tuviera, con tal de que se quedara con ellas. Yo ya tenía más años, empecé a ser más consciente de esas situaciones y a verlas con más claridad.

Pasaron los años y mis papás se asentaron para trabajar en una finquita de café en Irco, en el Tolima. Vivíamos de eso, la vida era más buena y no había tanta hambre, no estaba cara la comida, todo era mejor. Y así fuimos creciendo, hasta que poco a poco la finquita se fue acabando. Después de que mamá se murió, lo poco que le quedó, mi taita lo vendió para gastarlo en trago y viejas, y nosotros quedamos prácticamente en la olla. Para rematar, en esos tiempos empezó a asomar la guerra.

Mi taita me puso en la escuela. Me gustaba mucho jugar con la bola o el trompo y pelear; esas tres cosas me fascinaban. Yo no sé leer, yo no sé escribir, yo no sé hacer nada, por haber estado con el berraco juego y la cambambería todo el día. Cuando venían los profesores siempre inventaba una excusa, decía que salía para Ibagué esa semana o que llegaba más tarde. La verdad, fui bien desaplicado y por eso me quedé íntegro como un bruto.

Ahí después llegó la guerra con todo, cuando apenas asomó, solo se veía el espantaflojos y luego llegó la tormenta. Todavía teníamos la finquita, pero a mi taita se le ocurrió la gran idea de venderla. La partió entre mis hermanos y él, y su parte se la jartó todita: una en aguardiente y otra en comida. La restante se la dio a otro hijo para el estudio. Y casi todo el resto de los hermanos quedamos sin educación y sin plata.

En eso llegó el tiempo de la chusma. Porque eso no era guerrilla, ni nada de eso, eran chusmeros, como se les decía a los bandoleros desde antes de la Guerra de los Mil Días⁵⁴. Y lo convidaban a uno para el monte. Mi taita entonces me decía: “No, no se vaya a morir de hambre en el monte, yo lo echo pa’ fuera con sus cosas si eso pasa”. Pero ¡qué va!, uno no sigue consejos de borrachos, así se trate del mismísimo taita de uno.

Yo empecé a trabajar desde muy niño, firme como hasta los nueve años en las montañas cogiendo café. Uno se iba a las fincas en mula para recoger café todo el día. Así duré mucho tiempo. Le pagaban a uno diez centavos por arroba; siendo chino recogía las diez arrobas de café en un día, pero a veces podía ganar más de cien centavos diarios. Esa plata era para comprar la remesa, lo que es la carne, el plátano, la cebolla y la sal. La libra de sal valía solo tres centavos, ¡imagínese usted! Si acaso llegaba a sobrar algo, uno pensaba en comprarse un par de alpargatas que valían cuarenta centavos.

A mis doce años ensillé una mula y me fui a trabajar a la montaña moliendo caña y pelando yuca. En Ortega, en el Tolima me buscaron para trabajar voliendo machete en un rastrojo. Todos los días me pagaban dos pesos y ahí junté lo de un mes, y con eso bajaba al pueblo para comprar la remesa de mi casa. En el 48, el mismo año en que mataron a Gaitán, la carne estaba a diez centavos el kilo. La tripa era a dos centavos la libra; la leche valía tres. El guarapo que hacían los campesinos de aquí mismo, después era dizque un producto considerado prohibido por un tema de higiene⁵⁵, y la limonada que uno podía hacer en la casa, valían lo mismo: cinco centavos.

.....
⁵⁴ La representación de los chusmeros o bandoleros antes de la Guerra de los Mil Días, si bien no es muy usada en las fuentes, sí ha sido mencionada. Al respecto, señala Armando Moreno: “Sobre el bandolerismo del siglo XIX existen varias posturas. Para el historiador José del Carmen Buitrago, el hecho de que se carezca de estudios de casos que den cuenta de la existencia de bandolerismo en el siglo XIX, no significa que este no haya existido. Pues a pesar de que las guerras civiles fueron guerras de élites, así fuera que en sus ejércitos se hallara gente del común, llegada la hora del armisticio dejaba inconformes que preferían seguir al margen de los arreglos de las élites” (2012, pp. 288-289).

⁵⁵ La Ley 88 de 1923 se redactó en Bogotá, basada en la monopolización de las bebidas alcohólicas en el país y atravesada, a su vez, por un discurso de higiene: “Privilegió el consumo de ciertas bebidas fabricadas industrialmente (cerveza), en contrapeso a las elaboradas artesanalmente sin el menor tipo de control sanitario (guarapo y chicha). Más allá de estas

Luego de todos esos andares volví con mi taita y me fui a Bogotá, justamente días antes de que mataran a Gaitán. Mi llegada estuvo marcada por una reunión en la Plaza de Toros La Santamaría, que estaba llena de la *pobrecía* que seguía al caudillo. Luego volvimos a la misma plaza, que estaba nuevamente llena de esa gente que esta vez quería venganza y meterse al Palacio de Nariño. Me acuerdo que en la calle reproducían a todo taco el discurso que Gaitán dio en La Santamaría, en el 46, en el que dijo: “Estoy muy agradecido con toda la *pobrecía*, tanto de pueblo como de campo. Ellos fueron los que me llevaron al poder. Pero les cuento que no creo llegar a la presidencia, aunque ya me la gané”.

La gente estaba enardecida ese día, parecía que algo malo iba a pasar. Eran millones las personas dentro de la plaza y muchísimas más en las calles, con la cara cortada y vitoreando a Gaitán. Ese día mi taita había comprado un periódico llamado *Jornada* y me dijo que había cantidades de cartas de quienes lo siguieron hasta el final y solo hablaban del caudillo. Es que la propia gente era dueña del periódico mediante acciones⁵⁶. Esa emoción de mi taita por ver a su líder al que tanto había escuchado en las montañas del Tolima, me la transmitió desde entonces.

Gaitán también sabía que lo iban a matar. A él los ricos no lo querían en la presidencia, por eso no le votaban, y al haberlo matado le dieron un golpe a la *pobrecía* de este país. Él estaba listo para ganar la presidencia. Yo ya tengo más de ochenta años encima y, hasta el día de hoy, creo que esa fue la mayor infamia que he visto en toda mi vida.

El que mató a Gaitán soltó el arma, a otro se le dio por coger el revólver, y de una se le dijo: “Usted fue el que mató a Gaitán”. Lo prendieron a culata, a puños, a navajazos y machetazos, hasta que

.....
diferencias, o basados en ellas, existió un interés fiscal por parte del gobierno Nacional, estas bebidas controladas eran potestad tributaria del país y no de los departamentos o sus municipios” (Sierra, 2011, p. 184).

⁵⁶ “Comprar acciones de *JORNADA* significa defender los ideales y programas de su fundador, el máximo caudillo del pueblo JORGE ELIÉCER GAITÁN. No hay que olvidar que *JORNADA* es y será el más fiel defensor de los derechos del pueblo y que es el órgano de difusión y de propaganda que orienta la gran campaña de la RECONQUISTA LIBERAL” (*Jornada*, 1948. p. 1).

lo mataron. Ese tal señor Roa Sierra que cogieron a golpes no fue quien mató a Gaitán.

Después de ese terrible día, nada volvió a ser igual en el país. Se marcaron y juraron enemistad las dos políticas en ese entonces: cachiporros y patiamarillos se enfrentaron a puro machete. Los almacenes que vendían peinilla volaron en ventas. Y el primer asalto de esa violencia se vio dizque con toda sevicia en Bucaramanga, ese mismo 9 de abril, cuando la ferretería El Otro Mundo, de los Hermanos Martínez, fue asaltada para extraer los cientos de machetes con los que la gente furiosa tasajeó y colgó a tres conocidos conservadores de la ciudad, sin darles la posibilidad de la tregua.

Se dice que ese día se desató la *furia nueveabrilerá*⁵⁷, que buscaba a toda costa vengar al líder Gaitán. Nosotros anduvimos un rato, pero imagínese ese miedo, yo, un guámbito, viendo a otros guambicitos con machetes preguntando, “¿godo o liberal?” y dependiendo de lo que dijera me ganaba un machetazo o un machete para ir contra los otros. Ese día partió en dos la historia del país, para mal, porque la guerra inició y hasta hoy día no ha parado.

Sin embargo, mi taita ya me había contado que desde mucho antes los pícaros, la gente armada, se mezclaba con la gente común. La única forma para diferenciarlos era por lo que garlaban: o de política o de guerra. Hasta cuando ya tuve doce años fue que empecé a darme cuenta de la dimensión de la violencia. Pero, sí señor, La Violencia tuvo sus picos un poco antes de Gaitán, venía con los bandoleros o chusmeros de antes y era como una olla a presión a punto de estallar.

Por ejemplo, para nombrarle un año nada más: 1931. Lo que a uno le decían era que ese año fue para olvidar. Los muertos a diestra y siniestra por ser liberal o conservador, muchos años antes del Bogotazo, no cabían en ninguna cabeza o cifra oficial⁵⁸. El liberal mata-

⁵⁷ “En el momento que es asesinado Gaitán la furia de los liberales desencadenó los hechos del 9 de abril de 1948, momento en el que la violencia política sobrepasó los límites rurales y tuvo epicentro en la ciudad capital. La violencia era frecuente en el campo, pero nunca se había presentado una escalada de violencia de tales proporciones en Bogotá, la violencia política era inocultable” (Rodríguez, 2006, p. 27).

⁵⁸ “La situación de orden público era cada vez más alarmante. De las diversas provincias y localidades del departamento se denunciaron persecuciones, atentados, saqueos, incendios y robos que se realizaban en forma silenciosa, cuyas evidencias, en ocasiones, se

ba al conservador y el conservador se vengaba con sevicia. Ambos se mataban a bala, a golpes, a machete, con lo que se encontraran a la mano. En el Cocuy hubo una matanza brava, porque entre godos y liberales se mostraban los fierros en la plaza, en los despachos, en todo lado, hasta en la iglesia. Laureano Gómez era el jefe de los godos en ese momento, y cada vez que hablaba desde su finca en Bogotá había un montón de muertos más. En Cali, muchos godos fueron asesinados y colgados en plena plaza pública. El país en ese entonces era una carnicería, una tormenta de odios que alcanzó su punto máximo con la muerte de Gaitán.

El país estuvo prácticamente todo el siglo xx lleno de violencia en todas sus proporciones: guerras entre países, al interior y entre regiones; guerras entre distintos bandos y entre familias. Por un lado, la guerra contra el Perú, por el otro, los odios entre Antioquia y el centro del país y finalmente, la guerra entre azules y rojos, liberales y conservadores, que escalaba hasta las mismas familias, corrompidas en su momento por la política, que llegaba hasta el punto de hacer que se declararan a muerte peleas entre tíos y primos, entre hermanos y padres.

Yo toda la vida he sido liberal. Un campesino liberal, además. Pero uno de niño no tenía política, era un tema restringido solo para los viejos. Se volvió algo tan normal entonces, que cuando uno iba a una cafetería y estaba por ahí, alguien sacaba un revolver y ¡pum!, mataba a un contrario por ser conservador o liberal. Daba igual, era un muerto más en medio de la rutina cotidiana.

desdibujaban para dar paso a las simples quejas de los campesinos contra los forajidos. La situación empezó a cambiar cuando las manifestaciones políticas se convirtieron en pequeñas batallas en que los militantes se agredían verbal y físicamente por defender a su partido. Las controversias entre militantes crecían, en muchas ocasiones, con la complacencia de la fuerza pública. La situación fue cada vez más alarmante. Un ¡viva!, para un partido podía ser una excusa suficiente para agredir al adversario. Así las cosas, de las acciones privadas o delitos silenciosos para coaccionar al adversario, rápidamente se pasó a la agresión directa; no solamente contra los militantes, sino contra los líderes políticos, caso de Arcadio Supelano, líder conservador de la provincia de occidente, asesinado el 29 de marzo de 1931 en Chiquinquirá (*El Espectador*, 30 de marzo de 1931). Este político fue víctima de una confrontación partidista después de una celebración pública. Con estos hechos se afianzó el sectarismo y se radicalizaron más la acción de sus líderes” (Acuña, 2014, p. 236).

Mi razón para no confiar en los conservadores se debe, principalmente, a que son muy traicioneros. Ellos emborrachaban a la gente para luego preguntarles: “¿Usted qué es?”, y el que les respondiera que no sabía o que no se metía en eso, le decían: “Me tiene que decir qué política tiene o si no lo matamos”. Ya verá usted cuántos muertos cree que lograron con eso.

¡Malos como ellos sobre la tierra no podían existir! Los godos no solo mataban, remataban cada vez al enemigo y lo humillaban con espectáculo. Su sevicia no tenía punto de comparación: abrían gargantas con navajas, abrían vientres con azadones, trozaban cabezas a punta de machete, picaban a los que mataban y hacían un espectáculo morboso con los cuerpos caídos. Era el horror puro y el Gobierno, los terratenientes y los ricos lo avalaban mediante la indiferencia para con toda la pobrecía y el campesinado tolimense, que poco a poco, se vería obligado a desplazarse o a resignarse a tomar las armas para poder defenderse.

Sin embargo, eso sí, para el 9 de abril del 48 murió mucho conservador. Para esos días los *collarejos*, que eran liberales, mataron a diestra y siniestra a muchos conservadores en fila. Les decían *collarejos* en Bogotá, en Boyacá, en la Sabana y en pueblos de Cundinamarca, porque su rasgo distintivo era que sí o sí llevaban un pañuelo rojo sobre su cuello⁵⁹, y la gente asumía que la berraquera de esos hombres los llevaba a hacer con las orejas de los conservadores collares que colgaban como trofeos sobre sus cuellos.

Mi taita decía que en Santander los llamaban *nueveabrileños*⁶⁰, recordando la fecha en su accionar, con la intención de vengar la

⁵⁹ Sobre esto, María Victoria Uribe señala: “Ponerse un pañuelo rojo en el cuello, como solían hacerlo los liberales (de allí el nombre de “Collarejos”) era un reto al que muchas veces los conservadores respondían con insultos, heridas y aun la muerte” (1990, p. 23).

⁶⁰ Sobre el surgimiento de los *nueveabrileños*, el investigador José Wilson Márquez plantea al respecto: “Los sucesos del 9 de abril, que tuvieron un eco en las provincias del territorio nacional, van a motivar una nueva estrategia política por parte del gobierno conservador, que contará con el apoyo soterrado de una facción del Partido Liberal, orientada a exterminar al sector gaitanista de esa colectividad, empezando por la eliminación sistemática por parte de fuerzas oscuras del Estado de los que participaron de las protestas en la mayoría de las ciudades y poblados el día del asesinato del caudillo liberal y que fueron denominados desde ese momento como «nueveabrileños», constituyéndose así uno de los genocidios políticos del siglo XX en Colombia” (2021, pp. 428-455).

muerte del líder político. Inclusive llegó a decir que en la costa y en municipios del Tolima como Armero, a los liberales los llamaban *matacuras*⁶¹, porque se dedicaban a cazar sacerdotes que eran cercanos a los conservadores y que, incluso, alentaban desde el púlpito la caza de rojos y comunistas.

Entonces, con lo de Gaitán nadie se puso de acuerdo, no hubo un consenso sobre el quehacer en su nombre, pero sí hubo una unidad a partir de una misma intención: matar y arrasarlo con cuanto godo se atravesará en el camino. En ese sentido, la gente liberal, los cachiporros, arrasaron con cuanto local y periódico había en las ciudades, tales como “La Patria” en Manizales o “La Razón” en Bogotá.

Sotanas y fusiles

Aparte de todas estas cosas, hay algo que siempre recuerdo de La Violencia y que solo me atrevería a expresar hasta ahorita. Tiene que ver con la intromisión de la Iglesia en la política. Si el cura era godo, decía que a los liberales había que acabarlos, hasta los huevos y viceversa con los conservadores, si el cura era liberal. En el Tolima hubo varios ranchos viejos donde los curas daban la misa, y después ellos mismos se camuflaban y se ponían las armas para irse a la guerra⁶². Antes del 48, los curas del Tolima de esas épocas eran

.....
⁶¹ En estos mismos territorios, aún se seguía usando la expresión de *matacuras* para referirse al pasado liberal de sus antepasados: “Pese a que la sanción no duró mucho tiempo, el estigma rebelde y trastornado de Armero prevaleció; de esto dieron cuenta las voces de hombres y mujeres que quedaron enterrados en el lodo la noche del 13 de noviembre de 1985, cuando entre “llanto, dolor y espanto” se lamentaban y preguntaban: “¿Por qué somos un pueblo matacuras? ¿Por qué fuimos un pueblo matacuras?” (Ospina, 2013, pp. 177-198).

⁶² “La época de La Violencia, esa Violencia con mayúscula, que en algunas regiones de Colombia se llamó más elocuentemente la época de «Cuando la Política», tenía, por supuesto, raíces políticas. En lo más inmediato, se trataba de una estrategia electoral para que el minoritario Partido Conservador no perdiera el poder que había recuperado gracias a la división liberal. Y a eso contribuía el tradicional y atávico enfrentamiento ideológico y sentimental entre conservadores y liberales, entre godos y cachiporros, entre azules y rojos: dos banderas que en el país nunca fueron materia de libre elección personal, sino que se transmitían hereditariamente con el fanatismo de los dogmas religiosos: los viejos y queridos odios. También tenía pretextos religiosos propiamente dichos, atizados por el jefe conservador Laureano Gómez desde la firma del Concordato con la Santa Sede, y

enemigos de los conservadores, a excepción de ese padre Ramírez en Armero, que, desde antes de que mataran a Gaitán, alentaba a los godos para matar liberales desde sus propias homilias⁶³. Uno puede creer en lo que quiera, lo que no está bien es usar el nombre de Dios para hacer política.

Los domingos, los curas hacían una misa o el rosario. Eran días de mercado y afuera la gente, que los apoyaba, tenía una venta de aguardiente y cerveza, para ir recolectando plata para la construcción del templo. Y resulta que luego uno los veía con armas por las calles, armas largas, carabinas, escopetas de cápsula y revólveres. Justo después de rezar el rosario.

Después del 48, la mayoría de los curas empezó a perseguir a los liberales. Hubo un cura de apellido Triana y otro de apellido Grimaldo, que participaron el 4 de mayo de 1958 en la Masacre de Veracruz, en Venadillo, abriéndoles el vientre a las señoras embarazadas con una bayoneta. Sacaban a los niños y los estrellaban contra la bayoneta. Por eso, realmente el clero fue el más criminal. Solo por ser liberal a uno de niño lo rechazaba el cura, torpedeaba tomar algún tipo de sacramento, incluyendo el bautismo. El clero resultó ser el principal enemigo del pueblo.

Pero hasta la Iglesia tuvo que saber adaptarse después del 9 de abril de 1948, pues la gente enardecida gritaba: “¡Abajo el catolicismo!, ¡viva el protestantismo y el comunismo!”. Todas las iglesias de los pueblos vecinos fueron ocupadas, menos la de Planadas, porque ellos tenían un cura netamente liberal, cosa que incomodaba a los

reforzados por la incitación de los obispos y curas más sectarios a una cruzada antiathea, antimasónica, anticomunista, revueltos los tres «antis» en un solo paquete de antiliberalismo: no solo el liberalismo filosófico condenado por Roma, sino en primer lugar el liberalismo electoral de los pueblos y los campos colombianos” (Caballero, 2017, p. 2).

⁶³ “Pedro María Ramírez, era el cura del pueblo de Armero en el año de 1948. El 10 de abril, fue ese día trágico para él. El 9 de abril de 1948, asesinan a Jorge Eliécer Gaitán en Bogotá, eso despertó una sed de venganza en todos los pueblos liberales de Colombia; obviamente, pues Armero era un pueblo liberal, los curas y las monjas eran cabezas visibles del Partido Conservador en esa época. Ellos se ocultaron y se escondieron en todos los pueblos de Colombia. Por qué, por ser Conservadores, monjas y curas. El cura de Armero no se quiso esconder, él dijo que él no había asesinado a nadie, que si la sangre de él iba a ser derramada para la pacificación de Colombia, que él entregaría su vida porque él vivía en Cristo y moriría en Cristo, que el amo le ordenaba quedarse en pie” (Guzmán en Rojas, 2018, p. 32).

godos de la época, pues temían que el cura influenciara a la población en sus decisiones de voto.

Luego ya fue normal ver a los curas dando la misa o rezando rosarios los domingos y al día siguiente portando armas. Muchos de esos curas armados trabajaban para el Partido Conservador, alimentados por lo que les decía Laureano Gómez desde Bogotá, diciendo que los liberales eran ateos, anarquistas, masones y comunistas⁶⁴.

Más que todo el mundo de los machetes, a mí me agradaban las escopetas de fisto, pues nos habían salvado por más de cuarenta años contra la guerra y el hambre. Yo tenía un fístico pequeño que cargaba día y noche, como si fuera un perro. Si esas armas no nos salvaban de la pajarada que entraba con sus Lincoln recargables o sus paralelas traídas de afuera, nos daban de comer al permitirnos cazar conejos, borugos o iguanas del monte.

Aquí en el Tolima, por las montañas del sur, lo que se veían eran fistos. La gente inicialmente no los usaba para la guerra, sino más bien para cazar animales y llevar el fiambre a la casa. Entonces, imagínese usted, que llegara la guerra y no hubiera con qué defenderse... Pero ahí estaban los fistos. Los militares se burlaban de los guerrilleros porque iban a armarse con fistos, *armas de palo* les decían, pero aparecieron por Rioblanco Efraín Valencia, al que llamaban “general Arboleda” y su mujer, que también era buena pa’l tiro⁶⁵, cazando bandoleros a punta de fistos y ahí sí se les acabó la risa.

Todo campesino pobre, humilde, tenía un fisto en su casa. Nada de metralletas, ni subametralladoras, ni fusiles, solo escopetas de fisto. Con eso se vivía, con eso se cazaba y con eso, después, se

.....
⁶⁴ “Laureano Gómez caracterizado por su intransigencia y su política radical, lo demostró en su gobierno. Con la ayuda de todo el partido conservador, el Ejército, la Policía y la Iglesia católica, buscó neutralizar los sectores opositores mediante la violencia. Su política se orientó contra los liberales, identificándolos con los masones, los comunistas, los ateos y los anarquistas, con el fin de expulsarlos del escenario político”. (*Hitos históricos Débora Arango*. República 1948-1958. Museo de Arte Moderno de Medellín).

⁶⁵ Sobre esto, la hija de Efraín Valencia, alias “general Arboleda”, menciona: “Cuando ya empezó dura la violencia, a la guerrilla de mi papá la empezaron a sitiarse mucho. Pero él no se daba por vencido. Mi mamá, que había quedado esperando de nuevo, desesperada porque los enemigos sabían todo, llegó a donde mi papá y formaron una casa de piedra al lado de un río. Ella empezó a saber manejar las armas. Mi papá le decía lo que debía hacer y así le ayudó en varios combates” (Calderón, 1998, p. 25).

defendían. A uno le enseñaban desde guambicito a manejar la escopeta de fisto. La gente, así fuera con el fisto más humilde, no se dejaba matar. Y mire en lo que terminaron sesenta años más tarde: siendo la guerrilla más vieja del mundo.

En mi humilde opinión, creo que siempre va a haber una versión de la historia en la que los hombres, por empuñar un arma, van a ser los malos; pero la gente debe saber que hubo un momento de la historia en el que nos tocó hacer a nosotros mismos, los campesinos hambrientos, armas con tacos de papel y tela, porque no había con qué cazar para comer, y luego no había con que defenderse para vivir. Así eran las cosas en ese entonces, esas que a veces no están escritas en los libros.

Con La Violencia vino, además, la correría. Nos tocó movernos para dormir unos días en medio de los platanales y otros días en los cafetales, todo para que no nos cogieran desprevenidos los *chulavos*. Hasta que en algún momento se dieron cuenta y pasaron a quemar los ranchos de noche, y a patrullar de día. Y ahí fue donde nos cansamos y empezamos a colonizar el monte a punta de ranchas. A punta de fisto nos defendíamos y también defendíamos el derecho a ser liberales. A algunos les parecía chistoso tener esas armas contra las metralletas de los soldados, pero para qué, el buen tirador conoce con qué trabaja. Preferíamos que nos mataran con el fisto cargado, que sin nada con qué responder.

Por lo menos en mi caso, lo de identificarme como liberal no venía porque sí o por generación espontánea. Mis abuelos eran liberales. Mi taita era liberal de esos que se hacían matar por su color. Para él era sagrado el voto rojo y llegar a la casa con el dedo manchado de tinta roja. Eso fue lo que nos inculcó hasta su muerte. Mi mamá, por otro lado, también era de cepa liberal. Siempre ponía primero a la familia, y de segundo la bandera, ella no perdía la esperanza en cada elección de tener un presidente liberal. Entonces, con un taita liberal, una mamá y hermanos liberales, usted verá qué sale, ini modo que godo! Los tolimenses hemos crecido con una herencia anticonservadora, anticlerical y antipatriota, incluso desde antes de la muerte de Gaitán, que nunca se nos olvide.

Mi taita a veces contaba que desde que él era güipa, siempre había existido esa guerra entre los mismos: liberales y conservadores. El liberal mataba al conservador y al revés. Se mataban a bala, a golpes, con lo que encontraban. Era normal ver que alguien llegaba, sacaba un revolver y mataba a un conservador por ser conservador o a un liberal por tener puesto algo rojo.

Conservadores había muchos. Pero desde el 9 de abril empezaron a mermar, porque murieron en cantidad. A mi taita a veces le molestaba que los liberales mataran conservadores sin razón. Había conservadores que no hacían nada y los mataban⁶⁶. Él se empataba y sacaba la peinilla para defenderlos. Tampoco ese era el modo de vivir en este mundo. Matar conservadores pendejamente era canalla y mi taita siempre defendiendo al más débil, incluso llegó a favorecer a muchos conservadores campesinos.

En medio de esas correrías fuimos a dar a Viotá⁶⁷. Subimos a una montaña a coger café, porque era algo que sabíamos hacer bien. Nos dejaron una casa y nos zampamos ahí. Nosotros salíamos a coger café desde temprano y los sábados pagaban. De un momento a otro, también comenzó a llegar gente armada a ese pueblo, pidiendo plata a los trabajadores en una finca que se llamaba Brasil. Yo no sé qué corriente tenga cada uno, pero comunistas nunca hemos sido, liberales sí. Y allá en Viotá había puros comunistas y daban plata a la guerrilla, mientras nosotros nos escurríamos por los laditos, porque la plata era sagrada y tenía que rendir. En ese entonces, había algo que llamaban la “Guardia Roja”⁶⁸, una guerrilla de campesinos

.....
⁶⁶ Estas prácticas de violencia y saqueo contra conservadores, sin distinción de origen o clase social, en muchos casos eran realizadas con sadismo contra campesinos conservadores no militantes, como señala el investigador Carlos Ortiz en su libro *La guerrillas liberales de los años 50 y 60 en el Quindío* (1984): “La disciplina, empero, era entendida también a través de la óptica reductora de la defensa-venganza; en consecuencia, mientras quien practicaba el vandalismo contra los copartidarios era un transgresor (salvo contra los delatores o «sapos» suficientemente comprobados) por el contrario, en los asaltos a conservadores no existían limitaciones ni precaución; en estas incursiones podía darse rienda suelta a todos los ímpetus” (p. 135).

⁶⁷ Municipio de Cundinamarca a ochenta y seis kilómetros de Bogotá.

⁶⁸ Sobre el origen campesino de la denominada “Guardia Roja” en Viotá (Cundinamarca), la investigadora Deisy Viviana Arévalo menciona: “La influencia del comunismo en el mundo iba en aumento, en Colombia se fundó el Partido Comunista Colombiano (PCC) en 1930 y

que había surgido gracias al liderazgo de la liga campesina de Viotá y que repartía tierra a los trabajadores que decidían sembrar café. En una vereda que se llamaba Lagunas, uno veía a la gente camuflada, manejando todo el trabajo cafetero, pues lo que sí había en ese pueblo eran fincas cafeteras. A nosotros nos ofrecieron tierrita, pero no señor, nosotros solo íbamos a trabajar. A mi taita una vez se lo intentaron llevar a unas clases sobre comunismo y marxismo, pero él se hizo el enfermo.

Alias “Tony”

Los comandantes Mariachi, Peligro, Mariposa y Llaveseca se hicieron casi amigos de nosotros. Pero había uno que sí resultó ser muy amigo nuestro, de mi taita: alias “Tony”⁶⁹, que era de Chaparral. Él era un hombre joven. Mi taita me contaba que Tony era parte de una camada de cuatro hermanos, dos ya habían sido asesinados por el Ejército y los otros dos, Antonio y Hernando, eran gemelos. Ese último dizque era jodidísimo y le decían alias “Belalcázar”, uno de los más perseguidos en Chaparral y todo el Tolima. Era la mano derecha de Mariachi y ya había matado al jefe del directorio conservador en Chaparral. Siempre lo veían con un sombrero fino y un chalequito negro, bien vestido el vergajo. Sin embargo, ese sí era malo hasta la médula, porque le gustaba ir detrás de cuanto conservador escuchaba garlar en los pueblos a los que iba a hacer comisión.

El mismo Tony también le había trabajado a Mariachi y a su hermano Hernando, matando a cuatro soldados en el Alto del Silencio,

se fue instalando en Cundinamarca hacia finales de la década. A Viotá llegó de la mano de líderes campesinos como Domingo Monroy y Víctor J. Merchán que integraron al partido en lucha campesina. El municipio comenzó a ser reconocido como cuna del comunismo. Ya con el PCC en la zona, de Ligas Campesinas surgió La Guardia Roja en 1940, que trabajaba en paralelo con los Comandos de Autodefensa” (2018).

⁶⁹ Famoso bandolero llamado Antonio Romero. Su área de operación estaba entre Chaparral y Rioblanco, junto a sus otros tres hermanos; dos de ellos dados de baja por el Ejército y el último, Hernando, un hermano gemelo al que apodaban “Belalcázar” —con quien compartió la mano derecha del temible “Mariachi” (Líder de los “Limpios”)—, terminaron assolando ambas regiones con asesinatos y fechorías.

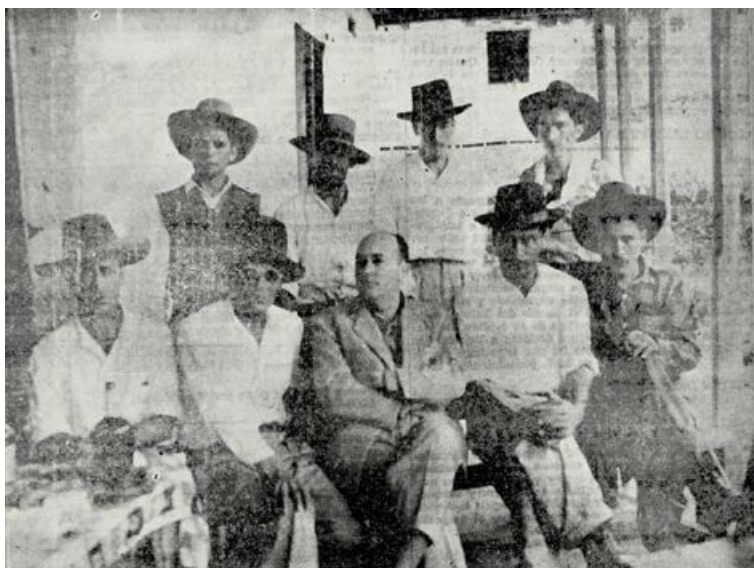
una vereda de Piedras, en el Tolima, después tuvo que huir a Viotá. Tony era conocido porque vivía por ahí entre las guerrillas. Hasta que una vez me lo encontré y me dijo: “Eso vamos pu’ allá y robamos, yo lo primero que le voy a conseguir a usted, si se viene conmigo, es un revolver y una ruana”. En ese momento a mí me sonó la idea porque prácticamente solo trabajaba, comía y dormía, no ganaba mucho. Entonces me dejé cambambiar por Tony, que tenía un don de la palabra muy bravo. Sin embargo, lo realmente curioso de todo, es que apenas duré una semana en la guerrilla.

El primer día con Tony nos movimos de Viotá a Irco, en el Tolima. Nos arrimó un carro hasta Saldaña, y de ahí pa’riba fue una caminata larguísima, de un día entero echando pata. Tony andaba como con veinte personas más y yo era el más guambicito, con apenas diecisiete años. Uno veía ahí a mucha gente venida del grupo de Mariachi, de Belalcázar, del General Peligro. Era como una guerrilla ensamblada, pero única, porque casi todos éramos jovencitos.

Tony tenía un viaje para el Valle del Cauca. Pero menos mal lo pensó bien, porque a los pocos días que salimos para Irco, la cosa se alebrestó por los lados de Tuluá, donde estaba llenísimo de pájaros y chulos. Esos tipos sí que se pegaban unas matanzas ni las berracas, y para esos días estaban cazando campesinos liberales y mataron a siete a punta de torturas. Justo en ese momento, también los ingenios azucareros se expandieron hacia las tierras del Cauca. Eran como veintidós ingenios grandísimos, y yo creo que ponían a los policías godos a limpiar esas tierras llenas de campesinos liberales y de población negra⁷⁰.

Cuando llegamos a Irco decidimos quedarnos por una cañada y yo, como ya había trabajado en algún momento por esa zona, conocía a un señor que me debía como cinco jornales de trabajo, se

⁷⁰ “Ya en 1930 se crearon los primeros siete ingenios: Central azucarera del Valle (hoy ingenio Providencia), Río Paila, Mayagüez, Bengala, Parodias, La Industria y María Luisa. Después, y a raíz del éxito de los siete primeros, vinieron diez ingenios más. Todos con un mismo patrón de referencia: la posición sobre el Río Cauca, por ende, sobre poblaciones en otros tiempos despojadas de todo. Nuevamente, entre 1950 y 1980, los inversores azucareros volvieron a despojar. Esta vez, acompañados de Ejército, instituciones del Estado y la influencia estadounidense, ampliando su radar de operación más hacia el sur del Valle, más hacia el norte del Cauca” (Cardozo, 2020, p. 55).



Hernando Romero (parte superior), hermano gemelo de alias “Tony” con su tradicional chaleco y sombrero fino.

Fuente: *Tribuna de Ibagué*, 11 de abril de 1957, p. 100.

llamaba Chucho. Ese día terminamos ahí en la cañada, prendiendo candela y suasando unos plátanos. ¡Qué vida la que me vine a dar!, pensé esa noche, mirando el cielo y escuchando el crujido de la candela y de mi buche. Al menos con mi taita tenía qué jartar, sin regodear, pensaba mientras terminaba el día con hambre, porque habían servido muy poquitos plátanos y no había ni una tripa para moler. Yo sabía que a la guerrilla la gente misma les daba comida, porque ellos sabían que venían a ayudarles con los pájaros, pero esa guerrilla de Tony, tan pequeñita, casi familiar⁷¹, no era conocida, entonces nos tocaba comer una ración apenas por día. ¡Válgame Dios, qué tristeza tan grande la que había en esa cuadrilla!

El segundo día decidimos seguir ahí en esa cañada, pero ya salíamos a que nos dieran tinto y desayuno, porque el hambre era muy brava. En medio de todo eso me habían dado una escopeta de fisto, el arma que yo ya había cogido en la vida y me gustaba mucho. Como que uno sentía el poder al cargarla, limpiarla y hacer el amague de dispararle al monte. Bonito el fisto, y terciado en mi hombro, aún más.

Entonces me fui a buscar al viejo Chucho a ver si estaba. Cuando llegué a la finca, estaba cambiada, se notaba que le habían metido más plata, estaba enmallada y alambrada. Apenas fui a tocar, salieron dos perros grandísimos, como queriendo comerme; me ladraban mucho, yo creo que porque se asomaba el fisto y los animales saben para qué se usan las armas. Al verme Chucho, sacó también una escopeta y me pregunto: “¿Godo o liberal?”. Y yo le dije: “Pues rojo. Yo soy el hijo de don Alejandro, ¿se acuerda que yo le trabajaba cogiendo jornales de café?”, insistí. “Ah, busté. Como ahora viene cargado y embombado. ¡Este gran güevón!, ¿es que ya se metió a eso; es que su papá no le da el sancocho ya? Vengase acá que yo le doy el sancocho aquí. ¡No se va a hacer matar, güevón!”, me alegó el viejo.

Ahí mismo entré y le expliqué que nosotros ya no vivíamos en el Tolima, sino que nos habíamos trasladado con mi taita a Viotá. Le conté que me había picado el culo por irme para la guerrilla. Todo

⁷¹ “En este escenario, también hay que resaltar a la familia Romero, famosa en aquella región de Chaparral y Rioblanco por sus fechorías y asesinatos” (Tafur, 2007, p. 58).

un guambicito de diecisiete años ahí metido. Entonces Chucho casi me muele a leñazos diciéndome: “Güevón, ¡no ve que eso de la guerra es bravo! ¿No se mataron sus papás para sacarlo de todo esto?, y usted, como pendejo va y los sigue. ¡Váyase rápido de aquí antes que lo encienda yo primero!”

Al tercer día, ya casi por la noche, nos tocó ir a entrenar. Ellos llegaban y hacían una trinchera y ahí nos ponían a los más guambicitos: “Si viene un bulto negro, ustedes de una vez le hacen ¡pum!”; le decían a uno antes de pasarle un fusil, ya no un fisto. El arma que nos daban se llamaba *mexicano*⁷², un arma larga. No alcancé a dispararlo propiamente, porque no me mandaron a asustar a ningún bulto, pero sí me lo soltaban al saber que ya tenía experiencia con los fistos. Entonces me gritaban: “Lo vamos a hacer hombre cargando toda la noche el mexicano”. Y yo tenía apenas diecisiete años, no quería ser hombre aún y menos de esa manera.

El cuarto y quinto día nos pusieron a cada uno en el hueco a disparar por dos horas. A un muchacho lo dejaron de diez a doce de la noche, cuando ¡pum!, disparó y Tony se despertó. Cuando vio que era una vaca negra a quien el muchacho le había disparado, no le pegó, pero vio que era muy malo pa'l tiro. A ese muchacho lo soltaron de una para la carretera, a que se fuera a coger camino. Así lo entrenaban a uno para que dejara el miedo al fusil. Cuando ya cumplían los dieciocho o veinte años, los mandaban propiamente a la guerra. Poco a poco a mí eso dejó de gustarme.

También nos daban instrucciones sobre cómo hacer flexiones de pecho, acostarnos, trotar, alargar y acortar, limpiar y defendernos del Ejército. Los profesores al mando eran parte de la guerrilla de Tirofijo, tipos duros que solían castigar a punta de rejo y hacer abrir huecos hasta tarde al que no les rendía⁷³. Por eso, cuando al otro año me fui al Ejército ya iba entrenado, sabía cómo era eso, porque fui entrenado en la guerrilla a los diecisiete años y cuando

.....
⁷² Fusil de calibre siete milímetros.

⁷³ “Los castigos aplicados por el incumplimiento de las tareas encomendadas suelen ser duros. De este modo, se imponen penitencias físicas varias, dentro de las cuales se encuentran fuetazos, golpes, oficios varios (excavar huecos, dar cursos a los nuevos reclutas), flexiones” (Álvarez y Aguirre, 2011, p. 38).

fui al cuartel tenía dieciocho. La guerrilla recluta a los jóvenes para entrenarlos para la guerra, porque los viejos van muriendo y necesitan reemplazo. Especialmente los que uno más veía en ese momento eran vergajos tolimenses, campesinos, fuertes, buenos para el monte, que venían de familias con pasado en las autodefensas campesinas o en los pueblos más rojos, como el Líbano o Villarrica. Los guambis como yo nos movíamos mucho, porque teníamos experiencia con esa vida campesina haciendo ranchas, comida, arreglando cueros y cortando monte.

En ese grupo de güipás, en el campamento de la guerrilla de Tony, conocí a quien fue mi mejor amigo en los días de entrenamiento, otro vergajo que también se hizo con un *mexicano* a sus diecisiete años. Se llamaba Darío. Ese sí se quedó y lo dejaron allá en esa zona de Irco, porque era muy bueno para el tiro, y en esa parte sí que se daban balín. Él ya estaba todo uniformadito, con su bendito *mexicano* viejo terciado y los dientes rejuntados. Ya se veía como todo un hombre corpulento, todo valiente con sus palabras y su arma.

Para ese momento yo estaba todo asustado. Y me acordé de lo que me dijo Chucho, la idea se metió de una en mi pensamiento. Al ratico me paré y le dije a Tony: “Me voy, yo no sirvo para esto, no lo sigo a usted más”. Él se quedó mirándome y me dijo: “Al menos pase la noche con nosotros”. Acepté, qué más daba, no tenía dónde quedarme y tenía hambre. Esa noche nos íbamos a dormir por lo oscuro de la cañada, en un voladero. Me salí de la guerrilla al día siguiente. Una semana nomás duré, y después me enteré que en ocho días ese grupo salía lejos, para el Valle del Cauca, como originalmente lo tenían pensado. Menos mal no alcancé a andar más tiempo con ellos, solo estuve entrenando el rifle, durmiendo y comiendo durante una semana en una cañada de Irco.

Cuando me pongo a pensar, la verdad yo me metí a la guerrilla porque siempre he odiado a los godos, siempre me han parecido atravesados y, pues bueno, yo soy liberal. Cuando era pequeño, al pueblo bajaban unos godos que andaban a caballo y cuando lo veían a uno le echaban la bestia encima. Siempre me los quise bajar.

Sumado a eso, de niño yo había conocido a Mariachi y a Sangre Negra. A veces pasaban a comisiones por la finca cafetera que tenían

mis papás. Siempre eran ochenta, setenta, cincuenta personas por día, todos pasaban por ahí sí o sí. Yo me sentaba a verlos: Mariachi, Mariposa, Desquite, General Peligro y Capitán Venganza pasaban por el corredor de la finca, siempre entre cinco y seis de la tarde, galopando caballos y con sombreros gigantes. Eran los héroes del momento y para mí era todo un sueño hacer parte de esos grupos.

Con esas imágenes en mi cabeza, me dije que por qué no intentarlo. Yo era el único niño que se iba a zampar en esa vaca loca, porque era uno de los más pollitos de esos veinte que andaban con Tony. Eso sí, quiero aclarar que ellos no se metían con niños pequeños ni nada, ni con mujeres, no había violaciones, ni nada de eso; no lo hubiera aguantado.

También uno de pequeño se deja convencer muy fácil de todo. Todavía me acuerdo de esa escopeta de fisto, pesadísima, ya al final de esa semana casi ni podía con la hijuemadre. Y cuando más me veía flaqueando, aparecía Tony con sus locuras: “¡esto es pa defendernos! Esto es pa defenderse y bregar a matar al que se deje. Y le voy a conseguir un revolver y le voy a conseguir una ruana”, siempre decía, asemejándome al joven Medardo Trejos, que llamaban “Capitán Venganza”⁷⁴, y a su propio hermano, Hernando, siempre enruanados y con revólveres al cinto.

La verdad, siempre pensé que ese señor Tony era un berraco. Tony compraba mercadito cuando lo veía a uno amarillo del hambre. En la guerrilla de ese entonces la gente no tenía plata, pero Tony sí. A la casa a la que llegábamos, ahí mismo hacíamos de comer. Lo único que a mí no me gustaba era tener que regodear o que los otros me regodearan si quería repetir. Y uno de tolimense jarta mucha comida y no anda por ahí, comiendo de a poquitos.

Me acuerdo también de que los otros compañeros tenían armas diferentes, las de ellos eran fusiles M1⁷⁵. No tenían muchos fistos, ni escopetas de cápsulas. El único güevón que cargaba con esas

.....
⁷⁴ La comparación de Tony se basaba en la famosa imagen del joven risaraldense Medardo Trejos, alias “Capitán Venganza”, siempre caracterizado como un campesino enruanado y con pistola al cinto.

⁷⁵ Fusil estándar del Ejército de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial y la Guerra de Corea.

reliquias era yo. Ya eran modernas las armas de todos ellos. Las armas de Tony, por ejemplo, las conocía muy bien, era un fusil y una pistola. Ese era mi trabajo, cuidarlas muy bien, aunque fueran pesadísimas. Él no se descuidaba nada y yo tampoco podía desfallecer en la tarea.

A mí me decían los otros guerrilleros que esas armas nuevas habían entrado en el 51, durante la Guerra de Corea, gracias a que Laureano Gómez compró mucho arsenal para el Ejército⁷⁶ y que cuando se fue a España *exiliado*, muchas de esas armas terminaron en manos de guerrilleros, como el M1, tan famoso allá en Corea.

Las armas eran casi la vida en medio de la guerra. Uno podía ver hombres locos hablándole a las armas, consintiéndolas y hasta besándolas. Pero si uno lo piensa bien, eran lo que más ayudaba en esa época. Si uno tenía hambre, iba y cazaba algún animal: un pato, un borugo, una danta, lo que fuera y le echaba mano con su arma. Si a uno lo visitaban los godos para matarlo, al menos uno daba la pelea, tanteaba y los asustaba. Por eso quise mucho a mi fisto, así, feíto y pobrecito, campesinito. Lo estimaba más por su utilidad, que por su tiro y pólvora. Como que uno específicamente se encariñaba con esa arma, no con cualquier otra.

Cuando yo veía a Tony disparar o hablarnos, veía a un vergajo de cuerpo regular, por ahí de 1.75 de estatura, gruesito, apaisado. A mí no me gustan los hombres, pero el berraco era simpático y conseguía mucha vieja. Yo estaba pequeño, pero veía que el berraco era gallinazo con las viejas, tanto así que llegué a contarle como unas diez en el campamento. Como que el fusil llamaba mucho, daba un estatus de gran hombre ante las mujeres.

Tony a veces me mandaba a hacerle guardia, mientras estaba en lo suyo o a veces me mandaba a comprar carne, una gallina o un ovejo, para pelarlos y hacer un buen sancocho para la visita. Yo hacía caso, respetaba mucho a Tony y no le iba a dañar sus estancias con sus amores en el monte.

⁷⁶ "Las armas adquirieron tal importancia para el gobierno de Laureano Gómez, que los propios Estados Unidos empezaron a alarmarse" (Urán, 1986, p. 40).

Incluso cuando lo mataron llevaba una vieja. Cítica la muchacha, le gustaba Tony, pero ni se enteró de la vida que llevaba. Una indiecita de esas de Altamira en el Huila, ya crecida, como de veinte años, sin ninguna intención, y fue a dar al monte, con él.

Tony era el único que se daba esos lujos de cargar con viejas entre trayectos. Todos los demás guerrilleros tenían que irse a hacer lo suyo cuando se podía, entre fiestas o fines de semana. Cargar viejas, implicaba más comida, más dormida y ponerles armas para que se defendieran, sin embargo, eso en los años cincuenta nunca pasaba. Las viejas, por lo menos en el Tolima, eran esposas o hijas de los hacendados, pero nada más, si la pisaba alguien, era definitivo, ya se convertía en la mujer ante la familia y el pueblo.

Recuerdo bien cuando mataron a Tony, en 1952. Fue en el puente de Santa Ana⁷⁷. A él lo mató Leopoldo García, a quien le decían “Capitán”, y tiempo después, “General Peligro”⁷⁸, en todo el sur del Tolima. Ese General Peligro fue primero guerrillero limpio, muy vinculado a Mariachi y al mismo hermano gemelo de Tony. Sin embargo, entre el 50 y el 53 se dio una guerra entre guerrilleros liberales y comunistas, en la cual Leopoldo García decidió trabajar más para las causas de los comunes, volteándose de bando.

Pero eso no paró ahí. En el año de 1957 se fueron a una amnistía con el Gobierno, que incluía, otra vez, al mismo Mariachi, Belalcázar y al General Peligro. Ahí hubo otra fractura, estos tres últimos aceptaron trabajar para el Gobierno y cazar a todos aquellos guerrilleros que no se entregaron. Guerrilleros como alias “Sevillano”, “Chispas” y “Triunfo”, decidieron revelarse ante estos hombres, en otros tiempos amigos, familiares y compadres, y buscar su propio camino.

El error de Tony fue haberse instalado en Irco, porque muy cerquita, en Rioblanco, estaba la casa y los hombres del General Peligro, que lo buscaban para matarlo. Además, General Peligro ya

⁷⁷ Puente asentado sobre el Río Amoyá, a seis kilómetros del perímetro urbano de Chaparral.

⁷⁸ Leopoldo García, alias “General Peligro” fue un conocido jefe guerrillero de los años cincuenta en el sur del Tolima. Depuso sus armas en 1957, pero se rumoraba su cercanía al Gobierno desde mucho antes. Se suicidó en 1967 junto con su esposa Alcira López, en el barrio Las Ferias de Ibagué, en medio de sus presentaciones en la Sexta brigada del Ejército, que se realizaban cada dos meses. En la ciudad, el suceso aún se considera extraño.

tenía todo el respaldo del Gobierno y hasta un grado de brigadier general en el Ejército para matar a quien se le diera la gana.

Si yo me hubiese demorado más andando con ellos, no estaría contando el cuento, porque todos cayeron ahí en el puente de Santa Ana, en una emboscada que les hizo General Peligro, y los que no murieron con balas o machetazos, se ahogaron en el río Amoyá. Se murieron casi todos, unos poquitos alcanzaron a salvarse, pero luego fueron rematados en la orilla por los hombres de Leopoldo García.

A veces pienso en esos días con Tony. A pesar de que no me ponía a hacer casi nada, sino cuidar de sus armas, sentía mucha alegría cuando nos reuníamos en una fogata al lado de la cañada y hablábamos del viaje, de los planes de ir al Valle, de cruzar todas esas montañas, como si fuera una aventura de esas que uno jamás en la vida podría imaginar. Incluso el último día que anduve con él, me dijo en la noche: “Bueno, ahí le compré alpargatas, porque hay que llevar pa’l viaje, uno nunca sabe”. A veces se comportaba casi como un papá adoptivo o un hermano mayor. Y aunque se emberracaba por casi todo, éramos como hermanos, y en mi memoria aún recuerdo muy bien lo que me dijo esa última noche que estuve con él, algo que jamás en la vida voy a olvidar: “Antonio Romero me llamo, pero chito, aquí nadie tiene porqué saber eso. Imagínese que me digan Antonio. No. Tony genera más respeto. Como lo estimo tanto le cuento quien verdaderamente soy”. Esa noche entendí que me había ganado su respeto y para mí eso valía mucho, me confiaba tanto que reveló su identidad conmigo.

De la guerrilla al Ejército

En 1954, apenas cumplí los dieciocho años, me fui a prestar el servicio militar. Ese fue otro cambio radical para mí. Mi taita no quería que fuera porque pensaba que allá me matarían siendo liberal. Además, él se sentía mal porque yo estaba sirviéndole a un Gobierno, el de Rojas Pinilla, que ni siquiera lo representaba. Entonces, le dije muy aplomadito, después de haber llegado del monte y de andar con la guerrilla de Tony: “Perdón papá, nosotros los hombres

estamos hechos es para morirnos”. Y él me respondió con unas palabras que nunca olvidaré: “No le pego porque usted ya es mayor de edad”. Ese día, aunque cargara con un fusil, un uniforme a cuestas y me tragara a regañadientes ese cuento de la patria, que tanto odiamos nosotros los tolimenses, caí en la cuenta de que seguía siendo un niño. La infancia murió conmigo el día en que traicioné a mi taita para servirle al Gobierno como carne de cañón, pues apenas se posesionó, lo que más puso a trabajar fue al Ejército, buscando capturar y apresar a líderes guerrilleros de todo el país, por lo que el reclutamiento se hizo rápidamente en todo el territorio nacional.

Inicialmente me habían asignado a Bogotá, pero luego de la matanza de los estudiantes el 9 de junio de 1954⁷⁹, me mandaron a operaciones en el oriente tolimense, especialmente en Villarrica. Originalmente lo que yo más hacía era propaganda de reclutamiento de jóvenes para el Ejército. Me mandaban a pegar fotos del general Rojas Pinilla en cuanto hospital, escuela o despacho judicial existiera. Siempre veía su cara a donde me moviese, el general con su impecable uniforme del Ejército era una imagen común.

El comandante de pelotón siempre nos recordaba que nosotros estábamos realmente a cargo del general Rojas Pinilla. Él encarnaba la bandera, el escudo, el mapa de Colombia, por él era que comíamos, dormíamos y echábamos bala. Mejor dicho, Rojas Pinilla era la patria misma. A mí a veces me parecía que Rojas Pinilla con frecuencia se le metía a la gente hasta en la sopa, sobre todo al campesino

⁷⁹ “Desde tempranas horas del miércoles 9 de junio de 1954, una multitudinaria marcha salió de la Universidad Nacional por la calle 26 en dirección al Palacio de San Carlos, con la intención de exigir justicia por la muerte de Uriel Gutiérrez. Con banderas enlutadas, coronas de flores y arengando en contra del Gobierno y a favor del estudiante caído, los marchantes arribaron a la calle 13 con carrera 7, donde fueron emboscados por un destacamento de soldados adscrito al Batallón Colombia. Los estudiantes decidieron entonces sentarse en inmediaciones al edificio Murillo Toro y oír los discursos que sus compañeros empezaban a pronunciar. No obstante, un disparo rompió la tranquilidad del acto, dando motivo para que en seguida los militares descargaran sus fusiles contra los estudiantes, produciendo una tragedia de grandes proporciones. Al menos ocho estudiantes fueron asesinados: Jaime Moore Ramírez y Hernando Morales Sánchez, de química; Hugo León Velásquez y Álvaro Gutiérrez Góngora, de medicina; Carlos J. Grisales, de economía; Hernando Ospina, de veterinaria; Rafael Sánchez Matallana, del Colegio Virrey Solís y el estudiante peruano Elmo Gómez Lucich” (Arce, 2021, p. 1).

de a pie, con esa propaganda que vendía a diestra y siniestra. De un momento a otro, todo el día, todos los días, se hablaba solo de Rojas Pinilla. En la radio, en la prensa y hasta en la televisión recién inaugurada, pues incluso la primera imagen que se vio en esos aparatos fue precisamente la cara de Rojas Pinilla⁸⁰.

Muchos de los colombianos éramos analfabetas en ese momento, pues ir a la escuela nunca fue una posibilidad en nuestras vidas. Sin embargo, a pesar de no saber leer ni escribir, entendíamos que había algo mal en tanto culto al General. Entre muchos de nosotros —los militares campesinos con pasos fugaces por la guerrilla— nos daba desconfianza tanta imagen a favor de una sola persona. Rojas Pinilla, incluso, llegó a usar crucifijos y estampas de santos, para darle a la gente la idea de que su Gobierno era el de Cristo en la tierra⁸¹.

Mientras él hablaba de paz en Ibagué o Bogotá, a nosotros nos mandaba a arrasar con todo a Coyaima, Mariquita, el Carmen de Apicalá, Villarrica y hasta en el Sumapaz, donde mandaban los cuadros comunistas dirigidos por Lister, Tirofijo y Juan de la Cruz Varela.

En esos años, Rojas Pinilla recibió un poco de soldados que venían de pelear allá en Corea⁸². Hubo mucha pompa y se veía al presidente hablar muy parecido al viejo Laureano Gómez. Incluso se dedicó en ese discurso a hablarle más a los soldados rasos que a los oficiales, eso sí, se dirigió solo a los que llegaron de Corea, porque a uno de pobre, campesino y tolimense solo lo mandaban a

⁸⁰ “La primera imagen que se vio y la primera voz que se escuchó en la televisión colombiana, fue la del presidente Gustavo Rojas Pinilla. Fue a las 9 de la noche del 13 de junio de 1954, cuando oficialmente se inauguró el servicio de TV en el país” (Arango, 2024, p. 1).

⁸¹ Para el historiador César Ayala Diago, la sobrerrepresentación cristiana a nivel visual y discursiva del general Gustavo Rojas Pinilla, se explicaba al comprender que: “El General es producto consciente de una arraigada costumbre en la cultura política del país, que se considerada natural: la intromisión de la Iglesia en los asuntos del Estado y en el devenir político” (Ayala, 1996, p. 55).

⁸² “En 1953, cuando desembarcaron los soldados y marinos a Colombia, se encontraron con una realidad compleja, producto de la violencia en todo el país. El Gobierno militar del General Gustavo Rojas Pinilla, en una combinación de amnistía y lucha armada, fortaleció el papel de las Fuerzas Armadas. Algunos altos mandos del Ejército fueron nombrados en instituciones de control y coordinaron, más tarde, los planes de contrainsurgencia en regiones como Vichada, Meta, y Tolima” (Museo de los veteranos de guerra, Colombia-Corea).

res, Miguel García Sastre y Jac-
tario Rosell, quienes manifestaron

(Continúa en la página 11).

La Curia Condena Sacrilega Campaña Rojaspinillista

Los rojistas reparten estampas en las que aparece el ex-dictador
sobre el pecho de Jesús de Nazareth. (Véase página 22)



Estampas como ésta, está repartiendo el rojaspinillismo en todo
el país. Como se puede observar, sobre el pecho de Jesús de
Nazareth aparece un injerto fotográfico con la figura de Rojas
Pinilla, con sus atuendos militares y las decenas de alamares
que solía colgarse en la chaqueta cuando detentaba el poder.

Véndese Hermosa Finca Veraneo

Cercanías Pachó. Aproximadamente 45 canchales, amplias casas, luz
eléctrica, arroyuelo, piscinas, plantaciones de frutas, etc.

Imagen propagandística en la cual se aprecia la
figura del general Gustavo Rojas Pinilla sobre el
pecho de Jesús de Nazareth.

Fuente: *El Tiempo*, 12 de julio de 1961, p. 111.

enfrentarse con la propia guerrilla... En el Ejército no había nada bueno, es que ni buena comida le tocaba a uno.

Eso que decían que al soldado tanto se le debe, que la patria los recompensará, que un soldado valía más que un político, que yo no sé cuántas, era pura mierda, porque uno mismo veía: malas condiciones alimenticias, maltrato en los cuarteles y adoración las veinticuatro horas del día al general Rojas Pinilla. Yo, la verdad, odiaba mucho a Laureano Gómez, pero sentía con Rojas Pinilla lo mismo que se sentía cuando ese viejo hijueperra mandaba.

A nosotros nos daban la instrucción que los estudiantes, los campesinos y esa gente de los sindicatos, eran marxistas, comunistas y sin creencias, que se alborotaban porque sí; en definitiva, nos decían que eran los enemigos de la patria⁸³. La verdad uno no era güevón; sabía que los muchachos estaban siendo acorralados por el Gobierno, que los campesinos no tenían qué comer y que en realidad estaban defendiendo a sus familias, así como que los trabajadores solo querían mejorar sus vidas. Los soldados solo queríamos vivir ese mundo militar, para luego entrar a trabajar y ganar algo de plata. Sin embargo, cuando uno veía la situación de esos veteranos del Ejército o de los que condecoraban, los veía uno muy terribles. Incluso había soldados que tenían que vender sus medallas para poder comer. Muchos otros se perdieron en el trago, porque se volvieron locos y los mataban en peleas de cantina.

No éramos héroes ni ninguna de esas pendejadas que hablaba Rojas Pinilla o los periódicos de la época. Éramos campesinos, sin plata, sin trabajo, analfabetas, buscando algún quehacer en la vida. Yo, que salí de la guerrilla después de una semana, veía a veces más unidad ahí que en el Ejército.

⁸³ Alrededor de la creación de este *enemigo interno*, el profesor Miguel Ángel Beltrán plantea: “Bajo la dictadura militar del general Rojas Pinilla, la represión estuvo dirigida contra personas y grupos determinados que, aunque no eran militantes armados, fueron vinculados por el régimen militar con «el accionar subversivo» por sus simpatías con las ideas comunistas, socialistas o simplemente afines a un cambio social. En este perfil de «enemigo» se incluyó no solo a los estudiantes universitarios y a los campesinos que habitaban zonas rurales que contaban con una amplia tradición de lucha agraria, sino también a familiares y amigos cercanos a estos círculos” (2019, p. 37).

En su gran mayoría, las tropas en ese entonces y desde siempre, han sido de soldados rasos. Los oficiales rara vez se veían en los cuarteles, a veces solo uno los reconocía por las fotos que llegaban a los batallones. En ese momento, yo digo que muchos de esos comandantes, coroneles y tenientes, eran una manada de hijueputas, porque nos ponían a trabajar sin descanso, a veces ni ración completa había, uno ni pantalonetas tenía para descansar medio tranquilo. Ellos sí se robaban todo el crédito cuando había una baja o una captura.

Las guerrillas realmente no nos daban mucho trabajo; habían hecho muchos acuerdos de negociación con Rojas Pinilla en todas partes del país⁸⁴. Guadalupe Salcedo había pactado la paz con el Gobierno, dejando las armas de todos esos guerrilleros de los Llanos. Los limpios entraron a negociar en el sur del Tolima, entre ellos Mariachi y los Loaiza, sin pactar nada, simplemente dejando la lucha armada porque sí.

Pero apenas empezó junio de 1954, imamita querida!, la cosa se puso bastante fea. Para empezar, la manada de guerrilleros liberales que se habían desmovilizado no pudo regresar a sus pueblos o a sus territorios, porque los chulos y los godos se organizaron en cuadrillas llamadas *patriotas* o *contrachusmeros*, que los empezaron a cazar uno por uno para matarlos⁸⁵. A Mariachi prácticamente le tocó voltearse pa'l lado del Gobierno, porque si no, lo mataban. Entonces, hubo una traición a la palabra por parte de Rojas Pinilla con los guerrilleros liberales desarmados.

Lo otro que pasó fue muy grave: los comunistas no estuvieron de acuerdo con la desmovilización de los liberales, porque ellos

.....
⁸⁴ “Ante el ofrecimiento de paz de Rojas Pinilla, el ministro de Defensa, general Alfredo Duarte Blum, empezó a recibir comunicaciones sobre el proceso voluntario de entregas en todo el país: se acogieron a este proceso cerca de 6 500 guerrilleros durante ese año, provenientes de los departamentos de Antioquia, Valle, Santander, Chocó, Tolima y los Llanos Orientales. De estos últimos, que constituían el movimiento más grande y organizado, se entregaron 3 540 guerrilleros, más de la mitad del total de insurgentes del país” (*Tiempos de paz. Acuerdos en Colombia 1902-1994*. Museo Nacional de Colombia).

⁸⁵ “Una vez amnistiados los guerrilleros liberales, se conformaron bandas armadas de conservadores como aquellas de los «Patriotas» y «Contrachusmeros», las cuales se encargaron de impedir el regreso de los guerrilleros amnistiados a sus pueblos y parcelas” (Tamara, 2006, p. 36).

sentían que les iban a hacer trampa, como efectivamente pasó. Lister, Charro Negro y Tirofijo tenían muy claro que a ellos no se les iba a respetar el derecho sobre la tierra y el derecho a participar en política. Por eso, los comunes se fueron pa'l monte y la persecución que les montó el Gobierno y los godos fue muy brava.

Empezaron a verse muchas masacres en todo el Tolima⁸⁶. En Villarrica y Cunday mandaba el coronel César Augusto Cuellar Velandia, que decían que venía de prestar su servicio al cuidado del palacio de Nariño, el día del Bogotazo. Decían que tenía mucha experiencia con soldados rasos que apenas tomaban las armas, pero la verdad es que ese señor solo era político, verdaderamente no le iba tan bien con lo militar.

Yo estaba en un pelotón adscrito a la VI Brigada, en una zona donde mayormente tenían encerrados a comunistas, porque habían participado en política. Debo decir que sí vi torturas en un centro que le llamaban “Campo de concentración de Cunday”⁸⁷, vi cómo les escupían, vi cómo con pinzas los pellizcaban, vi cómo los metían en un hueco para ahogarlos, todo eso les hacían para que dijeran dónde estaban todos los demás comunistas de la zona.

Por una instrucción nos tocó salir a finales de junio, desde Villarrica hasta Chaparral. Medio día nos echamos en un camión de esos federales, los grandes que atrás tenían una carpa inmensa. Nos pidieron apoyar unas operaciones en la Mesa del Palmichal, el río Tetuán y Guadualejo. Yo ya conocía todo eso, porque no solo habíamos pasado de pequeños a coger café sino también porque estuve

⁸⁶ “De las cuarenta y seis masacres registradas en el Tolima durante el gobierno de Rojas, las de la Mesa de Palmichal, río Tetuán y Guadualejo, en el municipio de Chaparral, fueron llevadas a cabo por militares que ocupaban cargos públicos en asociación con caciques conservadores. Desde mediados del año 1954 la curva de las masacres comienza a ascender, pero es a partir de 1957 cuando esta alcanza niveles sin precedente, lo que incide en el retiro de numerosas empresas y agencias comerciales con sede en Ibagué” (Uribe, 2017, p. 1).

⁸⁷ “El batallón Colombia, conformado por veteranos de Corea, tenía como objetivo tomar un municipio del norte del Tolima que había sido la sede de sindicatos campesinos y del Frente Democrático Comunista de Liberación Nacional. Rojas Pinilla ordenó un bombardeo aéreo con F-47 y B-26 donados por los Estados Unidos. Además, se estableció un centro de tortura conocido como «Campo de concentración de Cunday» y se desplegaron 5 000 soldados por toda la región” (Forrest, 2020, p. 85).

en Irco con Tony. Eso era cerquítica de allí, donde estaba toda la central guerrillera en pleno.

Cuando llegamos, nos fue recibiendo un señor godo en una hacienda cafetera grandísima. Nos empezó a decir que había mucho chusmero invadiendo, tomándose las tierras y que era hora de ponerle un pare a eso. La verdad se me hizo muy raro que un civil le estuviera dando instrucciones a uno y que además no lo recibiera formalmente otro pelotón, pero, en fin. Esa noche nos ubicaron en una escuelita pequeñita, mientras veíamos cómo llegaban y llegaban policías chulavitas a los que les decían *guías de región*, muchachos recién salidos del Ejército de por ahí, que volvían ya como policías a hacer reconocimiento de comunistas y liberales en sus propias tierras⁸⁸.

Al otro día fue que empezaron las cosas que a mí no me gustaron. En el pueblo algunos godos acusaban a vendedores de tiendas, a bizcocheros y a campesinos por ahí puestiados de ser chusmeros o auxiliadores de la guerrilla. Entonces, más que todo la Policía, entraba a saquear el negocio, humillaba a las personas y a veces, dependiendo de la arrechería del chulo, lo mandaba a fusilar como si nada. Pusieron toque de queda en el pueblo, que realmente no era para nada más que para poder ir de noche a los establos y robar ganado que luego vendían.

A nosotros nos pusieron a vigilar a la gente. Contábamos cuántos salían y cuántos entraban, con derecho a bajarnos a quien se nos diera la gana. También nos tocaba leer las cartas que salían o entraban, y escoger cuáles sí y cuáles no se podían enviar. Nadie comía sin la autorización de nosotros y la sal la vendíamos carísima, para que fuera de difícil acceso para la gente.

Yo me desmoralice con todo eso. Y aún más cuando empezaron a matar a los campesinos. Las tales operaciones para apoyar,

⁸⁸ Esta misma modalidad chulavita, basada en traer policías de las regiones de origen donde operaban, fue replicada con mucho éxito en los Llanos Orientales, con el objetivo de perseguir comunistas y liberales: “La sociedad llanera cobró gran importancia por el conocimiento que cada miembro de los diferentes niveles sociales tenía del Llano. Esto les permitió desplazarse con facilidad como actores armados durante La Violencia, o incluso ser empleados como los «guías» de policías, chulavitas y Ejército” (Álvarez, 2013, p. 10).

no eran otras que las de encubrir esas masacres de Rojas Pinilla. Una vez nos pidieron acompañar la traída de cien campesinos de Rioblanco a Chaparral; niños, ancianos, mujeres, todos a pata pelada con días enteros sin comer. Nuestro pelotón lo dirigía un *cabito malo*. El hijueputa cabo, por su rango en el Ejército, cada vez que se cansaba sacaba su pistolita y le disparaba en la cabeza a alguien. En esas, de los cien campesinos que salieron de allá, vivos solo llegaron cuarenta y eso porque nos demoramos una hora a pie en llegar. El hijueperra ese mataba cada minuto a alguien, así porque sí. Donde nosotros como pelotón nos hubiéramos echado hora y cuarenta de camino, ese cabo mata a todos, no llega nadie.

Ahí en Chaparral pasé cinco meses más, básicamente aguantándome todo ese maltrato que le hacían a las personas, más que todo a los campesinos. Es territorio fue declarado “Zona de operación militar”, para montar una ofensiva contra los comunistas de Planadas y Rioblanco.

En ese entonces, un tipo que se llamaba Javier Váquiro, pero que le decían Pasodoble, con rango de capitán en toda la zona de la Marina, les ayudaba a los policías chulavitas a hacer pillaje o a robar vacas, a ir detrás de campesinos para matarlos. Ese tipo, como había sido del bando de los liberales, sabía a quién puestiar para dar ubicaciones de supuestos guerrilleros. Él se había volteado pa'l lado del Gobierno cuando llegó la amnistía oficial de Rojas Pinilla.

En Chaparral, Javier, había montado a sus hermanos Ramiro y Heriberto para trabajar como parte de la policía chulavita, en la tarea de ir casa por casa a reclutar jovencitos para salir a comisiones de guerra. Ellos, junto a Sigifredo Buenaventura, al que le decían Bolo, tranzaban con los militares de alto rango, como el capitán Antolínez, vacas para vender en Ibagué y fusiles de bajo rango, como escopetas de cápsula, para surtir las bandadas godas que iban de pueblo en pueblo cazando a los pequeños núcleos liberales y comunistas.

También era muy conocido que, cuando a los conservadores del pueblo algunas personas no les caían bien, llamaban a la chulavita para que los incriminara con cartuchos o con propaganda subversiva, con el fin de tener vía libre para, según la situación, capturarlos o matarlos. Varias veces uno veía que se llevaban a campesinos

desarmados, para desaparecerlos, dejando a niños huérfanos y terrenos desocupados.

En el 54, el Tolima se había llenado de militares, reservistas y veteranos que eran llamados a la guerra para acabar con los enclaves guerrilleros en Planadas, Chaparral, Villarrica, el Carmen de Apicalá y el Sumapaz. Los bandoleros pícaros también venían amparados por el Gobierno de Rojas, que les pagaba por cada liberal o comunista apresado o muerto, a través del Batallón Caicedo⁸⁹. Me acuerdo de que varias veces nos mandaron a sacar gente que nada tenía que ver y las órdenes las daba ese hijueperra de Pasodoble.

Ese Batallón Caicedo no tenía ni treinta años de existir en Ibagué. Allí operaba la VI Brigada, que además era la que despachaba munición y soldados para los cuarenta y siete municipios del Tolima. Ellos enviaban marconigramas a nuestros superiores en Chaparral, para notificar qué teníamos que hacerles a los bandoleros y chulavitas de allá. Muchos de los supuestos comunistas que capturaban los mandaban a Ibagué, quién sabe con qué fines.

Me acuerdo de que muchos de esos policías eran una manada de hijueputas. Se iban a emborrachar con los bandoleros que ya no se llamaban bandoleros sino *policía rural* y les prestaban las armas para ir a limpiar de comunistas las veredas cercanas. Un tipo, un hacendado de apellido Peralta una vez hizo una comilona grandísima, mató como diez vacas, trajo aguardiente, cerveza y hasta triple-ros, como homenaje a la policía chulavita y al Ejército, por haber ido a ayudar en la limpieza de comunistas en Chaparral. Ese día, muy orondos, estaban Efraín Valencia, al que le decían Arboleda, y

⁸⁹ Las polémicas que rodean a este batallón, si bien se remontan a los tiempos del general Rojas Pinilla, se extendieron con el tiempo, por tratarse de un lugar que durante años auspició la persecución a campesinos y trabajadores adscritos a movimientos de izquierda en Chaparral, como se reportó en su momento con la desaparición y asesinato del campesino militante de la Unión Patriótica, Omar Sánchez: “En Chaparral, Tolima, tropas pertenecientes al Batallón Caicedo, adscrito a la Brigada 5 del Ejército Nacional, ejecutaron al campesino OMAR SÁNCHEZ, militante de la Unión Patriótica. Los hechos ocurrieron en la vereda Holanda. De acuerdo a la fuente: «[...] El Ejército lo reportó como guerrillero muerto en combate. Los habitantes de la región denunciaron que el Ejército posee una lista de sus próximas víctimas confeccionada por Carlos Cárdenas, paramilitar que opera en la región y es conocido como el pájaro (*sic*)»” (CINEP, 2011, p. 26).

Alfonso Rincón, Piojo, dos de los más temidos bandoleros y matones de la época jartando carne.

Ya en septiembre, Rojas Pinilla oficialmente ilegalizó al Partido Comunista⁹⁰. Pero, desde hacía años el Ejército, la chulavita y los bandoleros tenían libertad para perseguirlos y matarlos. A quienes los llegaban a coger, les metían cinco años de cárcel o el encierro en una colonia penal agrícola, como la del Cunday, del Sumapaz y la Gaitania. A nosotros nos dieron una charla sobre ese tema, mostrándonos un mapa con colores de las zonas en donde había más comunistas. El Tolima era el departamento más rojo, porque ya la guerra no era tanto contra los liberales, sino enteramente contra los comunistas. El Ejército, mayormente, debía estar en Chaparral, Villarrica, Cunday, Planadas y Rioblanco. En Cundinamarca, en Viotá, Pacho y el Sumapaz, porque allá mandaba Juan de la Cruz Varela.

Como ya no había nada que hacer en Chaparral, porque desde Ibagué el Batallón Caicedo había mandado militares para custodiar todo el tema de las capturas a los comunistas en la zona, la VI Brigada me regresó otra vez a Villarrica, en noviembre. Nos habían dicho que venía una comitiva grande de comunistas por Icononzo, proveniente de Dolores y Prado, y que teníamos que hacerles frente.

En una carta de mi taita, me decía que mucha de esa gente en realidad estaba huyendo de la violencia en sus pueblos, que habían mandado muchas cartas a Rojas Pinilla y a la Iglesia en Bogotá, pero que lo único que recibieron fue la visita de policías y miembros

.....
⁹⁰ “Tras el golpe del 13 de junio de 1953, el general Gustavo Rojas Pinilla sube al poder; sin embargo, Rojas enfrentaba las consecuencias de su intento de gobernar sin los partidos tradicionales, mientras que los líderes conservadores y liberales fraguaban una alianza que les permitiría retomar el poder y la imagen de una democracia formal. Con la llegada del Frente Nacional, este nuevo periodo se entendería como un régimen de transición a la democracia tras un periodo de cuatro años de dictadura militar. Muy por el contrario, el análisis de este periodo nos enseña que el Frente Nacional implicó la monopolización del poder político por parte de liberales y conservadores, lo que condujo a la exclusión del sistema democrático de cualquier fuerza política disidente. Así pues, el Frente Nacional constituyó un nuevo periodo de antidemocracia que estuvo precedido por una década marcada por las dictaduras civiles conservadoras y una dictadura militar. Sin embargo, la oposición al régimen militar no se hizo esperar. Las fuertes represiones y castigos contra todo aquel que estuviese en contra de sus leyes y estatutos sería víctima de una justicia arbitraria. El Partido Comunista, siendo parte de la oposición, había sido condenado a la ilegalidad y se le había impuesto el delito de opinión” (Guerrero y Cifuentes, 2016, p. 294).

del Ejército, que llegaban a capturarlos porque se les acusaba de collarejos y comunistas.

El liderazgo lo llevaba Juan de la Cruz Varela y su hermano, que venían del Sumapaz. Ellos estaban mediando para que el Gobierno de Rojas Pinilla pactara con las guerrillas de Lister, Ave Negra y Richard, porque ya habían perdido a muchos de sus hombres. Esas tres guerrillas eran las que más liderazgo tenían entre los campesinos, pues ante el desarme de los liberales, los comunistas asumieron la consolidación de las primeras autodefensas organizadas por los campesinos.

El 12 de noviembre de 1954, a nosotros nos mandaron a requisar una misa en la iglesia de Villarrica, que se celebraba en conmemoración de las fiestas patronales del pueblo. Éramos un pelotón grande, como de trescientos soldados que salimos uniformados y armados para mirar si había comunistas ahí. Apenas entramos se formó una balacera y matamos a dos de los líderes comunistas. También cogimos preso a Lister para llevarlo a Cunday, mientras un juez lo condenaba para ser trasladado a Bogotá.

Esa operación fue la que realmente incendió la guerra. Del Sumapaz y de Villarrica se organizaron como mil hombres alrededor de Juan de la Cruz Varela, todos armados, exigiendo no solo la libertad de Lister, sino también la no declaración de sus tierras como zonas de operación militar, llegando a negociaciones con el Gobierno que al fin de cuentas fallaron⁹¹. Muchas de esas personas no eran en sí guerrilleros, sino campesinos que se unieron para frenar tanto ataque que les hacía el Gobierno. Ellos tenían un triángulo entre La Colonia, Cunday y una selva llamada Galilea, donde se movían más que todo para dispararnos a los soldados.

De noviembre del 54 a abril del 55, es decir seis meses, los guerrilleros nos daban bala y se iban fortaleciendo entre los demás pueblos del Tolima y Cundinamarca. Mataron a once soldados. Ya

⁹¹ “Juan de la Cruz Varela se reúne con representantes del Gobierno en Cabrera, Cundinamarca, para negociar un fin al conflicto. La insistencia del Gobierno en que los campesinos entreguen sus armas conduce al fracaso. La Guerra de Villarrica continuaría como una guerra de guerrillas por toda la región” (Vieira, Ferry y Mantilla, 2022, p. 6).

tenían mejores armas, ya no eran fistos, ni escopetas de cápsula, sino M1, carabinas San Cristóbal y pistolas pequeñas. La imagen de Rojas Pinilla era cada vez peor, se le veía más desesperado por controlar el país y su autoritarismo no tenía límites⁹². Los militares medios que nos tenían a cargo ya empezaban a hablar mal de su gestión como jefe de las Fuerzas Armadas. Sin embargo, como aún era el presidente, tocaba seguir obedeciéndolo.

Tierra arrasada

El Gobierno bautizó “Tierra arrasada”⁹³ a una operación para ir tras los guerrilleros en La Colonia, pero realmente hacía parte de una política de Rojas Pinilla para acabar con los guerrilleros. Unos gringos nos empezaron a instruir en la fabricación de bombas napalm, manejo de metralletas y gases tóxicos. Entre abril y mayo, llegaron muchos más soldados. Todos los contingentes y pelotones del Tolima se movieron a Villarrica. Eran como diez mil soldados, entre ellos veteranos de la Guerra de Corea, hubo trece aviones cargados con cincuenta bombas napalm, veinte tanques de guerra, nos habían cambiado las armas por metralletas en mejores condiciones y también nos dieron mejores granadas para jondear. Los gringos nos habían dado instrucciones pa’l combate cuerpo a cuerpo, enseñándonos a estrangular más rápido, a desnucar y a sacarle los ojos al enemigo.

.....
⁹² El cierre de *El Tiempo*, del 3 de agosto de 1955, hizo parte de este ejercicio autoritario del Gobierno de Rojas Pinilla, reforzando la mala imagen de su gestión: “Lo que motivó semejante decisión, amparada en el Decreto 036 de 1955, fue la negativa del director de la época, Roberto García-Peña, a publicar una rectificación escrita y remitida por el régimen frente a una información referente a la muerte de un periodista en el Eje Cafetero” (Valero, 2015).

⁹³ “La embajada norteamericana informó a su Gobierno que entre el 7 y el 10 de junio Villarrica había sido destruida por el bombardeo aéreo y por el incendio causado por las bombas napalm. La Fuerza Aérea «nos informó privadamente que la FAC arrojó aproximadamente 50 bombas napalm fabricadas aquí (en Colombia)», lo que permitió la captura de La Colonia, que había sido zona de colonización desde los años 40 y que el Ejército consideraba la sede del movimiento comunista. Felipe Salazar Santos, jefe liberal del Tolima, escribiría más tarde: «Fue una ocupación militar y política de ‘tierra arrasada’... contra todo lo sospechoso de comunista». Según Navas Pardo, la ofensiva «rompió la organización comunista en el oriente del Tolima»” (Molano, 2014a).

A finales de abril del 55, un 22 de abril, empezaron los aviones a jonchar napalm a los campesinos y a los guerrilleros de La Colonia. Esas bombas eran diferentes, porque eran como aceite caliente que quemaba lo que tocaba, por eso mucha gente que murió en eso jamás pudo ser reconocida, porque ni los huesos quedaban⁹⁴.

A nosotros nos empezaron a mandar por pelotones a combatir. Yo salí al monte el 7 de junio del 55, con un pelotón de la VI Brigada. Lo que uno veía en ese pueblo era como el infierno: el monte estaba quemado y la candela seguía viva sobre la tierra, muertos a lado y lado, charcos inmensos de sangre y las balas sonando a lado y lado.

Me acuerdo mucho de que los guerrilleros nos enfrentaban con unos catalicones⁹⁵, unas armas hechas en tubos que disparaban muy preciso. Ellos tenían en el monte huecos en la tierra que parecían trincheras, como una cortina, y ahí se acostaban para acomodar los catalicones y disparar a largas distancias. Uno veía que incluso ellos dormían y comían ahí, porque cuando pasábamos por una cortina se veían platos y pocillos con aguapanela.

De mi pelotón se bajaron como a cinco con esos catalicones. Muchos de nosotros éramos vergajos jóvenes, de diecinueve, dieciocho y veinte años. Pocos ahí teníamos experiencia en esas cosas. Yo ya había vivido eso en la guerrilla de Tony, entonces ya sabía. Los guerrilleros sí eran más curtidos en esas cosas, ellos tenían a tipos como Richard, Diamante, Tarzán, Gavilán, Ave Negra, gente con cuarenta, cincuenta años, que tenían una cantidad enorme de muertos encima. Se les llamaba incluso *guerrilla rodada*⁹⁶, porque juntaban gente que ya tenía muchas guerras encima, que sabían

.....
⁹⁴ “Como estrategia militar, Rojas Pinilla decide por medio del comandante de las fuerzas armadas (el general Navas), bombardear la zona entre Villarrica, Cunday y Berlín con bombas de napalm, arma que fue utilizada en la Guerra de Corea en años anteriores. Los aviones de la Fuerza Aérea Colombiana lanzaron en repetidas oportunidades las bombas de napalm sobre el casco urbano de Villarrica, lo que conllevó a que toda la población huyera del fuego y el sonido sordido de los aviones” (Santamaría y Romero, 2014, pp. 33-34).

⁹⁵ “Eran tubos de seis pulgadas de diámetro y de seis a ocho metros de largo, donde echábamos grapas, vidrio, puntillas, pólvora, pedazos de todo. Eran morteros” (Molano, 2018).

⁹⁶ “La violenta y desproporcionada ofensiva de las FF. MM. sobre Villarrica obligó a los guerrilleros no solo a romper la cortina, sino a cambiar radicalmente de estrategia y a convertir su fuerza en lo que se llamó guerrilla rodada o móvil. Estas guerrillas hostigaron al Ejército con el objetivo de permitir que la población civil fuera evacuada hacia el alto Sumapaz,

moverse muy bien entre los montes. La otra ventaja de los guerrilleros es que entre todos se ayudaban: las mujeres curaban a los heridos, los niños traían balas y, como corrían rápido, también se movían con razones, y los viejos ayudaban a hacer armas artesanales todos los días.

A pesar de eso, los aviones nos dieron la mano, y a finales del 55 los guerrilleros se atrincheraron en la selva de Galilea, dejando libre La Colonia y Cunday. El mando entre ellos ya había cambiado: los líderes eran Tarzán, quien moriría nueve años más tarde, y Cariño, porque a Richard lo habían mandado a frentear en el Pato, por el Huila. Noel Lombana Osorio como se llamaba “Tarzán”, era un guerrillero tolimense del Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), famoso por el uso del machete y Marcos Tarcisio Guaracas, como se llamaba “Cariño”, era un guerrillero comunista asentado en Ataco, y que fue dado de baja el 22 de marzo de 1964 por el Batallón Caicedo.

Para diciembre de ese año, ya había cesado un poco la guerra. Yo me moví a Cunday nuevamente, donde estaba la sede del comando operativo y una de las prisiones agrícolas más fuertes, porque estaba cercada por alambre de púas y a los presos comunistas se les humillaba al exponerlos desnudos al rayo de sol para que se quemaran. A ellos les daban de la lavaza con que alimentaban a los marranos y los soldados les pegaban con rejos y palos todo el tiempo.

Yo tenía la tarea de registrar cada día a los nuevos presos. Había días en los que traían veinte, hasta treinta nuevos. A los que no se morían por esas condiciones tan bárbaras, los mandaban a Casablanca, a otra prisión más pequeña en donde hacía mucho frío y los desnudaban todos los días a las cinco de la mañana para tirarlos a un río helado, donde terminaban muriéndose.

A mí me daba mucha impresión tener que registrar tanto a mujeres como a hombres campesinos, obreros, estudiantes y profesionales que en realidad no habían hecho nada, sino que fueron detenidos por sospecha o porque alguien los señaló como comunistas.

donde el movimiento de autodefensa organizado por Varela había sido y seguía siendo muy fuerte” (Molano, 2014).

A muchas de esas mujeres los mismos soldados las violaban y les ponían los fusiles en las gargantas. Un solo diciembre contabilicé a ciento veinte personas que entraron a esa prisión con penas de veinte años para arriba, sin derecho a un abogado. Entre todas esas personas, distinguí por sus rasgos campesinos, al que llaman Lister, vi cómo lo torturaban con cables de todas las maneras posibles, eso fue un horror⁹⁷. A los que no mandaban ni para Casablanca ni los dejaban ahí en Cunday, los llevaban a la selva, en los límites entre el Caquetá y el Amazonas, para el Araracuara donde realmente se perdían del todo⁹⁸.

Apenas empezado enero del 56, yo ya estaba de salida, pues había cumplido mis dos años límites de permanencia obligatoria en el Ejército. Un comandante quería dejarme para seguir la carrera, pero nunca en la vida hubiese cometido esa barbaridad. Los dos años que estuve ahí vi las peores degradaciones del ser humano para con otro. Los soldados, y la vida armada en general, muchas veces eran usados como instrumentos de los políticos para matar, violar, robar y destruirles la vida a miles de personas. Yo tenía veinte años apenas y una vida completa para aprovechar en paz.

Entonces cogí una cajita de cartón y empaqué mi uniforme, mi quepis, mi casco de guerra, cosas de aseo personal que tenía por ahí y se las entregué al teniente de escuadra. Me despedí de unos amigos soldados que también tenían salida, pero para marzo y abril: el soldado González y el soldado Pérez, muchachos como uno que tenían planes para echar rancho y de volver a las casas de sus papás en pueblos del Tolima, pero que no pudieron hacerlo.

⁹⁷ “El hecho-símbolo de la nueva actitud del Gobierno Militar frente a las áreas de mayor conflicto real o potencial, fue la detención en esta zona del veterano dirigente agrario y militante comunista del sur del Tolima, Isauro Yosa, salvajemente torturado en las instalaciones militares de lo que vino a conocerse posteriormente como el «campo de concentración de Cunday»” (Sánchez y Meertens, 1989, p. 22).

⁹⁸ “La colonia penal fue pensada desde 1935 por el presidente liberal Enrique Olaya Herrera, a quien se le ocurrió crear tres cárceles de máxima seguridad: Malpelo, Gorgona y Araracuara. Estando de presidente Alfonso López Pumarejo, el 5 de julio de 1937 se inauguró la prisión. Un penal agrícola en el corazón de la selva. Una prisión de la que hasta la misma manigua se empeña en borrar sus huellas” (Molano, 2011).

Al teniente coronel Torres Quintero, una buena persona que había conocido, los militares lo nombraron gobernador del Tolima. Ya se asomaba el levantamiento desde los cuarteles por el mal manejo que Rojas Pinilla le daba a la guerra. Los muchachos rasos, los militares en los pueblos, no aguantaban otro enfrentamiento más en medio de la hambruna y la crisis económica. Incluso se transaron acuerdos con los líderes guerrilleros durante la llamada Asamblea para la Paz⁹⁹, por parte de algunos militares mandados por el teniente Torres Quintero, para escucharlos y proponerles soluciones a corto plazo. Pero de nada sirvió, porque otros militares mataron después a Tarzán, a Desquite y a Sangre Negra, en el norte del Tolima y exhibieron sus cuerpos en Armero, en el Líbano y en Ibagué. Los acuerdos se dañaron y todo se acabó.

Armas por azadones

Yo regresé entonces a Irco, donde mi taita ya se había asentado otra vez, en una casita que él mismo había parado a punta de tablas, bahareque y palmicha. Se había puesto a sembrar café, yuquita y unos palitos de mango. A mi regreso, lo vi más viejo que nunca, ya no tenía la voz buena de tanto trago que había jartado en su vida. Se había quedado solo, con un par de gallinas y un perro viejo que le cuidaba su ranchita.

Yo estaba muy feliz por dormir tranquilo, por no tener que aguantar humillaciones de nadie, por comer sin que hubiese problema por repetir, de acostarme sin tener que ver cómo le abrían la cabeza a alguien. Mi taita me dijo que le ayudara a guachapear y a rozar unos montes, para empezar a sembrar más café, no mucho, unos palitos para vender la carga en Chaparral. Por fin, en dos años, ya no tenía que ir a coger un arma sino un azadón.

.....
⁹⁹ “A esta asamblea asistieron varios gobernadores y más de 300 delegados. La estrategia era combinar un trato blando contra los insurgentes mediante una «alianza de paz», con un trato duro y la aplicación de la justicia. De la asamblea surgió una «Misión de Paz», que recorrió lugares azotados por la violencia y se reunió con algunos jefes guerrilleros para escuchar sus problemas” (Giraldo, 2020, pp. 80-81).

Antes de salir, mi taita me pidió que enterráramos unos fistos que él tenía escondidos por si tocaba defenderse en algún momento. Bajamos tantico de la casa y cerca a uno de los palos de mango abrimos un hueco, donde, envueltos en una estopa, los escondimos en una caja de madera. Aparte de los fistos, echamos unos machetes, nailon, unos anzuelos, algunas cartas de nosotros, fotos de mamá, juguetes que usamos de pequeños y unos cuantos pesitos. Todo eso previendo que llegara alguno de esos hijueperras godos o militares y nos tocara salir corriendo.

Mientras tapábamos ese hueco, mi taita se puso a llorar y me dijo, casi con voz entrecortada: “Ojalá que no tengamos que volver a abrir esto sino pa por fin vivir tranquilos, poniendo las cosas de nuevo en su lugar. Yo ya estoy muy viejo pa seguir andando de un lado pa’l otro”.

Fue la primera vez en la vida que le escuché a mi taita decir algo suave, algo que lo hacía llorar. Yo creo que el viejo también tenía encima muchas cosas acumuladas, igual que yo. Esa fue la primera vez que, en serio, decidí hacerle caso a un consejo o una palabra que él me daba.



Alfonso Mora, campesino liberal tolimense
Fuente: Archivo fotográfico personal.



El último sucre



Nací el 20 de noviembre de 1940, en el Huila, en Algeciras. En ese entonces solo había un médico en el pueblo: Luis Felipe García¹⁰⁰, un señor liberal neivano, que en ese momento atendía en la casa que le arrendaba José Rengifo, un conocido de mamá. Eran tiempos en los que estaba prohibida la chicha, una época dura para mucha gente de Algeciras que vivía de eso¹⁰¹ y que tuvo que sí o sí salir de allá para trabajar cogiendo café que era el trabajo mejor pago. El otro oficio que, eso sí, solo les daba buena plata a las muchachas, era trabajar como prostitutas en Chambacú, un burdel que quedaba pu ahí cerca a la quebrada La Mosca, porque eso vivía lleno de ganaderos, comerciantes de Neiva y personal de la alcaldía. A los muchachos que no se iban a coger café, también les empezaron a dar trabajo como obreros en la construcción de la carretera entre Algeciras y Campoalegre.

.....
¹⁰⁰ “Nació en Neiva (Huila) en 1890, hijo de Emilio Cabrera Escobar y Zoila García Salas. Egresado de la Universidad Nacional como médico cirujano, se especializó en medicina interna en la Sorbona de París. [...] Luis Felipe Cabrera se casó con Elvira Perdomo Serrano, natural de Neiva, hija de don Ricardo Perdomo Céspedes y doña María Josefa Serrano. Llegó a Neiva en 1910 con la intención de ejercer su profesión, abrió consultorio en la Droguería Internacional, de su propiedad, la primera en Neiva. Fue un gran cirujano general, médico respetable, acertado, serio, disertó, activo y cordial, prestó invaluable servicios al pueblo con generosidad y sencillez. Representante a la Cámara y primer médico huilense senador de la República” (Liévano, 2013, pp. 170-171).

¹⁰¹ “La avanzada contra la chicha que se dio en Bogotá, repercutió en todo el ámbito nacional. En Algeciras su auge empezó a declinar precisamente cuando la carretera que une al municipio de Algeciras con Neiva se terminó de construir” (Medina, 2017, p. 47).

El padre Munar

Apenas nació, nos tuvimos que ir para Neiva, a una vereda llamada Peñas Blancas en Guacirco, un corregimiento pequeño. Ahí permanecí con mi mamá y con mis hermanas, Rosalba y Graciela, porque la otra hermana, Elvia, ya había muerto. También estaban Vidacio y Rigoberto, hermanos varones que deambulaban por ahí trabajando en varias ocupaciones con ganado y arriería. En ese pueblo había un sacerdote católico de apellido Munar¹⁰², que en ese entonces convidó a mi mamá para que le cocinara en la casa cural. Ella tenía muy buena fama en esos asuntos, sumado a que se la pasaba rezando a toda hora, cosa que le agradaba mucho al padre Munar. Mi mamá se llamaba Anaís y fue mamá y papá a la vez, porque el viejo que dicen que se llamaba Darío Dussán, nunca apareció en nuestras vidas.

El padre Munar se trasladó para otro caserío cerquita, llamado Órganos, en el Huila. Debido a eso nos vimos obligados a movernos con mamá para allá, donde mis hermanos mayores ayudaron a hacer una casita de barro y palmicha¹⁰³, pues en esa época el zinc era muy escaso y además había que transportarlo desde muy lejos; sumado a eso, éramos muy pobres.

En ese pueblito vivían unas ochenta o noventa personas, mayormente godas (a diferencia de los vecinos en San Luis que eran más liberales¹⁰⁴). La mayoría de las casas eran de palmicha y solamente la iglesia y la escuela estaban techadas en zinc. Muchas de las personas que habitaban ese caserío venían de ser campesinos liberales,

.....
¹⁰² “El cura Jesús Antonio Munar era considerado «el Cura Justiciero» y de acuerdo con los testimonios, siempre andaba armado. También se dice que tuvo aspiraciones de ser alcalde del municipio San José de Isnos, ubicado al sur de la región. Fue fundador de este municipio y queda abierta la pregunta sobre cuáles fueron sus acciones violentas en esta zona sur de la región debido a la carencia de archivo. Munar, además, andaba con una virgen, Nuestra señora de Aránzazu, a la que le metía, junto a otros cómplices, armas que transportaban y «cabalgaban adonde querían ir» (Cerón, 2020, p. 230).

¹⁰³ Palmicha: tipo de palma grande, propia de los departamentos del Huila y el Tolima.

¹⁰⁴ “La vereda Órganos, junto a Santamaría (hoy municipio), fueron «fortines de la acción ‘chulavita’ y de los ‘pájaros’ de los años 50 al 53». Por esta razón política existieron serias rivalidades entre Órganos y San Luis, incluso se denuncia una masacre cometida por estos grupos armados, hechos «atribuidos increíblemente a la mentoría intelectual de un sacerdote sobre la Policía» (Cerón, 2020, pp. 225-226).



Pareja de niños pasando frente a una casa (1965)

Fuente: Biblioteca Nacional de Colombia, fondo Nereo López, p. 131.

desplazados por la guerra en el Tolima y en pueblos del Huila, como Campoalegre¹⁰⁵. También se conformaron nuevas familias a partir del rejunte de todos.

Por primera vez, muchos de nosotros conocimos lo que era estudiar. Yo tenía seis años, en septiembre de 1946, cuando entramos a la escuela primaria. Los útiles eran una pizarra y un lápiz, pero eran hechos como en metal. Yo estudiaba primero y mi hermana estudiaba segundo. Como en ese tiempo la presidencia estaba en manos del conservador Mariano Ospina Pérez, a nosotros prácticamente nos adoctrinaban con esa ideología. La historia de los grandes personajes de Colombia nos la contaban a la luz de la vida de señores conservadores¹⁰⁶ y siempre nos ponían a rezar el rosario completo y los curas iban a mirar si estábamos bautizados o con la primera comunión ya hecha. A veces nos hacían contar a qué se dedicaban los taitas de uno, quiénes los visitaban o a qué partido político pertenecían. Hacían inteligencia con uno de güipa.

En 1948 llegó la Policía y nos quitó la escuela. Los conservadores en el Huila habían hecho lo posible para que los campesinos liberales no salieran a votar, además, les habían matado a un policía. Entonces, cuando llegó la Policía, hicieron cuartel en la escuela y nosotros quedamos por fuera, sin estudio; nuestra profesora también se fue para otro pueblo más arriba, que se llama San Luis, a cuatro horas de camino.

¹⁰⁵ “Muchos de nuestros abuelos llegaron aquí en esa época. Algeciras era un pueblo con destino para los liberales, pero sus enemigos ostentaban el poder, los que actualmente se conocen como el Partido Conservador o los godos, chulavitas, pájaros, pajarracos, y otros términos despectivos que describían entre otros a los líderes de la Iglesia católica, la tropa y la Policía que en vez de proteger la población, salían a matar campesinos liberales durante las noches y en el amanecer pasaban las muladas o recuas de equinos con su macabra carga de cadáveres mutilados, porque como se anotó antes, usaban las cabezas para decorar los estantillos de los cercos” (Roa, 2006, p. 1).

¹⁰⁶ “Considerando: Que el conocimiento de la Historia patria, el culto a los próceres y la veneración de los símbolos de la nacionalidad son elementos inapreciables de fuerza social, de cohesión nacional y de dignidad ciudadana; —que la educación debe tener una función eminente social, y de todas las materias de los pénsumes (*sic*) y programas escolares deben estar orientados a formar en las nuevas generaciones hábitos democráticos, de decoro personal y de orgullo nacional” (Decreto 2388 del 15 de julio de 1948. Mariano Ospina Pérez).

Estando en Órganos, sin escuela y nada que hacer, yo veía a mi mamá hacerle comida al padre Munar y a sus amigos. Recuerdo un día que tuvo que preparar bastante porque el padre Munar le dijo que venía una comitiva grande de policías, que solían entrar y salir a cada rato de la casa cural. Entonces, mi mamá buscó la ayuda de otra mujer y, junto con mi hermana, hicieron una comida como para unas ochenta unidades que iban a llegar al cuartel de la Policía. Una vez arribaron, nos dimos cuenta de que venían con una buena cantidad de presos amarrados, a los cuales no podíamos dirigirnos. Como la cárcel quedaba al lado de la casa cural, donde vivíamos con mamá, era fácil ver lo que pasaba ahí: los policías entraban con rejos y machetes, y ya adentro sonaban unos alaridos muy fuertes que el cura escuchaba, pero le daba igual¹⁰⁷. El sargento García prohibió tácitamente saludarlos, ni darles nada, ni siquiera aguapanela o tinto. Él nos decía que esos eran unos *chusmeros*¹⁰⁸, gente que estaba asociada con las causas liberales o comunistas, con juntas revolucionarias y que pertenecían al pueblo, a la chusma; casi se trataba de zapateros, cebolleros o carniceros, pero dizque todos ellos estaban alzados en armas contra el Gobierno.

Cuando tenía ocho años mi mamá me mandó con un calabazo a traer agua de un chorrito que se llamaba Caracolí, a quince minutos de ahí. Echando ya el calabazo, oí una sonaja de tiros y me fui ligero para donde mi mamá y la vi rezando junto con mi hermana Graciela. De inmediato le pregunté: “¿Y los presos qué los hicieron, pa donde se los llevaron?”, a lo cual ellas respondieron: “Se los llevaron para el río Jagual, pa’l Remolino”. En ese momento yo supe que se los habían llevado para fusilarlos en ese río, en donde se forma un remolino entre el río Jagual y el de Órganos, que viene de

¹⁰⁷ “Yo recuerdo que la cárcel quedaba cerca de la casa cural que era donde yo vivía, entonces me podía dar cuenta que (*sic*) de noche traían presos de varias partes, hasta de Neiva, y ahí los torturaban con garrote y quién sabe con qué otras cosas porque los gritos de dolor se escuchaban claritos; es decir que el cura también se daba cuenta, pero ni se inmutaba, parecía de acuerdo con todo lo que ocurría en el pueblo por órdenes del sargento García” (Santrich, 2013, p. 1).

¹⁰⁸ Término popular con el que se nombraban a los insurrectos campesinos liberales en el periodo de La Violencia en Colombia.

San Luis, porque ahí solían encontrar cuerpos flotando de la nada, todos muertos.

Yo me acuerdo de algunos de esos muertos: Manuel Ramírez Chala, Villa Pol Chala, Gustavo y Narciso Cardozo, Rosendo Quintero, Benjamín “El Chunco”, Pompilio y Jeremías Ipuz.

También pu allá en la vereda de Chapinero vi a niños que cayeron por la guerra, todo eso teniendo yo ocho años. Me acuerdo que lanzaban a los niños a la cocha de panela hirviendo: que eran tanques no tan grandes, ni tan hondos, llenos de panela derretida, para que se deshicieran ahí adentro. También, a veces, ponían a niños de seis y ocho años, a niñas de catorce, quince y dieciséis años, desnudos en hileras para que un poconón de perros bravos se los jartaran mientras los otros veían. Esas órdenes pu allá las daban entre el inspector Serrato¹⁰⁹ y el sargento García, policías supremamente godos, que odiaban abiertamente a los liberales, que llamaban *collarejos*, y a los mismos conservadores que no odiaban a los liberales, a los que llamaban *patiamarillos* o *traidores*¹¹⁰.

A los quince días de ver y escuchar esas cosas, el padre Munar hizo una misa que pensé que sería por los muertos, igran equivocación! Pues fue para alentar a los feligreses a ser abiertamente conservadores, dado que en esa época la lucha contra los liberales era berraca. A raíz de eso, mucha gente se fue de Órganos para Aipe, en el Huila, otros para San Luis y los que no tenían a donde irse porque no conocían, no sabían, porque habían sido criados ahí se quedaron en el pueblo, donde tanto el padre Munar como la Policía,

¹⁰⁹ La estrecha relación entre el inspector Serrato y el cura Munar se daba en escenarios de violencia y crueldad, tal como lo señala Carlos Arango: “Los dos comisionaban con las patrullas militares, vestidos de tenientes. Serrato con una metralleta y Munar con una larguísima carabina mexicana” (1984, p. 104).

¹¹⁰ “El sectarismo político llegó a niveles altísimos, al punto en que los mismos conservadores, cuando eran muy radicales, a través de los pájaros, como en el caso del Valle, atacaban a los propios conservadores menos radicales o que toleraban a sus vecinos liberales, increpándolos bajo la denominación de «patiamarillos» o traicioneros al partido. La cuestión sectaria política tenía un matiz inmenso de compromiso, ética y convicción desbordada por el partido. El traidor era perseguido casi como un liberal, no sólo por negarse a odiar a sus colindantes liberales quizás por razones de humanidad y tolerancia, sino porque en ocasiones los protegían” (Gómez, 2014, p. 36).

prácticamente los obligaron a volverse conservadores y alinearse con el Gobierno.

Un día, el padre Munar tuvo que trasladarse para San Luis, a cuatro horas de camino de Órganos. Él convidó a mi mamá y nosotros obviamente nos fuimos detrás. Mi hermana entró a estudiar tercero de primaria, mientras que yo, inada que salía de primero! En esa época la violencia se veía por todas partes; la Policía culateaba gente, la humillaba y a los que decían que eran liberales no solo los culateaba, sino que también se los llevaban a patadas a la cárcel. Recuerdo que en la casa de Diocelina González mataron a Pioquinto Ipuz con un tiro de fusil en la cabeza, para robarle lo que vendió el domingo. Todos sabíamos que lo mató el sargento García, porque ese Ipuz era familiar de Luis Cardozo Ipuz, un señor que era liberal en Órganos. Todo aquel que fuera cercano a los Zambrano, a los Ipuz, a los Cardozo, a los González, a los Chalas, a los Quiroga o a los Oliveros, se ganaban la muerte segura porque se les identificaba como liberales.

También mataron a mucha gente, incluyendo a presos que traían de Neiva y también a los que cogían por ahí por ser liberales. A todas esas personas las acusaban de ser chusmeros, pues en ese tiempo ya había temor a las guerrillas que se formaban tras la represión policial en Chaparral^{III}, Planadas e Irco. Muchas de esas guerrillas estaban mayormente formadas por liberales huilenses, que cuando empezaron a ser perseguidos se fueron a las montañas de Chaparral, Planadas y El Carmen y crearon la república independiente de Riochiquito, Marquetalia y El Davis. Lo de chusmeros se los decía la gente, el

.....
^{III} “Chaparral, municipio ubicado al norte de Rioblanco, era también una comarca donde la «convivencia ciudadana entre conservadores y liberales se daba sin que nada viniera a perturbar la confraternidad». La llegada de la policía sectaria, que comenzó a cometer desmanes, abusos, atropellos y a perseguir a la gente, fue la causa que alteró la armonía anterior. La organización social se vino al suelo y los «frenos inhibitorios» se rompieron para dar salida al odio y al sectarismo. La «barbarie desencadenada» se entronizó en las costumbres sociales, «asoló completamente los campos, el incendio era cosa común, el saqueo se volvió empresa de guerra y la ley de fuego cegó muchas vidas», por parte de los agentes del Gobierno. Ante esta situación, los campesinos optaron por la defensa armada para resistir la presión de los perseguidores, con el resultado de que se creó «una psicología del odio y del rencor irrestañable», resultado de «pasiones desenfrenadas» que conducían a la retaliación convertida en una «obligación moral» (Valencia, 2011, pp. 290-291).

padre Munar, que andaba todo camuflado, lo repetía todo el tiempo en sus misas, diciendo que eran malos¹¹². Ser liberal en ese entonces, ni siquiera comunista, solo liberal, ya era una condena abierta para la gente, porque de inmediato se asociaba con ser chusmeros y auxiliares de las guerrillas.

Una vez estaba yo jugando balón en la plaza de San Luis cuando pasó un policía y me dijo que me subiera al anca del caballo que él montaba. Entonces le dije que a dónde iba y me dijo que a recoger otras bestias ahí abajito del pueblo, que lo acompañara y ayudara. Le dije al policía que no iba, porque el cura me necesitaba para un mandado. Su respuesta no fue amable, me asustó y me dijo: “Se sube o me lo llevo pa’l cuartel”, y como a uno de niño le da miedo todo, monté el anca del caballo. Y fuimos y cogimos unos cinco caballos ahí abajito de San Luis y los trajimos al pueblo. Esas bestias eran para que ellos pudieran andar a caballo, aunque eran de los campesinos, del pueblo, pero la gente no podía decir nada porque si no los mataban. En ese tiempo todo era así.

Otra vez, en la vereda El Palmar, corregimiento de San Luis, perteneciente a una comunidad indígena, bajaron unos siete presos, todos indígenas y los metieron a la cárcel del pueblo. Sin embargo, resultaron ser conocidos, amigos de mi mamá, buena gente trabajadora. Como a los tres días, mi mamá me mandó al cuartel a dejarles una comida. Hizo un almuerzo grande y pandequeso para que guardaran por si se alargaba la cosa. Yo llegué al cuartel y me paró el guardia, llamó al teniente de la Policía, quien me preguntó para donde iba, le dije que a dejar comida a los presos que estaban ahí. Entonces el teniente, como bravo, me dijo: “¿Y quién lo mandó?” Me tocó decirle mentiras: “El padre Munar me dijo que viniera”. Y entonces ahí sí me dejaron entrar.

De regreso le dije a mi mamá: “Yo ya les pasé la comida y están ahí sentados”. Me preguntó: “¿Vio a Quintín Lame¹¹³, que tiene el

.....
¹¹² “El cura decía misa uniformado, bendecía las armas de la patrulla y salía con ella a perseguir campesinos. A los prisioneros los decapitaba a machete y regaba el cuento de que los habían matado «los chusmeros nueveabrileños»” (Arango, 1984, p. 104).

¹¹³ Dirigente indígena caucano que vivió de 1880 a 1967. Es considerado uno de los precursores del movimiento indígena organizado en todo el territorio colombiano.

pelo largo hasta la cintura?”. Respondí: “No, todos estaban tusetos, bien peluqueados, les habían rapado la cabeza”. Y ella terminó la conversación: “¡Cómo es de mala esa gente!”

Mi mamá hablaba todo el tiempo de ese señor, su amigo, el indio Quintín Lame. Decía que lo metían preso injustificadamente por reclamar lo que por derecho ancestral era de la gente: la tierra¹¹⁴; que nunca se rendía y que cada vez que salía de la cárcel, más personas lo seguían por su claridad política. Él había vivido muchos años ahí en El Palmar, donde además de ser profesor y conocido como “Tintín”¹¹⁵, buscó ayudarle a los indígenas para recuperar su tierra. Por eso se había ganado el odio de los conservadores que lo llamaban collarejo.

Como cinco días después, gracias a don Arturo y don Eno Oliveros, que eran conservadores, pero hablaban por la gente liberal, los soltaron y de pura suerte no los mataron. Gracias a esos dos conservadores que eran buena gente, quedaron libres. Ellos eran dueños de tierra donde sembraban café en La Cima, La Holanda, Corozal y El Mirador. Eran terrenos grandísimos, con buenas cosechas y buen trabajo para los campesinos.

Todas esas cosas yo las vi siendo un niño, hasta que un día hubo relevo de los sacerdotes: el padre Munar, que se vestía de militar con fusil en las noches para matar liberales, fue trasladado a Neiva. Pero él nos recomendó con su acólito más cercano: Héctor Calderón. Yo

¹¹⁴ “Las luchas del legendario líder nasa, Manuel Quintín Lame en el Cauca y el Tolima, justas que impidieron la extinción de los resguardos indígenas en esas regiones. Las grandes conquistas indígenas en la lucha por la tierra se iniciaron al lado del movimiento campesino que, que en los años 70 del siglo pasado, levantó la consigna de «la tierra pal que la trabaja», que el naciente movimiento indígena adecuó con las consignas de «recuperación de las tierras de resguardo» y de «abolición del terraje», que se convertirían en los dos puntos centrales de la plataforma de lucha de los indígenas caucanos. Estas consignas campesinas e indígenas estaban enfiladas a arrebatarles la tierra a los terratenientes y acabar con el latifundio ocioso y pernicioso, agrandado por la violencia de los años 50. De que esta movilización fue exitosa, lo muestran las cerca de 80 000 hectáreas de resguardos indígenas que fueron recuperadas en el Cauca, derrotando por demás a la oligarquía terrateniente y abriendo los primeros espacios para la modernización de ese departamento” (Jaramillo, 2011, p. 162).

¹¹⁵ “Quintín Lame estuvo en este territorio hasta los inicios de la década de 1950, con su ida, la escuela que manejaba su esposa fue cerrada. Sin embargo, durante el tiempo que permaneció en esta comunidad, dejó una huella imborrable en toda la gente que lo conoció, quienes lo llamaban, familiarmente, como «TINTÍN»” (Suaza, 2006, p. 96).

me pegué mucho a él, pues viajaba bastante a caballo, cosa que a mí me gustaba mucho. Recuerdo una vez que volvimos a Órganos a entregar un costal pesadísimo, yo le pregunté: “¿Qué es esto tan pesado que llevamos?”, y Héctor respondió: “Parece que son fusiles”. Lo pude constatar cuando llegamos a la casa cural de allá; era munición y un fusil americano recién comprado, que fue guardado en el hueco de la estatua de la virgen del Carmen. Ese día me quedé frío y callado.

Como en Órganos nosotros teníamos la casita de palmicha, que habíamos dejado antes de venirnos a San Luis, en una de esas andadas con el acólito Calderón, yo me fui a ver la casita que estaba sola y abandonada. Y allá cerca me fui pa’onde una señora que se llama Rosa Helena, amiga de mi mamá. Ella me dijo: “La gente está muy aburrida y con miedo, muy desesperada, pero no tienen pa donde irse, no tienen plata. Tienen que estarcen ahí humillados de la Policía y peligrando porque los amenazan y ellos tienen que decir que son conservadores pa que no los maten”. Luego me dio una tazada de guarapo.

Cuando llegué otra vez a la casa cural, Héctor Calderón tenía los caballos listos, montamos y nos fuimos otra vez a San Luis. Llegamos por ahí a las seis de la tarde y mi mamá me preguntó: “¿Fueron y qué llevaban?”, dije: “Un fusil y una munición, llevaba el padre p’allá”. A lo que respondió: “¡Por Dios Santo, este cura qué es lo que hace!”, yo respondí que no tenía idea. Así pasaron los días y la Policía seguía haciendo daños y humillando a la gente.

Al pueblo llegó otro sacerdote, el padre Tarsicio Camero¹¹⁶, que, a diferencia del padre Munar, no estaba aliado con los conservadores, no se le veía maldad alguna y, por el contrario, nos animaba a mí y mis hermanos a seguir estudiando. En los días de su llegada, salió la guerrilla otra vez y asaltó el cuartel que ya no era en Órganos, sino en un lugar llamado Piedra Negra. Ese pueblo era rico en oro, mucha gente trabajaba allá hasta por la noche miniando. Era un pueblo de godos, tanto así que antes se llamaba Villa Gómez, en

¹¹⁶ “Munar finalmente fue removido de San Luis, de acuerdo con Miguel Pascuas, y en su reemplazo fue puesto Tarsicio Camero, que poco tiempo después fue trasladado a Algeciras con Miguel y su madre” (Cerón, 2020, p. 230).

homenaje al viejo de Laureano. El comandante de la guerrilla que le decían Llanero y otros intentaron asaltar ese pueblo en 1950, pero les fue mal, porque les mataron unos guerrilleros y dejaron a otros heridos, ya que cuando ellos iban a atacarlos de sorpresa, la Policía ya sabía y los estaban esperando.

Nosotros seguimos en San Luis, yo me fui a un punto que se llama La Julia, donde a veces se veían alemanes y canadienses en las minas de oro que había por ahí. Me fui donde una tía a mandar a hacer unos pantalones, porque ella era costurera. De San Luis hasta allá hay por ahí dos horas. Como mi tía era liberal y chusmera, puso esa finca como centro de operaciones de un comando de guerrillas. En ese entonces, toda esa zona era llamada la “república independiente de Marquetalia en el Huila” e incluía otros pueblos y veredas de por ahí¹¹⁷. Ella decía, mientras tomábamos aguapanela: “Nosotros los pascuas, descendemos de familia real, por allá de España. Mi nombre, incluso lo tenía, eso me dicen los viejos, un doctor de leyes por allá en Sevilla, todo famoso y rico. Pero no se equivoque mijito, nosotros somos los pascuas colombianos, pijaos y atravesados con el que sea”.

Esa tía fue capturada tiempo después de haber tenido una reunión de guerrillas en su casa, para luego ser asesinada a inicios de julio de 1951 por la policía chulavita, los pájaros y una fracción del Ejército que estaba dividido entre los que apoyaban al pueblo y otros que estaban del lado de los ricos.

Recuerdo que en ese tiempo había un tipo muy rico llamado Florentino Cifuentes, que tenía haciendas por lado y lado y tenía cincuenta mujeres con él. Decía que era conservador y apenas comenzó la violencia en 1946, le hicieron jurar que era godo, católico, apostólico y romano. El jefe de los conservadores era reconocido como jefe mismo de los godos en esas zonas. Tenía una tía que era comadre de ese señor y por estar ahí pajareando, la chuzaron con una bayoneta para

¹¹⁷ “¿Qué era la «República Independiente de Marquetalia»? En Huila: Balsillas, Aipe, Palermo, Órganos, Chapinero, San Luis, La Julia, Aipecito. En Tolima: El Carmen, Natagaima, El Patá, Monte Frío, Praga, Casadezinc, Santa Rita, Sur de Atá y Gaitania” (Radio Nacional de Colombia, 2022).

que dijera que era goda, apostólica y romana. Ella, como no sabía qué decir, se acordó en un momento de ese comadrazgo y dijo: “Soy comadre de Florentino Cifuentes”. De inmediato los chulavitas bajaron los fusiles y la bayoneta, para correr a constatarlo en una de sus fincas más cercanas. Apenas el viejo Florentino pudo verla, les gritó a los hombres de camuflado: “¡Es mi comadre!, ¡suéltেনla!”.

Esa familia Cifuentes, tiempo después, tuvo que emigrar a Risaralda, a una zona llamada Belén de Umbría, porque como en la vida todo es un cobro, al viejo Florentino le empezaron a cobrar su buena vida como godo. De las cincuenta mujeres que tenía, como dice la canción, solo con una terminó y le hizo un chino: Alvarito, pero, ¡vaya suerte que le esperó años después! Porque sin más ni más, terminarían colgándolo los mismos godos, unos más malos, de por allá en Risaralda, mediante el uso de una de esas técnicas salvajes llamada “la escalera”¹¹⁸.

Estando en La Julia, pasó un señor y entonces mi tía le preguntó: “¿De dónde viene?”. El señor le respondió que de San Luis; mi tía lo interrogó sobre lo sucedido, a lo que respondió: “Pues que también salió la guerrilla a San Luis y mató a toda esa Policía y le metieron candela al pueblo. Igual en Órganos, también le metieron candela al pueblo, pero se quemaron más casas, porque la mayoría son de palmicha”. En ese momento supe que hasta nuestra casa en Órganos había quedado hecha cenizas.

En San Luis, como los techos eran de zinc, no se quemaron casas, pero el cuartel sí lo despedazaron. Ahí mismo murieron algunos policías. Uno que le decían “el loco” se salvó, porque se escondió en el horno de la casa de Tircio Ramírez. Otro policía, el sargento Losada, salió detrás de la iglesia y también se favoreció, aunque quedó muy herido en la espalda. Se notaba, entonces, que la guerrilla tenía

¹¹⁸ “El Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado (Movice) reseña el trabajo de Guzmán y recuerda ocho de los métodos de tortura practicados por chulavitas y pájaros referidos por las víctimas: la escalera (colgamiento); el cuartico (cuarto hermético con piso electrificado); el tubo (colgamiento de un tubo electrificado); el vaso de agua (mostrado y negado a quienes morían de sed); el tramojo (torniquete aplicado a los genitales); el trote (llevando en cada mano un ladrillo, mientras la víctima era flagelada); la compañía (hacinamiento de 26 presos en 3 m², sin poder dormir ni sentarse); el polo (sentados desnudos en troncos de hielo)” (Colombia Plural, 2016).

bombas, puras bombas y escopetas de fisto con las que habían matado a todos los policías de la estación. Esas armas no eran iguales a las que tenía el Ejército, no, eran las armas del pueblo común y corriente, armas hechizas. Primero fueron las escopetas de fisto, luego vinieron las escopetas de cápsulas, y por último, las bombas.

A Órganos no pudieron volver a mandar más policía, porque la guerrilla iba y los liquidaba, y en San Luis ya le tocó entrar al propio Ejército, aunque la misma gente del caserío rechazaba su presencia¹¹⁹. Pobre padre Camero, no duró ni un mes porque le dio miedo y se fue a Algeciras, convidando, como ya era costumbre, a mi mamá. En Algeciras estuve otra vez estudiando; duré tres años en la escuela cursando primero, después intenté hacer segundo de primaria y no alcancé a pasar ni a tercero, porque nos tocó irnos por la violencia.

En Algeciras estuve lo que duré estudiando, tres años, mientras mi mamá le seguía haciendo comida al padre Camero, todo eso antes de que ella enfermara y finalmente muriera, quedando yo solito con mi hermanita, ambos aún pequeños. El padre quería llevarme a ser sacristán, pero yo le dije que no. Mi hermano, Vidacio que ya había prestado el servicio y estuvo por ahí en Algeciras trabajando, me dijo: “En estos días nos vamos por allá pa San Luis, Órganos. Eso como que ya pasó la guerra”. Yo refuté: “No, estos están en guerra todavía”.

Siendo sucre en la guerrilla

Entonces, estando ya en Algeciras, llegó el golpe militar que el general Gustavo Rojas Pinilla le dio a Roberto Urdaneta, en 1953. La guerrilla se entregó y el padre Camero habló con ellos, especialmente con uno que le decían “Ave Negra”, que venía desde Natagaima como

¹¹⁹ Al respecto, el testimonio de Jaime Perdomo Rodríguez, campesino de San Luis (Huila) aclara que este rechazo por los militares estaba principalmente asociado al temor que les generaba su misma figura: “Cuando estaba aún pequeño recuerda que debían internarse en el monte donde hacían ranchos, con el fin de huir de la persecución del Ejército. El monte servía de refugio porque en esa época los militares no intentaban entrar. Cuando la violencia disminuía les daban la orden de salir y regresar a sus fincas” (Ortiz, 2016, p. 74).

líder de comisión y que había salido desde El Davis¹²⁰. También había otro que le decían “Sansón”, y otro que le decían “Relámpago”, que tenían unos treinta y cinco, cuarenta años. Ave Negra era su comandante en jefe y cargaba con un poco de muchachos; de mi edad tenía como cuatro. Ahí fue donde me empezó a interesar la vida de esa gente, la vida armada de los chusmeros.

Mi hermana Graciela se fue al convento de monja, yo no seguí estudiando y me pegué a la pata de mi hermano, que recién había salido del cuartel. Él me llevó otra vez a Órganos, pero también fuimos a Aipecito, Planadas, Gaitania; la vida fue pasando y yo fui creciendo mientras trabajaba cogiendo café. En ese momento, la gente huía de Órganos por la violencia tan brava. Quedaron como diez casitas, mientras los demás se fueron a San Luis, además porque allá había mucho movimiento de café y ganado. También a ese pueblo llegaron muchas personas del norte del Huila, más que todo de Santa María, Teruel y Palermo, desplazados por la violencia bipartidista, entre bandoleros y la Policía¹²¹.

Yo tenía ya trece años cuando mi hermano me enseñó a trabajar en el campo y fui cogiendo mundo solo. Primero empecé a trabajar donde un señor ahí en San Luis, en la finca La Argelia, como concertado, que significa que me pagaban veinte pesos al mes por ser un niño mandadero. La finca era de un familiar que se llamaba

¹²⁰ Ave Negra, junto con Charro Negro, Manuel Marulanda Vélez, Mayor Lister, Richard y Llanero, coordinador de las cuatro comisiones de columnas en marcha que salieron de El Davis ante el ultimátum del General Rojas Pinilla. “La primera se desplazó hacia la región de Riochiquito, al norte del Cauca, y fue comandada por Jacobo Prías Alape o «Charro Negro» y Pedro Antonio Marín, mejor conocido como «Manuel Marulanda Vélez». La segunda comisión salió con rumbo al municipio de Villarrica (Tolima), y estuvo guiada por el dirigente comunista Isauro Yosa o «Mayor Lister» y Alfonso Castañeda o «Richard». La tercera marchó hacia la población de Natagaima, al mando de «Ave Negra». La última comisión, dirigida por «Llanero», cayó a manos de los limpios y fue masacrada cuando había decidido permanecer en El Davis” (Prada, 2017, p. 24).

¹²¹ Al respecto, el testimonio del campesino de San Luis, Euclides Chica Chala, dilucida las circunstancias que llevaron a esta masiva migración en sus territorios de origen: “Recuerda que en esa época de los años 50 en La violencia se intentaba era mermar el color hasta que quedara solo uno. En Palermo todas las casas estaban de color azul, en Santa María de color azul, en Aipe de color rojo, en Gigante de color rojo, en Campoalegre de color rojo. Todas las casas de los pueblos del sur del Huila eran de color azul, siendo casi toda esa parte conservadora, menos el municipio de La Plata” (Ortiz, 2016, p. 68).

Rafael Dussán. Ayudaba a coger café y cargaba unas bestias, rodeaba ganado y miraba las bestias, le daba de comer a las gallinas y a los puercos y hacía mandaditos. De ahí ya me fui yendo a otros sitios como Planadas y Gaitania, y me encontré de frente, como ya era la paz de Gustavo Rojas Pinilla con varios guerrilleros, a los que les preguntaba cómo era esa vida. Entonces un guerrillero que llamaban Mundo Viejo¹²² me cogió de sucre. Sin embargo, como estaba muy pequeño, yo no ganaba lo que ganaba un trabajador grande, me pagaban menos. Aun con todo eso, me quedé con él, porque contaba muy buenas historias. Primero fui concertado, después ya quedé como sucre.

Sucre era ser como mandadero, como si fuera un hijo para él: “Vaya miijo al pueblo; vaya miijo traiga las bestias; traiga el ganado”. Yo le preguntaba a Mundo Viejo y él me contaba muchas cosas. Para esa época, siempre se le veía con un joven guerrillero de apellido Marín y un viejo guerrillero de apellido González al que llamaban Llaveseca¹²³, uno paísa y el otro chaparraluno, ambos patabrava, pues andábamos por todas las trochas del río Atá y el Cambrín, que son cañones estrechos y llenos de mucha loma. Solo se veía café por allá. El objetivo era atravesar todo ese lomerío hasta llegar al caserío de San Miguel¹²⁴, en todo lo que hoy día es Villarrica.

Entonces, pasó el tiempo y yo ya era un autodefensa, aun siendo sucre. Había varios muchachos jóvenes que también eran sures

¹²² Aunque son pocos los datos que se tienen sobre este viejo líder guerrillero, se sabe que habitaba en una montaña de Aipe (Huila) llamada Cuchilla, en La Cinta, un punto central de apoyo para guerrilleros que iban hacia el departamento del Huila: “Jacobo Arenas y Hernando González en su viaje pasaron de largo por la ciudad de Neiva, entraron a la región por un sitio conocido como La Cinta, siguieron hasta la finca del compañero Mundo Viejo, esa noche durmieron en su casa” (Alape, 1989, p. 193).

¹²³ La triste historia de Llaveseca se resume brevemente aquí: “Muchos liberales entonces salieron de la región y a otros muchos, los mataron. Como a un muchacho de apellido González que le violaron y mataron a la mujer y la hermana y a él lo hirieron mortalmente a tiros y lo arrojaron a un río, pero él no murió. A ese hombre le decían Llaveseca y era pequeñito pero valeroso, se hacía luego pasar como muchacho y llegaba a las cantinas de la región y con dos pistolas mataba a los godos. En realidad, él no quería meterse a la guerrilla liberal, pero cuando la chulavita le mató la mujer y la hermana, se decidió y fue muy cruel” (Delgado Madroño, 2011, p. 168).

¹²⁴ “Después cruzamos por San Miguel, un caserío que fue el lugar donde se reunieron varios comandos guerrilleros con población civil a la cola, ante una acometida de chulavitas en el año 51: Ciro Trujillo, Guaracas, Charro Negro, Joselo, Marulanda” (Molano, 2014).

conmigo. A nosotros no nos daban armas, porque estábamos muy pequeños y no nos dejaban. Solo éramos mandaderos, hasta los catorce años, cuando ya podíamos ser milicianos en propiedad.

Cuando cumplí catorce me convertí en miliciano, ya tenía un arma, ya estaba más entrenado y con más conocimiento de la vida armada. Pero para la primera conferencia de la guerrilla en Riochiquito, a finales de 1965, no existían los sucres, había sido exterminada esa etapa de la vida guerrillera. La última vez que vi un sucre fue en 1953, justamente cuando recién entré a la guerrilla. Eran filas y filas de niños sucres. Filas de treinta, cuarenta, cincuenta niños formados y utilizados para ser mandaderitos. Todos estaban con gorritos y cantando el himno de la naciente guerrilla. Venían de todos los lugares posibles, donde tenía presencia la guerrilla: Natagaima, Aipe, Palermo, Espinal, San Luis, Órganos, Planadas, Gaitania, Riochiquito, Íquira, Teruel y hasta Santo Domingo, en el Valle del Cauca. Después de esa primera conferencia, la guerrilla no volvió a recibir niños en sus filas hasta que tuvieran más edad, quedando consagrado hasta en los estatutos. Igualmente, se acordó educar a la población mediante escuelas móviles, que involucraran no solo a niños, sino también a adultos, campesinos e indígenas¹²⁵, pues mucha gente era analfabeta en esa época y para la guerrilla era importante que la gente entre sí pudiera leer y escribir.

La guerrilla no duró mucho tiempo en El Davis, se desparpajó y también los niños se desparpajaron, fueron creciendo. Los que quedaban muy pequeñitos iban quedando por ahí, se iban a favorecerse de otras partes. Igualmente, como quedaban muchas mujeres en embarazo, les tocaba quedarse por allá en fincas, ya que la población, al verlas, siempre las apoyaba.

¹²⁵ “Después habría de crearse una actividad educacional para la población mixta (haciendo referencia a las comunidades indígenas y campesinas de Riochiquito) que contó con 16 escuelas primarias para la población de edad escolar y unas cuantas para servicio de los adultos. Todo esto acompañado de un trabajo cultural de acción recíproca, en que las costumbres de unos y su cultura influía en los otros. Varias veces nuestro trabajo, que como puede apreciarse es de un alto patriotismo, fue interrumpido por las arremetidas militares del Gobierno y por las incursiones de las bandas de pájaros de los latifundistas” (Trujillo, 2015, p. 30).

A los catorce era miliciano, pasaron dos años, y a los dieciséis, pasé a ser propiamente guerrillero. Es decir, yo fui: primero autodefensa, luego sucre, después miliciano y a mis dieciséis, guerrillero. Justamente en ese tramo final conocí a otro joven guerrillero que había ingresado ya siendo miliciano, se llamaba Jaime Guaraca¹²⁶. Sin embargo, mi experiencia era mayor que la de aquel jovencito, pues yo ya había sido sucre de los comandantes Joselo, del teniente Isaías y de Mundo Viejo.

Tras la traición a Charro Negro por parte de Mariachi y su posterior asesinato¹²⁷, nosotros no pudimos quedarnos a esperar lo mismo, así que echamos camino otra vez pa'l monte. En ese momento ya tenía veinte años. Una de mis primeras misiones asignadas fue la de hacer vigilancia en las zonas rurales de Neiva, por allá en los años sesenta. Recuerdo de esos años haber visto un carro chiva, volteado hacia el barranco en la carretera que iba de Neiva a la vereda de Peñas Blancas. Un charco de sangre, pites de cuerpo de gente volando, niños, abuelos, madres, señores. Sin piedad los bandoleros alias “El Mico” y “Tres Espadas”, ambos pájaros conservadores, les dieron machete y tiros de gracia a esas personas. Eso pasó el 3 de noviembre de 1962 y dejó un saldo de veinticuatro muertos, entre los que estaban: Camilo Charry, Benito Pascuas Murcia, Marcos Pascuas, José Dolores Medina, Romelia, Otilia, Alberto y Justo Cabrera, Inés Medina Cabrera, Eduardo Medina, Benito Medina Dussán, Jorge, Fidel y Cristina Dussán, Alfonso Rodríguez, Delfín García y Alejandro Oviedo.

Dos años más tarde, en 1964, fui asignado para volver a Planadas y apoyar a la guerrilla de Tirofijo. El presidente en esa época era Guillermo León Valencia, un conservador que decididamente mandó a bombardear estos territorios al considerarlos como *Repúblicas*

.....
¹²⁶ Otro sucre famoso fue Jaime Guaracas, quien en su relato de cómo pasó de sucre a guerrillero, menciona: “Cuando yo llegué no había cumplido 12 años. Duré unos días en el Batallón Sucre, donde participaban los niños de 10 a 14 años; a los 15 ya se podía pasar a la fila de guerrilleros” (Molano, 2014, p. 45).

¹²⁷ “Así ocurrió con el sentido asesinato de Jacobo Prías Alape, el conocido «Charronegro» a manos de un grupo de «Pájaros» oficialistas liberales, comandados, según cuenta Arenas, por el traidor de José de Jesús Oviedo, alias «Mariachi»; este suceso causó cierta preocupación en el seno del partido por cuanto las dotes organizativas de «Charronegro» eran muy reconocidas por la organización” (Contreras, 2018, p. 43).

Alias el unico y tres Espadas
 ASESINADOS Cuando Viajaban en una Carro Chino
 Camilo Chirry
 Benito Pas Casas Huella.
 Marcos Pas Casas
 Jose Salores Medina
 Rosalia Cabrera
 Ina Medina Cabrera.
 Eduardo Medina.
 Celia Cabrera.
 Benito Medina Bussan
 Alberto Cabrera.
 Jorge Bussan.
 Fidel Bussan.
 Cristina Bussan
 Alfonso Rodriguez
 Justo Cabrera
 del Sina Garcia
 Alejandro Oviedo
 Masacre en los Gatos San Francisco.
 ASESINADOS Noviembre 3 de 1962 Peñas

Notas del último suere al recordar los asesinados en la Masacre
 de Peñas Blancas (Huila), en noviembre de 1962, a manos de una
 cuadrilla de pájaros

Fuente: Archivo personal.

*Independientes*¹²⁸. Cuatro fueron los territorios donde incursionó militarmente el Ejército: Marquetalia, Riochiquito, El Pato y Guayabero. Ellos decían que venían por los bandoleros y comunistas, pero cuando uno va a la realidad, los muertos que dejaron fueron, en su gran mayoría, campesinos que ni siquiera estaban en el área de Marquetalia propiamente hablando, sino en veredas cercanas tales como Nazareno.

Los nombres de estas personas, y siendo testigo directo de lo que ocurrió, fueron: Abel Arcadio Hermes Chala, Elías González, Narciso Cardozo, Tomas Chala, Augusto, Celiar Quiroga, Luis Enrique Cruz, Marcos Lucuara, Manuel Ramírez Chala, Gustavo Cardozo, Rosendo Quintero y Alicia Cardozo.

Muchos de ellos, inclusive, no alcanzaban ni la mayoría de edad, eran apenas guambis. También del susto que les pegaron al advertirles que les iban a llover bombas, muchos salieron a toda carrera a donde fuera, y recuerdo haber visto un muchacho desnucado, porque en esos afanes cayó mal y se pegó contra unos bultos pesados de maíz.

Ese día el Gobierno mostró unos resultados, unas cifras totalmente distintas a la realidad¹²⁹. Dijeron en radio que ya no había

¹²⁸ Expresión acuñada por Álvaro Gómez en un discurso el 25 de octubre de 1961: “No se ha caído en cuenta de que hay en este país una serie de repúblicas independientes que no reconocen la soberanía del Estado colombiano, donde el Ejército colombiano no puede entrar, donde se le dice que su presencia es nefanda [...] Hay la república independiente de Sumapaz; hay la república independiente de Planadas, la del Río Chiquito, [...] la de este bandolero que se llama Richard y ahora, tenemos el nacimiento de una nueva república independiente anunciada aquí por el ministro de Gobierno: la república independiente del Vichada. La soberanía nacional se está encogiendo como un pañuelo; este es uno de los fenómenos más dolorosos del Frente Nacional” (Gómez, 1961).

¹²⁹ “Pacificación: El objetivo principal de las fuerzas armadas durante el presente año estuvo orientado hacia la total pacificación del país. La institución no ahorró esfuerzos en llevar la tranquilidad y la paz a todos los hogares colombianos de la ciudad y del campo. Es así como la institución armada presenta un balance favorable en el cumplimiento de esta misión que se resume en las siguientes actividades: Algunas áreas apartadas del país en las cuales los violentos habían establecido sus dominios sin sujeción a ninguna clase de autoridad y que la opinión pública ha llamado «Repúblicas independientes» fueron ocupadas por tropas del Ejército en estrecha colaboración con miembros de otras fuerzas, reestableciendo el principio de autoridad, desalojando, capturando, dando de baja a los alzados en armas y rescatando a la soberanía de la nación las regiones del Pato, Guayabero, Marquetalia, Riochiquito y el suroeste del Tolima. Se logró la eliminación de 20 cuadrillas de bandoleros de las 29 existentes al comienzo del año, con un total de 545 antisociales dados de baja y 513 capturados. Igualmente fueron decomisadas 229 armas de largo alcance, 1 878 de corto alcance, 29 granadas

más guerrilleros y fue pura mentira. De hecho, después de esa situación, Tirofijo salió con más apoyo popular y la guerrilla más fortalecida, aumentando las columnas en marcha, y pasaron a ser una organización táctico-militar, incluyendo el enfoque con una orientación enfilada a tener presencia dentro de las mismas ciudades¹³⁰.

Estando entonces en Planadas, me vi primero con José Castañeda, al que le decían Richard¹³¹, un guerrillero que iba de salida junto con el mayor Lister a Villarrica. Eran los tiempos de la primera conferencia guerrillera del bloque sur y yo ya tenía dos años de estar ahí andando con ellos. Me acuerdo de que hubo discursos largos, aburridos, cánticos y hasta bailes. Todos a un mismo grito condenaron a los llamados “bandoleros”, pícaros disfrazados de política, que hacían y deshacían en medio del alboroto por la violencia que se vivía.

En ese momento hubo mucha especulación sobre el lugar del encuentro, incluso se llegó a hablar de salir a Boyacá, pero, ¡pura paja!, era una distracción porque la guerrilla se iba a reunir en Viotá, todo en la clandestinidad y apoyados por los líderes campesinos comunistas de allá¹³². En ese entonces, el comandante Olimpo, Eutiquio Leal impartía escuela marxista en esa región y ayudaba a organizar los primeros comandos de autodefensa campesina, a partir de instrucciones precisas que habían tenido éxito en Chaparral¹³³.

de MK2 y 19 817 cartuchos de diversos calibres. En igual forma y dentro de las operaciones llevadas a cabo es digna de encomio la labor realizada por la fuerza aérea, tanto en labores de combate, como en lo logístico, en la cual tuvo destacada participación el grupo de helicópteros asignados a la actual zona de operaciones” (León, 1953).

¹³⁰ Según Jaime Guaraca: “Hasta este momento, nosotros éramos simplemente movimiento agrario. Pero la agresión del Gobierno y el Ejército nos ha obligado a cambiar de carácter y de táctica. De ahora en adelante volvemos a ser guerrilleros, esta vez con modalidad móvil” (s.f. pp. 159-160).

¹³¹ Luis Alfonso Castañeda, alias “Richard”, fue uno de los máximos dirigentes comunistas de la guerrilla de las FARC-EP. Su epicentro de operación fue San Miguel, en límites con el departamento del Huila.

¹³² “Se dijo que se habían reunido en «un lugar del departamento de Boyacá» o que se le denominó «Conferencia de Boyacá» por razones de seguridad. Según el comandante Olimpo, la Conferencia se realizó en el sitio del «Palmar», vereda de Brasil de Viotá, Cundinamarca” (Alape, 1985, p. 86).

¹³³ “Cuando la violencia bipartidista se desató, los campesinos comunistas de Viotá ya habían consolidado sus derechos y tenían un importante influjo político gracias a que formaban mayoría en el concejo municipal. Ese antecedente los llevó a cerrar filas junto con los hacendados para evitar que creciera la violencia, después de que el Gobierno de Laureano

Tirofijo también llegó a Viotá para saber quién lo acompañaba a unas comisiones en el Tolima.

Buscando a alias “El Diablo”

Yo me fui con Tirofijo a esas comisiones, porque estaba detrás de la pista de un tío mío llamado Agustín, que primero estuvo por Sumapaz y luego estaba dando candela en Viotá y Pandi. Él era de cuidado, no por nada su alias era “El Diablo”, y mientras estuvo en Venadillo, en el Tolima, donde pasó después de que el Gobierno le ofreciera un puesto, por servirle contra los liberales en pleno Frente Nacional, montó una sede de la policía rural, famosa por operar como parte de los primeros paramilitares en Colombia, atacando principalmente a liberales y comunistas. Decían que el enemigo número uno de él era Jacinto Cruz Usma al que le decían “Sangre Negra” y a quien odiaba por tener relación con la gente del Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) en Venadillo¹³⁴. Por eso él les sapeaba a los rojos, tanto liberales como comunistas, y como el alcalde de allá, llamado Óscar Burbano Chávez, era un capitán del Ejército... como verá, el amanguale era impresionante.

El tío Agustín tenía una cuadrilla bastante numerosa de gente que cazaba personas del MRL con apoyo directo de la Policía, el Ejército y la alcaldía. Una vez él mismo se metió a la casa de José Herrera y Moisés Quintero, les cogió los libros de marxismo que tenían y los mandó a apresar. Después hizo lo mismo con Fermín Mogollón

.....

Gómez ordenara el ingreso en la zona del Ejército y la Policía, y se dieran las primeras refriegas sangrientas entre la Fuerza Pública y los comandos campesinos de autodefensa orientados por el PC. Los acuerdos entre los campesinos de autodefensa y los hacendados de Viotá se concretaron en un armisticio firmado a mediados de 1951, a instancias de los segundos. El pacto se rompió con la ilegalización del PC y la agresión militar a Villarrica en 1954, por lo que los campesinos ocuparon algunas zonas de montaña de propiedad de los latifundistas, para repartirla entre «los jornaleros combatientes que no tenían parcelas» (CNMH, 2013, p. 34).

¹³⁴ “En este municipio, en 1962, los militantes del Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) se quejaron de la persecución que sufrían por parte de los seguidores del Diablo. Bonilla informaba a la Policía Nacional sobre los colaboradores urbanos de los cuales disponía Jacinto Cruz Usma, quien supuestamente tenía nexos con el MRL” (Rehm, 2015, p. 51).



Retrato de alias "El Diablo"

Fuente: Bonilla, Lubin. (2014). *Manifiesto del Partido Furlista Rojo*, p. 151.

y Luis Carlos Roa. Su lugarteniente era Pedro Brincos¹³⁵, con quien antes de voltearse pa'l lado del Gobierno trabajaba matando líderes godos y policías, porque antes de volverse oficialista, mi tío fue comandante de una cuadrilla liberal en el norte del Tolima, dirigiendo operaciones exitosas contra conservadores en Viotá y Pulí en Cundinamarca, llegando incluso a participar de conferencias y encuentros regionales entre los líderes guerrilleros.

En la guerrilla, cada nadita se salía a hacer comisiones para defender a la gente de los pájaros, porque ellos iban prendiéndole fuego a las casas. En medio de esas comisiones, yo me fui moviendo más que todo con Olimpo¹³⁶, con Richard y con Pedro Brincos. Tirofijo se la llevaba muy bien con Olimpo y de él sacó muchas de sus ideas, incluyendo la línea roja. De hecho, puede decirse que Olimpo los adoctrinó a todos: a Ciro Trujillo Castaño, a Charro Negro, a Lister, a Mariachi, a Peligro, a Arboleda, a Wilson Rubiano, a todos.

¹³⁵ “A finales de 1949, González Prieto tomó la decisión de vincularse a un grupo de hombres dirigido por Agustín Bonilla Bocanegra —conocido con el sobrenombre de El Diablo— buscando contrarrestar, con más hombres y mejores recursos, las arremetidas del conservatismo sobre las bases liberales en el norte del Tolima. Pronto, al mostrar virtudes para los asuntos de la milicia, González Prieto se convirtió en el segundo comandante del grupo que se movía por los municipios de Venadillo, Líbano, Lérída, Alvarado y Armero. El respeto del que ya era merecedor entre los suyos, se acrecentó con el sobrenombre que sus compañeros de armas le colocaron, y que daba razón de su destreza física y olfato guerrillero: Pedro Brincos” (Díaz, 2017, p. 85).

¹³⁶ “El primer jefe del movimiento armado que con el tiempo se llamaría Farc (*sic*) fue el excomandante Olimpo, un comunista fraguado en las rigideces del marxismo-leninismo. Fue él quien organizó todo, en y desde Chaparral (Tolima). Bajo su mando estuvieron dos guerrilleros que luego serían famosos: Manuel Marulanda Vélez (a. Tirofijo) y Luis Alfonso Morantes (a. Jacobo Arenas). Liberal el primero, comunista el segundo. Olimpo fue un seudónimo, el seudónimo clandestino del escritor Jorge Hernández Barrios, nacido Chaparral en 1928. Se autodenominó Eutiquio Leal, nombre no tomado del santoral o del ya entonces añejo almanaque Bristol, sino como homenaje a la memoria del indígena comunista Eutiquio Timoté, primer aspirante de esa etnia a la presidencia de la república en la década de los treinta. A pedido de Eliseo Velásquez, famoso líder de las guerrillas liberales, es destinado al Tolima en donde ayuda a organizar unos Comandos de Autodefensa, cercanos antecesores de las Farc (*sic*). Y también funda un pueblo que adquirirá nombre en la confrontación guerrillera: El Davis. Varias veces caerá muerto y varias veces lo enterrará su propia madre. Luego del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, las guerrillas comunistas, ya bien organizadas, contactaron a los guerrilleros liberales con quienes, en el sur del Tolima, constituyeron un Estado Mayor unificado. Institución que más tarde se llamaría Farc (*sic*)” (Correa, 2014).

Entonces, a mí me mandaron a una comisión con otros guerrilleros para ir por todo el Magdalena, abriéndonos paso por Ambalema y Cundinamarca, hasta llegar al Sumapaz y de allá hasta los Llanos. Ya cuando llegué a La Uribe, en el Meta, me asignaron darles instrucciones a los guerrilleros sobre el tema de formación de la línea roja y el pensamiento revolucionario.

Con el tiempo me empezaron a dar tareas más importantes en otros lugares, me encargaron, ya propiamente, dirigir salidas a comisiones; siempre coordinaba con Sangre Negra y Desquite, para cualquier vaina. El Ejército, sin embargo, empezó a mandar mucho soldado antes del Plan Lasso¹³⁷. Por allá en Alvarado, en el Tolima me mataron un poco de compañeros, los soldados del mismísimo Batallón Colombia¹³⁸, entre los que se encontraba uno al que le decíamos “Punto Rojo”¹³⁹. Ese día, un 17 de febrero de 1966, realmente me salvé porque alcancé a pasar el cerco y me volé. De Alvarado salí para Anzoátegui, donde me encontré con Desquite y nos fuimos a una vereda llamada San Fernando, en el Líbano, en el Tolima. Allí nos cercaron y duramos tres días acechados por las tropas del Batallón Colombia. En ese combate yo me defendí con mi carabina San Cristóbal, sin embargo, mientras estaba dando plomo, la carabina se me trabó; así que al final solo estaba haciendo el amagué de

¹³⁷ El Plan LASSO (Latín American Security Operation) comenzó el 18 de mayo de 1964, con un propósito militar contra Marquetalia, con un importante contingente bajo el mando del coronel Hernando Currea Cubides, comandante de la VI Brigada con sede en Ibagué. Este dispuso de la totalidad de los helicópteros con que contaban en ese entonces las Fuerzas Armadas de compañías del Ejército —especializadas en la lucha de contrainsurgencia de grupos de inteligencia y localización (GIL), formados en la Escuela de Lanceros de Tolimaida— y, finalmente, de aviones de combate T-33 y tres batallones para asegurar toda el área. En definitiva, se trató de un descomunal esfuerzo militar.

¹³⁸ El Batallón Colombia fue un batallón de infantería del Ejército colombiano, que sirvió junto al Comando de las Naciones Unidas, en Corea del Sur. Fue la primera división militar colombiana en combatir en Asia y sirvió junto a la VII y la XXVI divisiones de la Infantería de Ejército de los Estados Unidos durante la Guerra de Corea. Prestó servicio desde 1951 hasta 1954.

¹³⁹ “Nacienceno Hernández Ramírez, alias «Punto Rojo» o «Proveedor» fue un bandolero liberal muy activo en el municipio de Alvarado (Tolima). Fue abatido el 17 de febrero de 1966, por una patrulla de la Policía al mando del teniente Roberto Ortiz Villa. Se dice que comenzó a delinquir siendo casi un niño, luego de haber visto asesinar a su padre, junto a 26 campesinos más en Los Guácimos, sector de la vereda Montegrande, en Alvarado” (Noticiero 90 minutos, 2015).

disparar, pero sin que el soldado sospechara que no tenía munición. Finalmente, al ver que el soldado disparó los cinco tiros de su arma y en ese momento estaba recargándola, yo me le fui con el machete encima, pues para eso lo cargábamos en la guerrilla y le mandé un machetazo en la cabeza quitándole el fusil y el equipo, dejando mi vieja carabina ahí botada. Después me agazapé durante toda la noche y solo hasta la madrugada pude volarme.

El M-19 y la guerrilla

Los guerrilleros de antes éramos muy disciplinados. Nunca le cascábamos a alguien porque sí, sino porque cometía fechorías. No matábamos gente humilde, ni por güevonadas. Hoy día la diferencia es muy grande, porque el guerrillero de antes tenía mucha humanidad y el de hoy día no. Por ejemplo, a Tirofijo se lo tiraron Alfonso Cano, Raúl Reyes y el Mono Jojoy, porque ellos llegaban y le sacaban la plata al rico y no se acordaban de darle a los pobres.

Yo esto lo digo sin medias tintas: los nuevos tiempos no llegaron solos, sentí el abandono de todo el mundo dentro de la guerrilla. Cuando Tirofijo se fue más pa'l monte, la guerrilla había quedado por estos lados del Tolima totalmente desorientada, manejada por burgueses e intelectuales como Alfonso Cano, que le gustaba más la guerra en las ciudades que la defensa en el campo.

Toda esa situación de inconformismo en la guerrilla dentro del Tolima, me llevó a aceptar una propuesta para irme pa'l Caquetá, en 1980. En ese momento operaba el Estatuto de Seguridad del presidente Turbay y se perseguía militarmente a la oposición¹⁴⁰. Carlos Pizarro llegó como con ocho unidades, entre los que estaban uno llamado Pablo Beltrán al que le decían “Comandante Robert”

¹⁴⁰ Un mes después de iniciar su periodo presidencial en 1978, Julio César Turbay dictó un Estatuto de Seguridad en ejercicio del Artículo 121 de la Constitución Nacional, en aras de hacerle frente a la subversión de la época y al narcotráfico. Sin embargo, más allá de alcanzar el objetivo para el cual fue creado, el estatuto recibió muchas críticas por sus métodos que, en muchos casos, atentaban contra la integridad y violaban derechos humanos de civiles colombianos (Sistema Único de Información Normativa, 1978).

y otro llamado José Conrado Marín, “Comandante Cero” a hablar con Jacobo Arenas y Marulanda, quienes ya se habían internado en el monte. Pizarro en ese momento inició las guerrillas móviles del M-19, ubicadas en Belén de los Andaquíes, Albania y Morelia. Su objetivo también era ayudar a la guerrilla de las FARC-EP, porque él, en gran medida, también había sido guerrillero. Sus ideas eran justamente las de cambiar al pueblo colombiano, que el país cambiara para una mejor situación, a pesar de ser el hijo de un gran miembro del Estado, un militar. La idea más fuerte de Pizarro, en ese momento, era que también hubiera paz en Colombia¹⁴¹.

Su paso por la guerrilla en el Caquetá fue principalmente para prepararse, primero con las FARC-EP y luego con otra gente, para ampliar el movimiento militar nacional llamado M-19. Todo eso ocurrió mientras yo estaba en El Pato, en límites entre el Huila y Caquetá. El camarada Jacobo y el camarada Marulanda me dijeron, directamente, que yo me encargara de darle entrenamiento militar a la escuadra de Pizarro. Y sí, yo les impartí entrenamiento militar y ellos nos daban charlas políticas o, más que todo, de cultura, porque ellos tenían otra política. Como Jacobo era tan desconfiado, no les permitía adoctrinar a los demás. Yo le decía a Pizarro: “Bueno chino, a ver Pizarro, démele charlas a la gente del porqué existen los colores; por qué hay amarillo, rojo, azul; por qué hay brujas y toda esa vaina”. Entonces él nos hablaba, a mi escuadra y a mí sobre educación y cultura.

Años más tarde, Pizarro salió de las FARC-EP y se fue para el Cauca, para Toribío y Tacueyó, donde se organizó con el M-19 para buscar acercamientos de paz con el Gobierno¹⁴². En el Cauca nosotros ya

¹⁴¹ Para Vera Grabe, una de las grandes certezas del comandante Carlos Pizarro era su compromiso innegable por la paz de Colombia: “¿Volver a la guerra? ¿Seguir en su apuesta por la paz a pesar del incumplimiento de parte del gobierno y los partidos políticos? Había todos los argumentos que justificaban una decisión por parte del M-19 para volver a la guerra. No obstante, la decisión fue la de reafirmar su voluntad de paz. Carlos Pizarro hablaba de «un salto al vacío y sin red protectora»: seguir con el proceso de desmovilización y dejación de armas” (2010, p. 19).

¹⁴² “A partir de 1980, el M-19 abandonó el Cauca, para dedicarse a la «guerra del Caquetá»; de donde regresaría en 1983, para asentarse en el municipio de Corinto y adelantar desde allí conversaciones con el gobierno, que se prolongaron por casi dos años. Rotos los acuerdos con el gobierno, fue precisamente, en el norte del Cauca, donde el M-19 se reorganizó, a finales de 1985. En diciembre de ese año, en San Francisco, resguardo de Toribío, se realizó

estábamos posicionados, bien firmes, con el VI Frente. En ese entonces nos llegamos a cruzar varias veces, pero jamás tuve un enfrentamiento con él, ni con nadie de su escuadra, porque si él estaba en un movimiento guerrillero y estaba luchando por lo mismo, entonces nos entendíamos. De pronto la forma de lucha era un poco diferente, pero la ideología sobre tomar el poder o que el pueblo tomara el poder en bienestar de sí mismo, eran ideas en común.

En esas andanzas con la guerrilla por el sur de Colombia duré cerca de cuatro años. Hasta que, en marzo de 1984, fui amnistiado tras los acuerdos de La Uribe entre el camarada Jacobo, Tirofijo, Jaime Guaraca, Alfonso Cano, Raúl Reyes y el presidente Betancur. Sin embargo, yo no paré ahí. Después seguí siendo parte de la guerrilla con los focos de rebusque, una división de la guerrilla comunista que trabajaba con las organizaciones campesinas de base.

En ese momento mi trabajo ya no era con el fierro en mano, como antes, sino con la palabra y el liderazgo, llevando opiniones ideológicas a la gente. En esa amnistía también salió libre el comandante Braulio Herrera, que apenas tenía treinta y tres años. Me acuerdo que él, después de esos acuerdos y amnistías, nos llevó hasta Rio blanco y traía unos costalados pesados. Cuando los abrió nos empezó a repartir, a los trescientos guerrilleros que habíamos sido amnistiados junto con él en ese pelotón, billetes de cien pesos, que al final de cuentas nos lo gastamos tomando. El comandante Herrera se llevó para él solo un costal. Al otro día empezaba a trabajar en la política para ser candidato de la mano de la Unión Patriótica (UP)¹⁴³.

Pasaron los días y yo ya no hallaba qué hacer. El trabajo político era fácil, pero después de que me habían amnistiado yo decidí

la asamblea general de donde saldría el «batallón América» con participación de columnas de otras organizaciones y algunos militantes extranjeros que, a lo largo del año 1986, adelantaría la campaña «paso de vencedores», bajo el mando de Carlos Pizarro. Esta campaña lo llevó a atravesar el departamento del Cauca, para pasar al departamento del Valle y luego, regresar nuevamente al norte del Cauca. A comienzos de 1987 presentó desde el Cauca la «Propuesta de vida y paz para Colombia», con la cual iniciaría en la práctica un segundo acercamiento al gobierno que concluiría, en 1989, con la desmovilización del M-19 en la localidad de Santo Domingo, al norte del departamento» (Peñaranda, 2012, p. 173).

¹⁴³ “Comandante en tregua de las FARC-EP y miembro de la Coordinación Nacional de la Unión Patriótica es elegido representante a la Cámara por Cundinamarca para el periodo de 1986-1990” (CNMH, 2015, p. 85).

nuevamente volver a tomar las armas, uniéndome de nuevo a la guerrilla. En ese momento ya no me quedaba nada de la plata que nos había entregado el comandante Herrera. Entonces me puse a trabajar en lo que saliera, pero lo que pagaban no alcanzaba ni siquiera para la comida. Recuerdo que cogí un cuero crudo de res, lo echaba en agua para dejarlo ablandar y luego ponerlo a cocinar para poder comer. Como no había cultivos, ni siembras, ni siquiera sal, la gente empezó a mirar la manera de tomar las armas y volverse a organizar. Lo otro grave era que, aunque el Gobierno había dado vía libre para la creación de la UP, no protegió a la gente, dejando que los mataran uno a uno, como si fuera una cacería por parte de militares, policías, paramilitares y narcotraficantes.

Yo digo que el mismo Gobierno le pagó a esa otra gente, a paramilitares y militares, por cada guerrillero, campesino o indígena de la UP que entregaran o mataran, de esos que no se habían querido dejar dominar o que hacían política zurda. En el caso del Tolima, yo mismo vi que los paramilitares entregaban gente amarrada al Ejército: a la VI Brigada¹⁴⁴, al Batallón Patriotas¹⁴⁵, al Batallón Cai-cedo, al Batallón Pijao¹⁴⁶ y a veces hasta la misma Policía que tenía la herencia chulavita de los años cincuenta. Por cada persona que entregaban, los militares daban un billete.

.....
¹⁴⁴ “El Juzgado Décimo Penal del Circuito Especializado de Bogotá ordenó que se abriera una investigación para determinar la responsabilidad de los comandantes de la Sexta Brigada del Ejército y del Batallón Roke en la llamada masacre de Cajamarca, durante la cual fueron asesinados cuatro campesinos, en hechos ocurridos la primera semana de noviembre del 2003” (*El Espectador*, 2009).

¹⁴⁵ “En el Líbano, Tolima, tropas pertenecientes al Batallón Patriotas adscrito a la Brigada 6 del Ejército Nacional ejecutaron a los campesinos JABER JOSÉ ZAMBRANO y su hermano AMADO ZAMBRANO. De acuerdo a la fuente: «[...] presentados como guerrilleros ‘del grupo Bolcheviques’ de la UC-ELN muertos en combate. Según voceros de la comunidad, los labriegos eran dueños de una finca en la región»” (CINEP, 1993, p. 31).

¹⁴⁶ “En Ibagué, Tolima, tropas pertenecientes al Batallón de Contraguerrilla No. 6, Pijaos del Ejército Nacional, ejecutaron a SAÚL GÓMEZ de 24 años de edad. Los hechos ocurrieron en la finca de su padre, ubicada en las veredas China Alta y La Playa. De acuerdo a la fuente: «presentado como guerrillero del Frente Tulio Barón de las FARC (*sic*) muerto en combate. [...] hacia las 7 de la mañana, en el momento en que el labriego se disponía a ordeñar una vaca ‘unas 50 unidades del Ejército hicieron su aparición en la finca, apresándolo inmediatamente’ [...] después de cometer el crimen, un oficial del Ejército se acercó a una de las personas, diciéndole: lo matamos porque es un guerrillero»” (*ibid.*, p. 42).

A mí todo eso me empezó a dar vueltas en la cabeza, hasta que finalmente dije: “Yo no hago política, ni tampoco me voy a dejar matar pendejamente”. Por eso me salí finalmente de la lucha armada, porque además de no participar en esas cuestiones políticas y armadas, ya estaba viejo y había vivido las duras y las maduras, hace ya mucho.

Entonces decidí agarrar camino y me fui a trabajar, pegado de cuarenta y cinco excombatientes, a Chaparral. Me zampé entonces para los lados de Herrera, Rioblanco, Las Hermosas. En esa amnistía me había sacado un arma que le llamábamos carabina de la U por su forma, era una 38 especial de nueve tiros, lo único que me quedó después de la violencia.

Como llegué sin trabajo, junto a esos otros cuarenta y cinco excombatientes, nos pusimos a buscar qué comer en un barrio de Chaparral llamado Tuluní, al que le decían así por su cercanía con unas cuevas del mismo nombre. También fuimos por otro barrio que se llamaba Salomón Umaña, que quedaba cerquita a una pista de aviones. Como por ahí había unos palos de mango cargaditos, a mí me pareció fácil sacar la carabina y bajar varios pa repartir. Luego les dije: “Cojamos esos mangos cocinémoslos y comamos mango cocido”. Varios días ahí en Chaparral duramos comiendo mango cocido, hasta que ya en un punto se nos paró el ombligo de tanto jartar eso.

Un día los compañeros no aguantaron más y pelaron una gallina que se había pasado de los solares de otra vecindad. Ya había niños pequeños, mujeres, viejos, familias enteras de excombatientes que no aguantaban comer más mango. Ojalá hubiese habido trabajo, pero no había nada. Como no había nada en qué trabajar, la gente empezó a asaltar, a robar comida, carne, vacas, bueno se formó un vandalismo muy grande.

Así como sucedía en toda Colombia, donde los terratenientes eran dueños de la mitad de las buenas tierras, para el cultivo de campesinos¹⁴⁷, en los alrededores de Chaparral todas las tierras

¹⁴⁷ “En 1984 el 1,4 % de las propiedades colombianas eran latifundios que abarcaban el 46,35 % de las tierras agrícolas. Para 1996, ya el 1,08 % de las propiedades ocupaban el 53,8 % de las

eran de terratenientes, principalmente de los dueños del banco que no sabían cuánto ganado tenían. Entonces, junto con dos antiguos chusmeros, me organicé para dejar de robar gallinas y empezar a matar ganado de la señora Evita Castilla, la dueña del Banco de Colombia y muchas otras fincas cafeteras. Yo era el único que tenía un arma, la carabina, porque los demás chusmeros habían vendido las suyas para medio jartar. Entonces a eso de las siete de la noche, nos fuimos para un potrero y de un solo tiro maté una vaca, luego la tapé con hojas y llamé a los dos chusmeros. Llegamos a comernos como cinco vacas de esa señora, usando esa misma táctica.

Pero nosotros también hicimos una huerta donde teníamos sembrada ahuyama y yuca. Sin embargo, uno de esos hijueperras terratenientes llegó y nos metió cien reses a la huertica. Metió todo ese ganado y se jartaron todo lo que se había sembrado. Como ni sabía cuánto ganado tenía, nos le cogimos ochenta reses para negociarlas por ahí. Cuando fuimos a robarnos la vaca ochenta y uno se dio cuenta, y se formó un despelote que nos sacó corriendo. En esos andares me alcanzaron a coger los del Ejército. Me retuvieron primero en Chaparral, cogieron una mechera y me quemaron la cara. Otro soldado me pegó una puñalada en la pierna. La verdad pensé que ahí me iba a morir. Sin embargo, ellos me embarcaron derecho para la cárcel de Florencia (Caquetá).

Escapando de Florencia, regresando a Algeciras

Pero las vueltas que da la vida. No duré ni tres días preso, porque el 14 de marzo de 1984 el M-19 se metió en Florencia, liderado por Chalitas y Boris, y dejaron libres a todos los presos¹⁴⁸. Ese día

tierras. El coeficiente Gini de tierras subió en el mismo periodo de 0,839 a 0,88. Kalmanovitz y López (2007) añaden que la extensión del latifundio (propiedades de más de 200 hectáreas) se triplicó entre 1984 y el año 2000. La propiedad latifundista creció del 47,1 % al 68,3 %, a costa del pequeño y mediano campesinado. Al parecer, fueron las propiedades de más de 2 000 hectáreas las que más crecieron” (Zelik, 2015, p. 221).

¹⁴⁸ “El 14 de marzo de 1984 en Florencia, el Alcalde Álvaro Ortega Rojas se encontró con dos situaciones difíciles en la ciudad; a las 8:00 a.m. una protesta de zorreros en el parqueadero del edificio Curiplaya donde funcionaba la Alcaldía, trabajadores independientes que

hubo una balacera muy brava. Tiraban granadas, se escuchaba bala por todos lados. Eran como doscientos guerrilleros del M-19 que se camuflaban entre los soldados. Toda Florencia olía a pura mecha.

El capitán Pilonieta mandó soldados del Juanambú para la alcaldía, porque allá era donde se habían atrincherados los guerrilleros. Quién se iba a ponerle cuidado a los presos en ese momento, si la ciudad se incendiaba y los guerrilleros del M-19 se la tomaban. Entonces, en medio de todo ese ajeteo, aproveché y cogí camino para San Vicente del Caguán. De allá me fui a Algeciras, por el camino real¹⁴⁹.

Como ese día los expedientes se quemaron, yo no tuve realmente que preocuparme por nada. Muchos presos se entregaron voluntariamente, pero por puro miedo a que los fueran a matar. Otros tantos como yo, nos quedamos un buen rato apoyando a la gente del M-19, echando candela a cuanto policía y milico pasaba. Muchos presos murieron¹⁵⁰. A mi edad ya eso me valía. ¡Con tantos años encima de haber pasado por las duras y las maduras, de comer de la

.....
ejercían labores en la galería central. A las 9:30 a.m. un comando del M-19 encabezado por Marcos Chalitas, Gustavo Arias Londoño (alias Boris) y Amanda Rincón (alias Renata), entraron a Florencia, sembrando el caos y zozobra en la población. Un grupo se había ubicado en el Colegio La Salle y en los alrededores del Batallón Juanambú, disparando para que los soldados no salieran. Otro grupo se ubicó en la quebrada La Perdiz y en los alrededores de la Estación de Policía para mantener a los agentes encerrados; otros bajaron del Barrio Torasso, sacando a los presos de la Cárcel Municipal que quedaba contigua al Hospital María Inmaculada” (Oviedo, 2017).

¹⁴⁹ “Se trata de un camino real con más de 200 km de longitud a través del cual llegaron a San Vicente del Caguán los primeros colonos provenientes desde la población de Algeciras (Huila). También fue utilizado para transportar la quina y el caucho que se explotaron en el Caquetá a finales del siglo XIX. Por este camino entraron a San Vicente del Caguán cientos de bovinos procedentes de los llanos del Yará o del departamento del Huila” (Alcaldía de San Vicente del Caguán).

¹⁵⁰ “Luego hicimos dos intentos de entrar a Florencia y decidimos sorprenderlos una tercera vez el 14 de marzo de 1984. Fue un desafío, pues además de los 1.500 soldados —nosotros éramos 80 hombres— además de 500 policías, a unos 15 minutos se encuentra el batallón Liborio Mejía, con 3.500 hombres entrenados en contrainsurgencia. Nuestras bajas fueron siete. La mayor parte de las bajas fueron de la población civil, pues se enfureció el enemigo ante la actitud del pueblo. A pesar de que trataron de contenerlo, salió a las calles a abrazarnos, a darnos la mano, en medio de la balacera, eran marejadas humanas. Nosotros íbamos uniformados, para que el enemigo no disparara contra el pueblo, pero lo hizo. Los presos que sacamos de las cárceles combatieron contra el Ejército y la Policía y varios de ellos murieron heroicamente” (Arias, 1986, p. 1).

buenas entre montes, de no tener nada nunca, de ser perseguido por los tipos más malos, ya me quedaba solo morirme!

De Algeciras, desde que regresé en 1984, jamás me he vuelto a ir. Por ahí conseguí trabajo como aseador en la alcaldía, pero me retiré ese mismo año porque después de que mataron a un muchacho de la JUCO, llamado Dídimo Sánchez, le echaron candela a ese edificio. Con lo que medio alcancé a ganar, compre unas laticas, ajunté unas guaduas e hice una ranchita sencilla en la vereda Quebradón Sur, en la que aún sigo viviendo, por ahí de lo que salga.

Ya tengo más de ochenta años. Después de todo, eso que acabo de contar me terminó de agotar. Lo único adicional que le puedo decir, es que los estudiantes, indígenas, campesinos, medios de comunicación, todo el pueblo colombiano, incluyendo militares, Policía, Ejército, todo el mundo, debemos reflexionar y mirar, luchar, no dejar caer la búsqueda de la paz. Siempre será bueno buscarla, porque después de tantos años de guerra y violencia de nada nos ha servido. Para que eso funcione de verdad, el Gobierno tiene que cumplir y nosotros los ciudadanos también.

Siempre van a quedar algunos grupos por ahí disidentes, es una realidad de antes y es una realidad de ahora. Yo que también sufrí tanto en la guerra, desde pequeñito me tocó y ahora que hay nuevos tiempos, yo lo que pido es que todos cumplamos. Yo, por ejemplo, hago lo posible como ciudadano por contribuir al bien común. Yo he conversado también con algunos soldados del Ejército sobre hablar de paz. El pueblo sabe que este es un país rico, poderoso y nosotros no podemos seguir viviendo en guerra. Eso solo nos trae más problemas, más huérfanos, más odios, más muertos. El pueblo mismo debe luchar por la paz y la justicia. Nosotros tenemos que mirar la forma cómo se abren las posibilidades de que el pueblo siga adelante con la paz. Algunos dicen que no tienen tierra, pero tierra hay, solo toca repartirla entre los verdaderos campesinos que nunca la han tenido.

En mi memoria siempre ha habido guerras en Colombia desde 1946, año en que medio empecé a ver y entender las cosas: guerra con Laureano Gómez, guerra con Urdaneta, guerra con Rojas Pini-lla, guerra con el uno y con el otro ¿Y la paz? ¿Esa cuándo ha habido? ¡Nunca! Y eso es tan triste, en un país tan bueno y rico como

este, donde todo el mundo debería vivir bien. Creo firmemente en que existen posibilidades para poder entendernos mejor.

A estas alturas de la vida solo me quedan las memorias del pasado, ya me hice viejo y los recuerdos que no se consignan, se pierden con el paso del tiempo. Puedo decir que mi cuerpo está cansado, mi alma cada vez más liviana y mi tiro, aún tengo un fisto aquí guardado, ya no esta tan fino como antes. Lo que queda de mí ya son restos viejos, lo único que me queda hasta el día en que me muera, son los registros de viva voz de todos aquellos a quienes conocí desde que nací, en medio de la guerra, los hombres del camino y las mujeres del monte.

Si tuviera que decir algo para mi final, podría decir que nací, crecí y viví en los tiempos del capitán Richard, de Sensible, de Venganza, de El Diablo y de Tirofijo. Todos ellos familiares, amigos y compañeros de lucha revolucionaria. Diría que viví siendo el último sucre, que me moví en los tiempos donde se les hacía sonos, corridos y joropos a Pedro Brincos, Olimpo y Lister; que una semana me decían teniente y en la otra, por alguna guerra ganada, alcanzaba el rango de comandante sin tener siquiera dieciocho años; que la vejez me alcanzó mucho más rápido que las propias balas.

Diría muy tranquilamente que fui parido y criado en los tiempos de los fistos.



Última fotografía del último sucre

Fuente: Archivo fotográfico personal.

Epílogo, en memoria de los nuestros

Lo compilado aquí, ofrece un ejercicio descriptivo y profundo de las vidas campesinas durante el período histórico denominado La Violencia, aunque lejano en el tiempo, dolorosamente cercano a la cotidianidad de muchas familias en Colombia. Nos adentramos en las incógnitas de la idiosincrasia de sus actores rurales, buscando comprender mejor su experiencia. Desde el comienzo, este texto subvierte el punto de partida al que históricamente se ha asociado el origen de La Violencia en Colombia —el 9 de abril de 1948— y propone —gracias a las conversaciones en diversas temporalidades, a los encuentros con las personas que vivieron este momento y a los registros de archivo— una fecha bastante anterior: 1930, un año en medio de los procesos de colonización de muchas regiones del país y de las dinámicas migratorias interregionales —debido al impacto de la crisis económica global de 1929 y al surgimiento de cuadrillas bandoleras compuestas por hombres y mujeres herederos de la tradición bélica de la Guerra de los Mil Días (1899-1902)—. Esto marcó un punto de inflexión en la organización inicial de grupos insurgentes, algunos de los cuales permanecen activos y en proceso de paz hasta el día de hoy.

Situar esta fecha inicial propone, a su vez, hacer una búsqueda de registros sobre ese primer período organizativo de la vida a comienzos de siglo xx, desde los propios mundos rurales y mucho más allá del relato existente de este período, ubicado exclusivamente en las principales ciudades del país, para poner sobre la mesa la

imperiosa necesidad de encontrarnos como nación, también en las narrativas campesinas regionales —en este caso, conectadas a mi propia vida como hijo de una familia campesina, movilizándonos en el tiempo a lo largo de todo el sur del departamento del Tolima—.

Los fistos son los conectores de este relato; son los mejores artefactos, no solo en términos materiales, sino principalmente simbólicos, para establecer conexiones entre las historias de vida aquí relatadas. Los fistos tienen la capacidad de rememorar el pasado inmediato de estas personas, sus infancias familiares en medio de la espesura de los montes, sus miedos más profundos frente a la resistencia por sobrevivir ante la inclemencia de la guerra, su única compañía en medio de la orfandad y la soledad de las trochas, su herramienta básica para alimentarse, su propia temporalidad de vida recogida en el desgaste de sus empuñaduras, su cañón y tiro.

Pero los fistos también entretejen, en sus páginas, la vida de hombres y mujeres anonimizados por La Violencia y tan solo reconocidos entre alias, apodos o seudónimos como Pescuezo, Renco, Tres espadas, La Aviadora, Saltarín, Mundo Viejo, Paludismo, Media Vida y un sinfín de nombres más. Estos invitan a la reflexión sobre su existencia, sus orígenes y destinos, sobre sus historias desaparecidas, para comprender un universo insurgente y campesino mucho más grande en la historia colombiana, lleno de entresijos y detalles que merecen toda la indagación necesaria, para comprenderlas desde el mundo regional.

Las historias de este libro también son registros mnemotécnicos sobre nuestros antepasados, sobre sus vidas familiares y su cotidianidad, presentes en los paisajes, cuerpos y familias que aún perviven en múltiples territorios. Son historias, en plural, porque cada uno de los tres relatos aquí descritos contiene la vida de muchas otras historias escuchadas que pidieron ser anónimas, en aras de protegerse debido a su pasado y para no visibilizarse ante sus comunidades. Otros compartieron sus historias para tratar de no olvidar lo vivido. A lo largo de varios años, el archivo se engrosó con grabaciones, fotografías y diarios de campo, gracias —principalmente— a mi cercanía y familiaridad con sus vidas, a los rejuntes entre fiestas municipales con familiares, a las visitas a sus casas

en montañas lejanas, mientras se compartía un pan o una tarde de guarapo. También, gracias al recibimiento en su vejez —la época más calmada de sus vidas—, al compartir entre sus soledades —las personales y las colectivas—, por la palabra intercambiada y por escucharles; en sus propias voces: “nadie nos escucha, a pesar de que aún haya mucho por contar”.

Así las cosas, este libro es el vehículo para volver a sus vidas pasadas, a sus territorios y encuentros desde un presente narrativo que inmortaliza a algunos que incluso ya han desaparecido.

“Memorias de un campesino rebelde” nos sitúa en la narración de un período de vida de un campesino alzado en armas en su natal Natagaima desde 1931 hasta 1969, año en el que finalmente regresó a sus cultivos, después de un ciclo de largas andanzas por todo el Tolima. Su historia, atravesada por muchas otras voces insurgentes, tanto de hombres como de mujeres alzados en armas, está plasmada en varios tiempos y tanto él como yo nos hicimos mayores. Esta situación fue considerablemente más compleja en su caso, porque la vejez lo fue atravesando como un rayo fulminante: primero, despojándolo de su oído, después de su voz y finalmente, de su vida. Su casa, hoy vacía, también fue su coraza de historias, su búnker de resistencias campesinas y el espacio más íntimo donde habitaba también su memoria. Para él, estas memorias son también las de sus antepasados fisteros, las de su territorio natagaimuno.

No todo el relato sobre la vida de campesinos en estas tierras estuvo situado desde el lente insurgente. Prueba de esto lo constituye “Odisea de un liberal en La Violencia”, un relato de un joven campesino del Tolima Grande entre 1936 y 1960, cuyos tránsitos de vida —en función de su fidelidad al Partido Liberal, junto a su papá— lo llevaron a andar tanto entre filas insurgentes, como en el mundo policial de su época. Su valioso aporte a la comprensión histórica de este período pasa por el hecho de brindar al lector una inusitada descripción, en detalle, del *habitus* policial de la época, cargado de símbolos, desavenencias con la institución y dolorosas batallas por la dignidad del hombre en medio de la violencia entre contrarios. Este liberal que, para volver al seno de su hogar —como en *La Odisea*—, tuvo que sortear un sinnúmero de situaciones, unas menos gratas que otras.

Después de muchas conversaciones, en distintos parajes veredales de Planadas, desapareció a sus ochenta y ocho años, dejando atrás aquellos inquilinatos clandestinos que habitaba por temporadas y legando sus apuntes sobre aquello que había vivido.

Si vive o ha muerto aún es una incógnita, un campo intermedio donde habita la especulación. Sin embargo, solo pienso en que, quizá, aún existe para él un tramo final que recorrer, en esa odisea que fue su vida, para volver a casa; un último tramo que le depare un reencuentro posible con lo dejado atrás, con su parcela, aquella llena de hombres y mujeres liberales de antaño que quizás lo esperan aún para volver a verse, a vivir, para no estar abandonados, ni a la deriva.

Finalmente, no todos los protagonistas de estos relatos desaparecieron o murieron. Aún quedan en pie los últimos, aunque hayan sido los primeros. Hablo puntualmente de “El último sucre”, el relato de un insurgente huilense desde su nacimiento en 1940, hasta nuestros días, quien tras los Acuerdos de Paz en La Habana entre las antiguas FARC-EP y el Gobierno Nacional, volvió al ruedo cotidiano para contar su vida. Él, heredero de la tradición antigua insurgente de los sucres —o niños cobijados en el seno de algún gran rebelde— es el último de su especie, tras la muerte de Jaime Guarraca en 2020, en La Habana (Cuba). Fistero, viejo y rebelde, sigue habitando, a sus ochenta y cuatro años, cada uno de los rincones, veredas y caminos reales por los que transitó de niño, joven y viejo haciendo política, alzando sus armas o caminando de comisión, mientras perseguían conservadores o a ellos los cazaban chulavitas. Su memoria, aún intacta, tiene mucho más por contar, en aras de reconstruir aquella historia mínima rural, la anulada cotidianamente por las operaciones narrativas tradicionales en las que, de ninguna manera, se mencionan todos aquellos relatos campesinos que hablan de lo cotidiano: qué se comía, cómo se jugaba, cómo se vivía; su idiosincrasia en medio de la llamada Violencia.

A todos estos hombres y mujeres presentes en este libro, con voces infantiles, quiebres adolescentes y autoridades adultas, solo me resta expresar la mayor admiración posible por abrirse a este servidor en medio de la última etapa de vida y volver a los

orígenes, individuales y colectivos. Ojalá estos aportes no queden solo instalados en los registros históricos, sino que sean parte de la memoria del presente, para que muchas otras voces de estos y otros períodos —voces desconocidas y anonimizadas— puedan hablar por sí mismas.

Son estos relatos, estas vidas contadas, estos caminos transitados los que condensan el espíritu de este libro; una narración que no pretende instalarse a modo de manual en las tradiciones literarias de la denominada escuela de la violentología en Colombia, sino que, por el contrario, busca contar otra historia de La Violencia en el país, desde la cotidianidad de vidas campesinas que también sufrieron en medio de los terribles acontecimientos de su propio entorno. Una narración donde las palabras sean de fácil acceso para quienes se acerquen al relato.

La paz es un imperativo en nuestros tiempos, una responsabilidad ineludible que, colectivamente, debemos alcanzar. Pero esta búsqueda no es reciente, ni mucho menos puede ser solo entendida en los escenarios contemporáneos de desmovilización, pacificación y reincorporación. Hay que tirar la cuerda para atrás y desvelar que hombres y mujeres en el pasado inmediato y mucho más atrás, también buscaron la paz de formas diversas, con estrategias distintas, queriendo encontrar un mejor vivir, libres de los cercos de la muerte y del dolor.

En este sentido, *Los Fistos* apunta a ubicar el relato de paz desde las tensiones cotidianas de nuestros antepasados campesinos, desde el impacto que sobre sus vidas cotidianas tuvo La Violencia. También desde la Paz en mayúsculas y la paz incumplida, desde el tránsito actual entre la insurgencia y la institucionalidad; en últimas, desde la supervivencia que permite contar, describir y relatar lo que todos aquellos, que también estuvieron allí, no pudieron alcanzar.

Este camino de la paz solo tendrá sentido para nuestra propia historia, la presente, si labramos el debido recorrido por los caminos de nuestra memoria nacional, aquella habitada en la ruralidad, con todo su universo histórico aún por descubrir. Esta historia de los años treinta, cuarenta, cincuenta y sesenta está narrada desde otras posibilidades y alrededor del mundo campesino: los relatos

de cocina, de la siembra, de las armas hechizas, de los juegos infantiles de entreguerras, de las mujeres alzadas en armas, de comunidades de colores partidistas, de las visiones sobre la ciudad que se conciben desde el campo, de la milicia; de la niñez adulta, de la sexualidad, del deseo, de los fanatismos políticos, del monte maltrecho, de los mitos, de la clandestinidad, de los sures, de la pobreza, del calzado y la vestimenta, de la educación del hambre, de los hijos, padres y madres fragmentados y también unidos.

Como un aporte a esta nueva narrativa, *Los Fistos* aparece como un capítulo necesario para reconocernos en la memoria, aquella que es colectiva y habitada por infinidad de relatos e historias de todos aquellos que nos definen, también, desde el mundo rural: familia, amigos, vecinos, antepasados... en fin, para reconocernos todos juntos en un mismo colectivo, en una misma cotidianidad, en la memoria de los nuestros.



Nelly, David y Óscar: familia Cardozo. Vereda Balsillas,
municipio de Natagaima

Fuente: Archivo fotográfico personal.

Glosario

Abrazada: cuero fuertemente unido, trincado. Usualmente utilizado en látigos del mismo material llamados perreros.

Alpargata: calzado de origen colonial, elaborado usualmente en algodón, lona o fique. Su uso es, indudablemente, parte esencial en la indumentaria campesina colombiana.

Balso: también conocido como guano. Es un tipo de árbol grande, que puede llegar a medir hasta treinta metros de altura. Sus hojas son usadas en actividades tan dispares como la minería y las curaciones.

Bambuco: ritmo típico colombiano de origen colonial, mayormente escuchado en la región andina. Su baile característico, asociado a la región del Huila y el Tolima, es el sanjuanero.

Bandoleros: conocidos también como chusmeros. Eran grupos integrados por campesinos, exguerrilleros, expolicías y exmilitares liberales o conservadores, armados autónomamente.

Bahareque: material de construcción indígena y campesino, en el que se usan guaduas como soporte y barro mezclado con estiércol de vaca y pajilla como relleno o mezcla de base.

Bogotazo: suceso histórico colombiano de gran envergadura, ocurrido el 9 de abril de 1948 en la ciudad de Bogotá, tras el asesinato del máximo líder liberal, Jorge Eliécer Gaitán.

Borugo: conocido también como guagua. Es un roedor de color que va del negro al castaño, con manchas blancas y vientre color crema. Su consumo se da mayormente en el campo.

Cachiporro: palabra usada para referirse a los militantes liberales en el período de La Violencia en Colombia. Se mostraban como demonios con cachos.

Cafuche: cerdo de monte con uñas alargadas y pelaje espeso, cuya carne era mayormente apetecida en el campo para ser guisada o sudada en una olla.

Calabazo: recipiente hecho del fruto seco de la calabaza, utilizado en el mundo rural para almacenar y cargar agua entre largas distancias.

Cambambear: Andar de un lado para otro sin oficio, ni vocación.

Canarios: cuadrilla de guerrilleros liberales liderados por Ernesto Caleño, alias “Canario”, que operaba en la región de El Davis. Su objetivo principal era capturar a Tirofijo.

Carabinas: armas de poco impacto en combate, usadas inicialmente por la policía rural en el período de La Violencia en Colombia. Posteriormente su uso se asoció a los campesinos.

Cocha: depósito de panela líquida, sumamente caliente, donde pueden caber hasta doscientas libras de panela hirviendo.

Cola de pato: madera cortada en sus extremos en forma de trapecio. Usada generalmente como ensanche o ensamble en casas campesinas, para ofrecer mayor calor.

Collarejos: término usado para referirse a los adeptos al Partido Liberal en Cundinamarca y Santander.

Comunes: guerrilleros ideológicamente adscritos al Partido Comunista, liderados por Jacobo Prías Alape, alias “Charro Negro”. Enemigos acérrimos de los denominados limpios.

Concertado: contrato en el cual la persona —o concertado— recibe techo, alimentación y ropa, a cambio de su fuerza de trabajo para quien lo dota de auxilio.

Corte franela: conocido también como corte de corbata, era un asesinato propio de los chulavitas. Consistía en abrir la garganta y por allí sacar la lengua de la víctima.

Cristo campesino: método de tortura propia de los chulavitas. Consistía en amarrar a la víctima con los brazos hacia atrás, mientras violaban a su esposa, y luego lo remataban con un tiro de gracia.

Chanchón: expresión usada en el mundo rural para referirse a la indumentaria o sotana usada por los curas en Colombia, en plena mitad de los años cincuenta.

Chiva: vehículo tipo bus, típico de las zonas rurales de Colombia, usado para transportar personas, animales y alimentos en grandes cantidades.

Chopos: expresión usada coloquialmente para referirse a las armas largas y cortas usadas en el mundo rural o guerrillero en Colombia.

Chulavitas: grupos organizados por la Policía de Laureano Gómez, compuestos por adeptos conservadores reclutados en pueblos de Boyacá, para atacar a liberales y gaitanistas.

Chulavos: Ciudadanos que servían de chulavitas baquianos o guías.

Chulos: a diferencia de los chulavitas, estos eran grupos paramilitares adoctrinados y entrenados militarmente por el Ejército, con el objetivo de atacar a liberales.

Chumba: parte comestible de un tubérculo de mala calidad.

Chusma: campesinos armados autónomamente, de filiación liberal y conservadora, que oficiaron como autodefensas campesinas o bandoleros en el período de La Violencia.

Chusmar: acción popular de insurrección campesina tomando actitudes de sublevación y rebeldía.

Enchuspado: arma blanca, por lo general asociada a machetes o peinillas largas, cuyo mango está envuelto en muchas tiras de caucho y trapo.

Escopeta de cápsula: arma propia del mundo rural con calibre de 16 mm. Utilizada originalmente para cazar animales pequeños y luego en los escenarios de autodefensa.

Estilla: pedazo de madera que queda tras el corte de un árbol, que se usa para fabricar determinados objetos. (Usualmente la estilla se usa para erguir casas en el campo).

Fiambre: almuerzo clásico del campo colombiano, común entre jornadas de trabajo. Usualmente contiene carne molida, papa con guiso, tajadas de plátano, huevo, arroz y cuero.

Fierro: término coloquial usado para referirse a cualquier tipo de arma de fuego en tenencia de un particular. Su popularidad adquirió más fuerza en la Medellín de los años noventa.

Fistazo: acción de atacar al enemigo contrario con el uso exclusivo de fistos o armas hechizas, que producen bajas o heridas por disparos de estas armas de bajo alcance.

Fisto: escopeta artesanal o hechiza, propia de zonas rurales de Colombia, usada por campesinos en la caza de animales y, posteriormente, como defensa contra actores armados.

Godó: término usado por los liberales para referirse a los conservadores en el período de guerra bipartidista en Colombia. Su origen viene desde la Independencia.

Guachapear: cortar maleza o rastrojo bajito, de manera incompleta y ligera.

Guambi: expresión corta para referirse al guámbito o niño, en regiones rurales del Tolima y el Huila, al sur de Colombia.

Guarapo: bebida típica colombiana, elaborada a base de miel de caña o panela fermentada o sin fermentar, ideal para calmar la sed en climas cálidos. Se almacena en tinajas.

Güipa: expresión utilizada para referirse a niños pequeños en departamentos como Huila y Tolima.

Joco: vasija de plástico para almacenar o recoger líquidos.

Jondear: lanzar un objeto con las manos, a gran velocidad.

Jornal: cantidad de dinero que gana un trabajador por un día de trabajo. Usualmente está asociado al mundo rural, pues, se trabaja según la cosecha o el oficio del día a día.

Limpíos: término usado para referirse a los liberales gaitanistas, organizados en el sur del Tolima contra la violencia conservadora y la policía chulavita.

Lincoln: tipo de rifle conocido también como Henry. Arma de repetición, recargable, fabricada entre 1860 y 1865 en Estados Unidos, durante la Guerra de Secesión.

Línea roja: estrategia de formación ideológica, basada en los postulados de un marxismo orientado a campesinos alzados en armas en Colombia, durante la violencia bipartidista.

Mandaderito: niño a cargo de un guerrillero antiguo que recibía las tareas de hacerle mandados, servirle la comida y prepararle la rancho.

Marranada: celebración usual entre las fiestas de San Pedro en el Huila y el Tolima, que involucra, a su vez, un gran número de consumo de cerdos.

Matacuras: término usado en la Costa Atlántica para referirse a los liberales. Su origen proviene del supuesto ateísmo, asignado a los liberales por parte de los conservadores.

Mexicano: conocido también como el Máuser. Fue el fusil oficial del Ejército mexicano en plena revolución. Su uso era de palanca y poseía un calibre de 7 mm.

Miliciano: rango antes convertirse propiamente en guerrillero. Su edad iba desde los quince hasta los dieciocho, pero en la guerra bipartidista, el miliciano ingresaba desde los trece hasta los quince.

Música molida: originaria de Cuba, este tipo de música se caracterizaba por ser ampliamenteailable y popular, así como también incluir un órgano entre sus instrumentos.

Nueveabrileros: término usado por las fuerzas conservadoras y de derecha, para señalar a todos aquellos liberales partícipes de los desmanes ocurridos el 9 de abril de 1948.

Pajarada: avanzada de un número grande de bandoleros organizados, de origen conservador. También se refiere a pájaros sobre un pueblo o territorio específico.

Pájaros: cuadrillas organizadas de bandoleros campesinos con filiación conservadora, conocidos principalmente por ejecutar de manera rápida y precisa asesinatos selectivos.

Palmicha: también conocida como palma de plata. Tipo de palma que puede llegar a crecer hasta diez metros. Sus hojas son usadas mayormente para el techado de casas rurales.

Patiamarillos: expresión usada para referirse a aquellos conservadores que no profesaban propiamente un odio irascible contra los liberales.

Perrero: conocido también como zurriago. Látigo compuesto por una vara de madera seca —por lo general de un palo de guayaibo— y una extensión de cuero templado.

Pite: pedazo o trozo de algo.

Policía rural: división de la Policía creada por Laureano Gómez en 1950 y cuyas funciones armadas contra liberales campesinos fueron de gran rechazo popular, por ser represivas.

Popoche: también conocido como cachaco o tres filos. Variedad de plátano, propia de las regiones del Tolima y el Huila. Su consumo es parte esencial de la nutrición campesina.

Púchica: abreviación expresiva de la palabra juepúchica, que denota sorpresa, admiración, rabia o susto, sin que se conviertan en algún tipo de grosería.

Puestiar: acechar o prestar mucha atención a un objetivo específico.

Rajaleña: género musical propio de los departamentos de Huila y el Tolima. Sumamente coplero, picaresco y bambuquero, es la clave popular en festividades campesinas.

Ranchero: persona encargada de cocinar y velar por la alimentación de la tropa al interior de escuadras guerrilleras.

Rascacula: persona que incomoda usualmente al Gobierno, haciendo exigencias. Su origen proviene de las pequeñas hormigas llamadas rascaculas, altamente voraces y molestas.

Regodear: actitud intencionalmente grosera que demuestra gozo ante algo, siendo perjudicial para otros.

Rozar: trabajo campesino que consiste en cortar tanto la maleza como el crecimiento de plantas en un área específica, hasta obtener la visibilidad uniforme a través de las raíces.

Sangría fina: asesinatos múltiples, perpetrados por matones conocidos como pájaros en contra de intelectuales adscritos al Partido Liberal.

Suasar: poner sobre la parrilla o el fogón un alimento para dorar.

Sucres: niños entre los siete y trece años que no empuñaban arma alguna, sino que oficiaban como ayudantes o mandaderos de algunos jefes guerrilleros antiguos, a cambio de techo y comida.

Tombo: expresión de carácter despectivo usada para referirse a los policías. Se deriva de la unión de las palabras tonto y bobo, miradas que se tienen en torno a quienes ejercen la ley.

Tuseto: persona que es totalmente peluqueada hasta quedar calva. Proviene de la imagen de la tusa de maíz cuando está totalmente desgranada.

Vergajo: expresión usada para referirse a niños usualmente rebeldes, cansones y poco juiciosos. Su uso está más asociado a la sabana cundiboyacense de Colombia.

Vitrola: aparato de reproducción automática de vinilos. Antiguamente se usaba depositando de monedas.

Voltiados: antiguos copartidarios de adscripción política liberal o conservadora, que se cambiaban de bando. Se les asociaba con la traición, cuya pena era ser cazados.

Zurumba: bebida típica huilense a base de panela. Se consume fría o caliente, según la ocasión, y es el remate después de una comida.

Índice de imágenes

Labores de drenaje para el control del paludismo en Neiva	34
Veinticinco pistolas y treinta puñaleas decomisadas durante el período de La Violencia	36
Recorte de prensa del primer periódico liberal de Cali, <i>El Relator</i> , sobre la masacre de la Casa Liberal en Cali	50
Niño campesino tolimense trabajando en el transporte de agua por burros	63
Control municipal de los focos de violencia en el Tolima, entre 1948 y 1953	68
Hernando López, un campesino rebelde (Q.E.P.D.)	72
Hernando Romero (parte superior), hermano gemelo de alias “Tony” con su tradicional chaleco y sombrero fino.	90
Imagen propagandística en la cual se aprecia la figura del general Gustavo Rojas Pinilla sobre el pecho de Jesús de Nazareth.	100
Alfonso Mora, campesino liberal tolimense	115
Pareja de niños pasando frente a una casa (1965)	121
Notas del último sucre al recordar los asesinados en la Masacre de Peñas Blancas (Huila), en noviembre de 1962, a manos de una cuadrilla de pájaros	136
Retrato de alias “El Diablo”	140

Última fotografía del último sucre	152
Nelly, David y Óscar: familia Cardozo. Vereda Balsillas, municipio de Natagaima	159

Referencias

- Acuña, Olga. (2014). “Bandolerismo político en Boyacá (Colombia), 1930-1953”. *Revista Virajes*, 16 (2), pp. 229-253.
- Aguilera Peña, Mario. (1999). “Caída de Rojas Pinilla: 10 de mayo de 1957”. *Revista Credencial Historia*, 117, s/p.
- Alape, Arturo. (1989). *La paz, la violencia: Testigos de excepción*. Planeta.
- _____. (1989). *Las vidas de Pedro Antonio Marín. Manuel Marulanda Vélez, Tirofijo*. Planeta.
- Alcaldía de San Vicente del Caguán. (2025). Camino real San Vicente – Algeciras. Disponible en:
<https://sanvicentedelcaguan-alcaldia.gov.co/Ciudadanos/PortaldeNinos/Enterate/Paginas/Sitios-de-interes.aspx>
- Álvarez, Blanca. (2013). *El caso de Guadalupe Salcedo y las guerrillas del Llano entre 1949-1957 como una respuesta a la violencia bipartidista colombiana*. Universidad del Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario.
- Álvarez Gardeazábal, Gustavo. (1971). *Cóndores no entierran todos los días*. Editorial Destino.
- Álvarez, Miguel y Aguirre, Julián. (2002). *Guerreros sin sombra: niños, niñas y jóvenes vinculados al conflicto armado*. Procuraduría General de la Nación e ICBF, ARFO Editores e Impresores.
- Aprile- Gniset, Jacques. (1991). *La crónica de Villarrica*. Instituto latinoamericano de servicios legales afirmativos.
- Arango, Carlos. (1984). *FARC, veinte años de Marquetalia a la Uribe*. Ediciones Aurora.
- _____. (1986). *Jaime Guaraca: un comandante guerrillero ante los tribunales*. Ecoe.
- Arango, Jaime Horacio. (11 de junio de 2024). “70 programas inolvidables de la TV nacional”. *El Colombiano*.
- Arce, Viviana. (Cardona, Alexandra). (2021). *Día del estudiante caído*. [Serie documental]. Señal Memoria-RTVC.

- Archila, Mauricio. (1997). “El frente nacional: una historia de enemistad social”. *Anuario Colombiano de historia social y de la cultura*, (24), pp. 189-215.
- Archivo Central e Histórico de la Universidad Nacional de Colombia. (20 de septiembre de 1950). “Título de acciones populares de Jornada, 1948”. *Fondo Académico Jorge Eliécer Gaitán*, Bogotá, Colombia.
- Archivo del programa radial Tolima Grande. (19 de junio de 1954). *El presidente Gustavo Rojas Pinilla en visita al Tolima prometió construir el anhelado puente sobre el río Magdalena a la altura de Purificación. Presentación del novelista Eduardo Santa*. [Guion del programa radial Tolima Grande]. Biblioteca Luis Ángel Arango (Sala de libros raros y manuscritos, MSS 1953, 338, 10 folios), Bogotá, Colombia.
- Archivo General de la Nación (1934). Caminos: Zona Florencia, agosto-mayo. Sección República, Ministerio de Obras Públicas (MINISTERIO-OBRAS-PUBL:SR.65,52), Bogotá, Colombia.
- . (1958). Decretos y resoluciones administrativas y presupuestales de la Intendencia del Meta. Archivos oficiales, Ministerio de Gobierno (CO. AGN.AO/100.MGOB[2]-4//20.5.1), Bogotá, Colombia.
- Arciniegas, Juan. (2020). *Memorias locales en Quinchía, Risaralda: Territorio, violencia y resistencia*. [Tesis para optar por el título en Sociología]. Universidad Javeriana de Bogotá.
- Arévalo, Deisy. (27 de enero de 2019). “‘Viotá la roja’: la revolución agraria que la guerra apagó”. *El Espectador*.
- Arocha, Jaime y Sánchez, Gonzalo. (Coord.). (1987). *Colombia: violencia y democracia*. Universidad Nacional de Colombia.
- Ayala, César. (1996). *Resistencia y oposición al establecimiento del Frente Nacional; los orígenes de la Alianza Nacional Popular, ANAPO. Colombia 1953-1964*. Colciencias.
- . (Marzo del 2000). “Gustavo Rojas Pinilla, 100 años 1900-1975”. *Revista Credencial Historia*, 123, pp. 12-15.
- Beltrán, Miguel. (2019). “La dictadura de Rojas Pinilla (1953-1957) en la construcción del enemigo interno en Colombia: el caso de los estudiantes y campesinos”. *Revista Universitaria de Historia Militar*, 8 (17), pp. 20-47.
- Bonilla, Lubín. (1988). *La historia del Comandante Lubín Bonilla*. Ediciones Legia.
- Braun, Herbert. (1987). *Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia*. Universidad Nacional de Colombia.
- Caballero Calderón, Lucas. (2014). *Klim ciento por ciento*. Debate.
- Caballero, Antonio. (2014). *Historia de Colombia y sus oligarquías (1498-2017)*. Biblioteca Nacional de Colombia.

- Calderón, Pablo. (1998). “Contribuciones al cancionero infame de Colombia”. *A Contratiempo - Revista de música en la cultura*, (10), pp. 23-35.
- Cantor, Luisa; Felacio, Laura y Arias, Rosario. (2018). “Colección Juan de la Cruz Varela y la provincia del Sumapaz”. *Revista Memoria*, (18), pp. 89-110.
- Cardozo, Óscar. (2020). “Élites familiares y poder hacendatario en el Norte del Cauca: El caso Portejadeño”. *Revista Memoria*, (21), pp. 45-58.
- Cartagena, Catalina. (2016). “Los estudios de la violencia en Colombia antes de la violentología”. *Diálogos Revista Electrónica de Historia*, (17), pp. 63-88. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=43942944004>
- Centro de investigación y educación popular / Programa para la paz (CINEP/PPP). (2011). *Caso No. 0063. Colombia, deuda con la humanidad 2: 23 años de falsos positivos (1988- 2011)*, Bogotá, Colombia. Disponible en: https://www.nocheyniebla.org/wp-content/uploads/u1/casotipo/deuda2/DEUDA2_web.pdf
- . *Caso No. 0100. Colombia, deuda con la humanidad 2: 23 años de falsos positivos (1988- 2011)*. Bogotá, Colombia. Disponible en: https://www.nocheyniebla.org/wp-content/uploads/u1/casotipo/deuda2/DEUDA2_web.pdf
- . *Caso No. 0153. Colombia, deuda con la humanidad 2: 23 años de falsos positivos (1988- 2011)*. Bogotá, Colombia. Disponible en: https://www.nocheyniebla.org/wp-content/uploads/u1/casotipo/deuda2/DEUDA2_web.pdf
- Centro de Memoria, Paz y Reconciliación. (2015). *Unión Patriótica: Imágenes de un sueño*. Disponible en: <http://centromemoria.gov.co/wp-content/uploads/2020/05/Libro-UP-Imagenes-de-un-Sueno%CC%83o.pdf>
- Cepeda, Manuel. (31 de julio de 1986). “La muerte de Boris”. *Semanario Voz*.
- Cerón, Diego. (2021). *La Diócesis de Garzón durante la Violencia en el Huila (1946-1964)*. [Tesis para optar al título como Magíster en Historia]. Universidad Nacional de Colombia.
- CHCV. (2015). *Comisión Histórica del conflicto y sus víctimas. Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia*. Disponible en: <https://bapp.com.co/archivos/1.03.1026.pdf>
- Chato, Pilar. (29 de septiembre de 2016). “De los Chulavitas a los GAO”. *Colombia Plural*.
- CNMH. (2013). *¡Basta Ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Disponible en: <https://centrodememoriahistorica.gov.co/wp-content/uploads/2021/12/1.-Basta-ya-2021-baja.pdf>

- _____. (2014). *Guerrilla y Población Civil. Trayectoria de las FARC 1949-2013*. Disponible en: <https://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2013/farc/guerrilla-poblacion-civil.pdf>
- _____. (2016). *Tierras y conflictos rurales. Historia, políticas agrarias y protagonistas*. Disponible en: <https://centrodememoriahistorica.gov.co/wp-content/uploads/2020/01/tierras-y-conflictos-rurales.pdf>
- Comisión de la verdad. (2022a). “Colombia adentro: Relatos territoriales sobre el conflicto armado. Eje Cafetero”. *Hay futuro si hay verdad: Informe final*. Disponible en: https://www.comisiondelaverdad.co/sites/default/files/2022-08/CEV_TERRITORIAL_EJECAFETRO_DIGITAL_2022.pdf
- _____. (2022b). *No matarás. Relato histórico del conflicto armado interno en Colombia*. Disponible en: <https://www.comisiondelaverdad.co/no-mataras>
- Constaín, Juan Esteban. (1 de octubre de 2016). “Así fue el primer plebiscito votado en el país”. *El Tiempo*.
- Contreras, Jaime. (2018). *FARC-EP. Insurgencia, terrorismo y narcotráfico en Colombia. Memoria y discurso*. Dykinson.
- Correa, Hernando. (2014). *Farc 50 años*. Universidad Sergio Arboleda.
- Decreto 2388 de Julio 15 de 1948, Por el cual se intensifica la enseñanza de la historia patria y se dictan otras disposiciones. D. núm. 26779.
- Delgado Madroñero, Johnny. (2011). *El bandolerismo en el Valle del Cauca 1946-1966*. Secretaria de cultura y gobernación del Valle del Cauca.
- Díaz, Carlos. (2003). *Raíces y frutos de la música llanera en Casanare*. Gobernación del Casanare.
- Díaz Jaramillo, José. (2017). “Los brincos que da la vida: La trayectoria armada de Roberto González Prieto 1948-1963”. *Revista Virajes*, 19 (1), pp. 81-105.
- Díaz, Isabel. (2018). *La Violencia en Colombia: Reconstrucción y análisis visual de la Colección fotográfica del libro de Germán Guzmán Campos*. [Trabajo de grado para optar al título de Magister en Estética e Historia del Arte]. Universidad Jorge Tadeo Lozano.
- Ducura Manrique, Alberto. (2011). “Raíces de la agroindustria en el Huila. El arroz, pionero de un incipiente desarrollo industrial (1930-1990)”. *Historia del Caribe*, 6 (18), pp. 165-185.
- Echandía, Darío. (8 de noviembre de 1949). “El liberalismo no irá a elecciones”. *El Tiempo*.
- “El discurso de Álvaro Gómez”. (1 de noviembre de 1961). La Nueva Prensa.
- Fajardo, Darío. (1979). *Violencia y Desarrollo. Transformaciones sociales en tres regiones cafeteras del Tolima: 1936-1970*. Fondo Editorial Suramérica.
- Fajardo, Darío. (1985). *La violencia 1946-1964, su desarrollo y su impacto. Once ensayos sobre la violencia en Bogotá*. CEREC.

- Ferrocarril del Tolima - Huila (1893-1937). *Imagen del Ferrocarril en la Numismática Colombiana Archivo del Banco de la República*. [Imagen]. Biblioteca Luis Ángel Arango. Bogotá, Colombia.
- Ferry, Stephen; Mantilla, Tomás y Vieira, Constanza. (2022). *La Época: Reportajes de una historia vetada. ¡Villarrica en guerra!* Icono.
- Gaitán, Clara. (2016). *Los rojos y los azules. La violencia de la polarización bipartidista. Pacho (1930-1956)*. [Tesis de grado para optar al título de Magíster en Estudios Sociales]. Universidad del Rosario.
- Galvis, Silvia y Donadío, Alberto. (1988). *El jefe supremo. Rojas pinilla en la violencia y el poder*. Editorial Planeta.
- García de Moncada, Doris. (2007). "La arquitectura y el poder en Bogotá durante el gobierno del general Gustavo Rojas Pinilla, 1953-1957". *Revista de Arquitectura*, 9, pp. 18-25.
- Giraldo Macías, Irma. (2020). *Casabianca-Tolima, Un pueblo singular en la historia de la colonización antioqueña del Norte del Tolima (1866-1966)*. [Tesis presentada para optar por el título de Magíster en Historia]. Universidad Nacional de Colombia.
- Gobernación del Valle del Cauca. Secretaría de Gobierno. (11 de septiembre de 1946). *Carta de la Gobernación del Valle a la Alcaldía municipal de Pradera*. [Carta]. Archivo de la Gobernación del Valle (AGV). Santiago de Cali, Colombia.
- Gómez Zea, Leonardo. (2014). *Biografía, contexto e historia: La Violencia en Colombia, 1946-1965*. [Trabajo de grado presentado para optar por el título en Sociología] Universidad del Valle.
- González, Fernán. (2014). *Poder y violencia en Colombia*. CINEP.
- González, Giovanni. (1 de diciembre de 2009). "Ordenan investigar a Sexta Brigada por masacre de Cajamarca". *El Espectador*.
- González, Sady. (1948). *Machetes* [Fotografía]. Archivo fotográfico de Sady González, Biblioteca Luis Ángel Arango. Bogotá, Colombia.
- Grabe, Vera. (2010). *M-19: De la lucha armada a la renuncia a la violencia*. Fundación Manuel Giménez Abad de estudios parlamentarios y del Estado autonómico.
- Grisales, Jorge. (1949). "¡Matanza del sábado en la casa liberal de Cali!" [Fotografía]. *El Relator de Cali*.
- Guerrero, Lorena y Cifuentes, José. (2016). "Prensa alternativa e izquierda: el caso de la revista Documentos Políticos en el periodo final de La Violencia". *Revista Controversia*, (207), pp. 291-308.
- Gutiérrez de Alba, José María. (1873). *Impresiones de un viaje a América. Tomo IX: Excursión al Caquetá*. Banco de la República.
- Guzmán Campos, Germán; Fals Borda, Orlando y Umaña, Eduardo. (1962). *La violencia en Colombia*. Tercer Mundo.

- Henderson, James. (2006). *La modernización en Colombia. Los años de Laureano Gómez. 1889- 1965*. Editorial Universidad de Antioquia.
- . (2021). Colombia en paz: Frente Nacional 1966-1974. En Sierra, Rubén (Ed). *Frente Nacional: Política y cultura*. Universidad Nacional de Colombia, pp. 17-44.
- Hylton, Forrest. (2017). *La horrible noche: El conflicto armado colombiano en perspectiva histórica*. Universidad Nacional de Colombia.
- Jaramillo, Jefferson. (2014). *Pasados y presentes de la violencia en Colombia: Estudios sobre las comisiones de investigación (1958-2011)*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Jaramillo, Efraín. (2011). *Los indígenas colombianos y el Estado. Desafíos ideológicos y políticos de la multiculturalidad*. Editorial IWGIA.
- Jimeno, Myriam. (2006). *Juan Gregorio Palechor: Historia de mi vida*. Universidad Nacional de Colombia.
- Liévano, Luis. (2013). Higiene y salud pública, enfermedades, hospitales, droguerías y desarrollo de la medicina en Neiva. 1836-1975. En: *Historia comprehensiva de Neiva. Tomo 5*. Alcaldía de Neiva.
- Márquez, José. (2021). “Liberales bajo fuego. Violencia Política en Norte de Santander (Colombia): 1947-1948”. *El taller de la Historia*, 13 (2), pp. 428-455.
- Medina Pérez, Juan Diego. (2017). *Entre el San Juan y el San Pedro. Algeciras, 1924-1960*. [Tesis de grado para optar por el título de Magíster en Historia]. Universidad del Cauca.
- Molano, Alfredo. (1985). *Los años del tropel*. CINEP-CEREC.
- . (1987). *Selva adentro*. Punto de Lectura.
- . (1992). *Agua arriba*. Punto de Lectura.
- . (1994). *Trochas y fusiles*. El Ancora editores.
- . (1995). *Del llano llano*. El Ancora editores.
- . (7 de junio de 2014). “Nacimiento de las Farc: De El Davis a Villarrica”. *El Espectador*.
- . (2015). “Selección de textos de Alfredo Molano sobre orígenes del conflicto armado”. *Revista Aquelarre*, No. 27.
- . (2018). *Antología de crónicas periodísticas*. Biblioteca básica de cultura colombiana.
- Moreno Sandoval, Armando. (2012). “El bandolerismo social revisitado. El caso del Norte del Tolima (Colombia)”. *Revista de Historia Regional y Local (Historelo)*, 4 (7). pp. 271-309.
- Oquist, Paul. (1978). *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Instituto de estudios colombianos.
- Ortiz, Carlos. (1984). “Las guerrillas liberales de los años 50 y 60 en el Quindío”. *Anuario colombiano de historia social y cultura*, (12), pp. 103-153.

- Ortiz Fernández, Adriana. (2016). *Reconstrucción de la memoria colectiva de los habitantes del corregimiento de San Luis –Neiva– sobre los hitos o hechos más significativos en los últimos 50 años*. [Trabajo de grado para optar al título de Comunicadora Social y Periodista]. Universidad Surcolombiana.
- Ospina, Andrés. (2013). “El sacrilegio sagrado: narrativa, muerte y ritual en las tragedias de Armero”. *Revista Colombiana de Antropología*, 49 (1), pp. 177-198.
- Oviedo Plazas, Nelson. (13 de marzo de 2017). “La Incursión del M-19 a Florencia”. Disponible en: <https://www.florencianos.com/la-incursion-del-m-19-florencia-por-nelson-oviedo-plaza/>
- Pachón, Ximena. (2016). *En busca de los niños combatientes en la época de La Violencia en Colombia*. Universidad Nacional de Colombia.
- Palacios, Marco. (2003). *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994*. Norma.
- Pécaut, Daniel. (1987). *Orden y violencia. Evolución sociopolítica de Colombia entre 1930 y 1953*. Norma.
- Penagos, Lizandro. (21 de abril de 2015). “Venganza, Desquite, Revancha”. *Noticiero 90 minutos*. Disponible en: <https://90minutos.co/opinion/columnas/venganza-desquite-revancha/>
- Peñaranda, Daniel. (2012). «*La organización como expresión de resistencia*». *Nuestra vida ha sido nuestra lucha. Resistencia y Memoria en el Cauca indígena*. Taurus.
- Piotrowski, Bogdan. (1988). «*Violencia: ¿Cuándo y dónde? La realidad nacional colombiana en su narrativa contemporánea. Aspectos antropológicos, culturales e históricos*». Instituto Caro y Cuervo.
- Prada, Eusebio. (2008). *La vida que vivimos. Luchas campesinas del siglo XX*. Ediciones Aurora.
- Prada, Sara. (2017). *Una guerra sin memoria Villarrica, Tolima, 60 años de Resistencia Campesina*. [Tesis de grado para optar por el título de Comunicadora Social]. Pontificia Universidad Javeriana.
- Prado Delgado, Víctor. (2014). *Violencia en el Tolima. Ríos de sangre, muerte y desolación*. León gráficas.
- Ramsey, Russel. (1981). *Guerrilleros y soldados*. Tercer Mundo.
- Rehm, Lukas. (2015). “Procesos violentos de formación del Estado en los inicios del Frente Nacional en el Tolima, Colombia”. *Revista Colombiana de Sociología*, 38 (1), pp. 39-62.
- Reyes, Alejandro. (2009). *Guerreros y campesinos. El despojo de la tierra en Colombia*. Norma.
- Roa Trilleras, Álvaro. (2006). *La colonización “Rola”: Relatos históricos de Algeciras*. Kan sasana printer.

- Rodríguez, Jaime. (2014). “Pájaros, bandoleros y sicarios para una historia de la violencia en la narrativa colombiana”. *Universitas humanística*, 47 (47), pp. 105-125.
- Rodríguez Franco, Adriana. (2018). “El diario del pueblo gaitanista: Jornada (1944-1949)”. *Boletín cultural y bibliográfico*, LII (94), pp. 93-115.
- Rodríguez, Ronal. (2006). *Rojas Pinilla ¿Un Dictador? De la dictadura positiva a la dictadura negativa*. [Tesis para optar al título de Politólogo]. Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.
- Rojas, Julie. (2018). *No quedara piedra sobre piedra*. [Proyecto de grado para optar por el título de Realizadora Audiovisual]. Universidad Minuto de Dios.
- Ruiz, Carol. (2014). “Las alpargatas: Memoria de los caminos tejido de identidades”. *Revista Artífices*, No. 1, pp. 6-13.
- Sánchez, Gonzalo. (2000). *Grandes potencias. El 9 de abril y la violencia*. Planeta.
- y Peñaranda, Ricardo. (Ed.). (1991). *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. CEREC.
- y Meertens, Donny. (1983). *Bandoleros, Gamonales y Campesinos. El caso de la violencia en Colombia*. El Áncora Editores.
- y Meertens, Donny. (1979). “Tierra y violencia: El desarrollo desigual de las regiones”. *Análisis político*, (6), pp. 8-34.
- Santamaría, Jessica y Romero, Julián. (2014). *Educando para la paz: el Caso de La Guerra en Villarrica y el conflicto armado*. [Monografía para obtener el título de profesional en licenciatura en Ciencias Sociales]. Universidad Pedagógica Nacional.
- Santrich, Jesús. (8 de octubre de 2013). “Miguel Pascuas, estampa viva de un guerrillero heroico”. [Entrevista de Miguel Pascuas]. Disponible en: <https://bapp.com.co/archivos/1.02.0243.pdf>
- Sergeant, Jean Pierre y Bruno, Muel. (1965). *Riochiquito*. [Documental]. Productora Dovidis.
- Sierra, Fredy. (2011). “La legislación de la lucha antialcohólica en Santander (1923-1928)”. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, (16), pp. 175-194.
- Suaza, María Angélica. (2006). “Comunidad indígena Lame-Páez, Órganos-El Palmar. Una historia de reivindicación étnica”. *Revista Academia Huilense de Historia*, 13 (57), pp. 92-99.
- Tafur, Wilmer. (2007). *El movimiento guerrillero y el bandolerismo en los municipios de Chaparral y Rioblanco, durante los gobiernos de Laureano Gómez y Rojas Pinilla (1950-1957)*. [Trabajo de grado para optar al título de profesional en Ciencias Sociales]. Universidad del Tolima.
- Tamara, Adriana. (2006). *Análisis sociocrítico de la novela de violencia a partir de la obra “Estaba la pájara pinta sentada en su verde limón”*. [Monografía

- para optar al título de profesional en Ciencias de la Educación]. Universidad de la Salle.
- Tirado Mejía, Álvaro. (1996). Colombia: siglo y medio de bipartidismo. En Melo, Jorge Orlando (Comp.) *Colombia hoy: perspectivas hacia el siglo XXI*. Tercer Mundo, pp. 36-56.
- Trujillo, Ciro. (2015). *Ciro, páginas de su vida*. Izquierda Viva.
- Universidad del Valle. (1962). *Aspectos de violencia en el Líbano*. [Archivo histórico de la Universidad del Valle]. (Archivo histórico Germán Guzmán Campos, fondo Tolima, informes), Cali, Colombia.
- Urán, Carlos. (1986). *Colombia y los Estados Unidos en la Guerra de Corea*. Kellogg Institute.
- Uribe, M. (1991). “Violencia y masacres en el Tolima: desde la muerte de Gaitán al Frente Nacional”. *Revista Credencial* (18). Disponible en: <https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-18/violencia-y-masacres-en-el-tolima>
- Uribe, Juan. (2021). *Regulación colombiana a lo largo de la historia en materia de armas de fuego para la población civil, evolución de la prohibición*. [Monografía para el título de Abogado]. Universidad EAFIT.
- Valencia, Alberto. (2021). *La Violencia años cincuenta contada por sus víctimas. Los archivos de la Comisión Investigadora*. Editorial de la Universidad del Valle.
- Valencia, Guillermo León. (1964). *Discurso sobre Marquetalia a los colombianos*. [Grabación de audio]. Archivo sonoro de Señal Memoria – Radio Televisión Colombiana (RTVC).
- Valero, Daniel. (4 de agosto de 2015). “Hace 60 años se ordenó la clausura”. *El Tiempo*.
- Villanueva, Orlando. (2012). *Sangre negra: el Atila colombiano*. Biblioteca Libanense de Cultura.
- Zelik, Raúl. (2015). *Paramilitarismo: violencia y transformación social, política y económica en Colombia*. Siglo del Hombre Editores.



Los Fistos

se terminó en el mes de octubre de 2025
en Bogotá, Colombia.

Para su elaboración se usaron tipos Priori sans y Meno text.

El Archivo General de la Nación y el Ministerio de las Culturas, las Artes
y los Saberes presenta este título como parte de la colección

Otras Colombias posibles

que da la bienvenida a esos otros relatos que conforman
la esencia de nuestra identidad, a las diferencias que desbordan los límites
del canon y al reconocimiento de quienes, con su resistencia
y esperanza, han luchado —y siguen luchando—
por construir un país más equitativo y justo.

Este texto es una invitación a mirar en La Violencia aquello que aún no hemos registrado ni analizado, y a comprender que, en la guerra, suceden muchas más cosas que la guerra misma. Las sociedades siguen en movimiento: a veces con el ritmo pausado del campanario aldeano, otras con las urgencias del comercio, las cosechas y la política. Son muchas las dinámicas que solo logramos percibir a través del testimonio de quienes se vieron obligados a combinar sufrimiento, trabajo y guerra. Pese al título del libro, aquí no hay olor a pólvora, sino un entramado de cotidianidades simples en medio de un contexto de violencia extrema.

Gonzalo Sánchez

